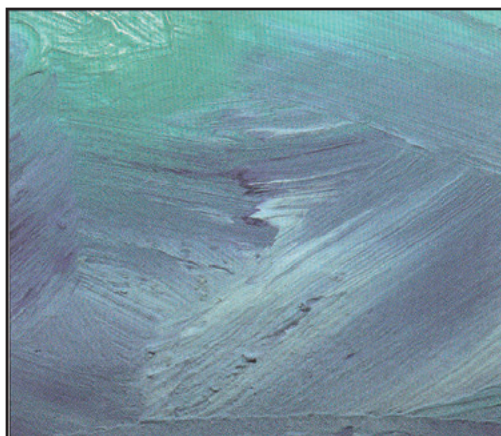


El Bautismo



Mi adopción en
la familia de Dios

Enseñanzas de la Biblia Popular

El Bautismo

Mi adopción en
la familia de Dios

Gaylin R. Schmeling

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin

Todas las citas bíblicas, a menos de que se indique de otra forma, se han tomado de la SANTA BIBLIA, versión Reina Valera, Edición de Estudio de 1995. Sociedades Bíblicas Unidas.

Este libro fue traducido por la señorita Sandra P. Corzo natural de Bogotá, Colombia. La revisión teológica fue hecha por el reverendo Andrew C. Schroer pastor de La iglesia luterana Redentor en Edna, Texas. Agradecemos la valiosa colaboración de estos siervos de Dios.

Derechos Reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida, ni almacenada en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier medio sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado etc. excepto por citas breves en artículos analíticos, sin permiso previo de la editorial.

Editorial Northwestern
© 1999 por Editorial Northwestern Publicado
en 1999
Impreso en los Estados Unidos de América
Traducción por Producciones Multilingües
wels net/mlp
2007

Impreso en los Estados Unidos de América

Tabla de Contenido

Prefacio del Editor	5
Introducción	7
Parte I: LAS BASES BÍBLICAS PARA EL SACRAMENTO	9
1. El mandato y la institución del bautismo	11
2. La naturaleza del bautismo	21
3. El rito del bautismo	27
4. El modo del bautismo	37
Parte II: LAS BENDICIONES DEL SACRAMENTO	43
5. El bautismo como perdón completo	45
6. El bautismo como un nuevo nacimiento	53
7. El bautismo de niños y de adultos	71
8. El bautismo como incorporación en el cuerpo de Cristo	85
Parte III: EL SIGNIFICADO DEL SACRAMENTO PARA LA VIDA DIARIA	93
9. El bautismo como muerte y resurrección en Cristo	95

10. La absolución como continuación del bautismo	103
11. El bautismo y las últimas cosas	109
Parte IV: EL SACRAMENTO EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA	113
12. Ilustraciones del Antiguo Testamento y tipos de bautismo	115
13. El bautismo en la iglesia primitiva y en la iglesia medieval	123
14. El bautismo en la Reforma y en la era moderna	137
15. Conclusión	151
Notas finales	153
Para lectura adicional	157
Índice de textos bíblicos	159
Índice temático	165

Prefacio del Editor

La serie de libros Las Enseñanzas de la Biblia Popular, trata las principales enseñanzas doctrinales de la Biblia.

Siguiendo el modelo establecido por la serie La Biblia Popular, estos libros están escritos especialmente para laicos. Los términos teológicos, cuando se utilizan, se explican con un lenguaje cotidiano, para que sean de fácil comprensión para los lectores. Los autores muestran cómo la doctrina cristiana es extractada directamente de pasajes claros de la Escritura y cómo luego esas doctrinas se aplican a la fe y a la vida de las personas. Aun más importante, estos libros muestran cómo cada enseñanza de la Escritura apunta a Cristo, nuestro único Salvador.

Los autores de Las Enseñanzas de la Biblia Popular son pastores de parroquia y profesores que cuentan con años de experiencia en la enseñanza bíblica. Ellos son hombres de erudición y conocimiento práctico.

Aprovechamos la oportunidad para expresar nuestra gratitud al Profesor Leroy Dobberstein del *Wisconsin Lutheran Seminary*, en Mequon (Wisconsin), y al Profesor Thomas Nass del *Martin Luther College*, en New Ulm (Minnesota), por servir como consultores para esta serie. Sus aportes y colaboración han sido invaluable.

Pedimos al Señor para que use estos volúmenes para ayudar a su pueblo a crecer en: fe, conocimiento, y entendimiento, de sus enseñanzas salvadoras, las cuales nos ha revelado en la Biblia. Sólo a Dios sea la gloria.

Curtis A. Jahn
Editor de la serie

Introducción

Habiendo crecido en una granja en el centro de Minnesota, aprendí cuán importante es el agua para la vida. Sin las lluvias apropiadas, un campo que daba la impresión de poder producir una cosecha extraordinaria, se marchitaría con el calor abrasador de agosto. El agua juega un papel vital en la existencia de la vida. Ésta no se puede dar por sentada ya que las reservas de agua potable y pura son limitadas. Aunque los científicos buscan nuevas fuentes de combustible para nuestro mundo mecanizado, encontrar fuentes de agua se mantiene como primera prioridad. Una escasez de aceite podría afectar el transporte y la industria y, por lo tanto, podría bajar nuestro nivel de vida. Pero sin agua, la vida y todas las actividades que se relacionan con ella cesarían en nuestro planeta.

El agua también puede traer muerte y destrucción. Su característica mortal se percibe muy real cuando somos testigos del rescate de una víctima ahogada que es sacada de la profundidad de las aguas. Las características destructivas de una inundación se vuelven muy obvias cuando vemos que una de ellas arrasa una ciudad o una extensión de tierra fértil de cultivo.

Sin duda, el agua trae vida y muerte física. Espiritualmente, el agua tiene el mismo efecto cuando ésta es ligada con la Palabra en el bautismo. El agua del bautismo es esencial para la vida eterna. Como Jesús dijo a Nicodemo: “De cierto, de cierto te digo que el que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3:5). El bautismo es un lavamiento de regeneración que da vida eterna (Tito 3:5). El agua del bautismo también trae la muerte, la muerte de la carne pecadora.

El bautismo nos unió con la muerte y resurrección de Cristo. Puesto que estamos unidos con Cristo, lo que le sucedió durante la Semana Santa ha llegado a tener efecto en nuestras vidas. El bautismo es nuestra Semana Santa, nuestra muerte y resurrección, por el poder de la muerte y la resurrección de Cristo. En el bautismo, nuestra vieja carne pecadora fue clavada en la cruz, muerta y enterrada con Cristo en el sepulcro. Debido a nuestra participación en la muerte de Cristo por medio del bautismo, somos liberados del pecado (Romanos 6:7). La sangre de Jesús lavó todos

nuestros pecados. Entonces, así como Jesús resucitó triunfante esa primera mañana de Pascua, de la misma forma nosotros resucitamos a una vida nueva en el bautismo por el poder de la resurrección de Cristo. El Espíritu Santo obró fe, en la cruz de Cristo, a través del bautismo y nos dio el poder de la resurrección, de tal manera que podamos llevar vidas de resurrección, victoriosas, libres de la tiranía de Satanás.

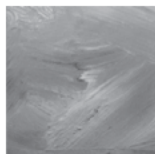
Continuamos muriendo y resucitando, una y otra vez, a lo largo de nuestra vida, al volver diariamente al bautismo a través del verdadero arrepentimiento y de la fe. Aquí recibimos el poder para una vida más semejante a la de Cristo. Esta vida de resurrección, nacida en el bautismo y nutrida a través de la Palabra y la Santa Cena, culminará en la resurrección del cuerpo en el último día.

¡Qué tesoro es el bautismo! Un emperador alemán dijo una vez que las tres manotadas de agua que fueron vertidas sobre su cabeza valieron más la pena que su corona. No hay que asombrarse de que Martín Lutero se persignara todos los días con el signo de la cruz, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, para hacer énfasis: “Soy bautizado”. El bautismo dio significado y propósito a la vida de Lutero, en un mundo aparentemente vano.

Este libro nos ayudará a comprender mejor el significado del bautismo y a profundizar en nuestra apreciación de sus muchas bendiciones. Mucha gente vive con el lema “El que muere con más juguetes gana”. En un tiempo como éste, unámonos con Lutero y con los creyentes de todos los tiempos en un retorno diario a la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Allí morimos nosotros de tal manera que podamos vivir en y por Cristo y, por lo tanto, afirmar “Soy bautizado” como la última fuente de nuestra: identidad, seguridad, y significado.

Parte I

Las bases bíblicas para el sacramento



1

El mandato y la institución del bautismo

El bautismo es una gloriosa obra salvadora del Dios trino, en la cual el agua es aplicada en el nombre: del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Por medio del bautismo los pecadores nacen de nuevo como hijos de Dios el Padre, a través de la fe en Cristo Jesús el Salvador. Como afirma el apóstol Pablo: “Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (Gálatas 3:26,27). A través del bautismo llegamos a ser miembros del cuerpo de Cristo, de la iglesia, “porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo” (1 Corintios 12:13). También por medio del bautismo, recibimos el don del Espíritu Santo, incluyendo todas las bendiciones de la salvación. Como proclamó el apóstol Pedro en Pentecostés: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para

perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38).

En algún momento, durante los 40 días entre su resurrección y su ascensión, Jesús ordenó a sus seguidores administrar el bautismo hasta el último día: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre: del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:18-20).

Nuestro Señor dio una instrucción similar al final del evangelio de Marcos: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (16:15,16).

La institución divina del bautismo es también evidente por la práctica de los apóstoles en el Nuevo Testamento. En su sermón de Pentecostés, el apóstol Pedro instó a los que le escuchaban a arrepentirse y ser bautizados “en el nombre de Jesucristo” (Hechos 2:38), es decir, “por la autoridad de Jesucristo”, porque Jesús había instituido y ordenado el bautismo.

El bautismo y Mateo 28:18-20

Todo el evangelio de Mateo proclama las buenas nuevas de la redención de Cristo. Basándose en esas buenas nuevas, Cristo llama a las personas a ser sus discípulos. Al final del evangelio, Cristo manda a sus discípulos a “ir y hacer discípulos”, es decir, a llevar a otros a confiar en Él como su Salvador. Los discípulos de Cristo deben llevar a otros a ser también discípulos de Cristo.

Inmediatamente después de haber dado esta instrucción, Cristo explicó cómo se hacen discípulos: bautizando y enseñando. Las palabras bautizar y enseñar expresan los medios, o sea, instrumentos, por medio de los cuales las personas son convertidas en discípulos de Jesús. Todas las personas llegan a

ser discípulos por medio del bautismo y a través de la enseñanza sobre todo lo que Cristo ha ordenado.

El bautismo debe ser realizado en el nombre: del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. “En el nombre de” también significa: “por la autoridad de” y “con base en”. En el bautismo, la persona es introducida en una relación con el nombre divino. Este bautismo trinitario, en el nombre del Dios trino, es al mismo tiempo un bautismo en el nombre de Jesucristo (Hechos 10:48). Es un bautismo fundado en el nombre de Cristo porque está basado en su sacrificio redentor (Hechos 2:38) y es un bautismo en Cristo, en unión y comunión con Él (Gálatas 3:27).

En el segundo mandamiento y en la primera petición del Padrenuestro, vemos que el nombre de Dios designa a Dios mismo y a todo lo que él ha revelado sobre sí mismo. Ser bautizados en el nombre del Dios trino significa: ser bautizados en referencia con la Trinidad, ser conectados y unidos con la Trinidad de tal forma que lleguemos a ser posesión de Dios y seamos dedicados a su servicio.

Cuando un animal es marcado, se quema una marca determinada en su pellejo para indicar que éste es posesión de un rancho o granja particular. Igualmente en el bautismo, Dios nos “marca” como suyos. Él pone su nombre sobre nosotros. Somos marcados con el signo de la cruz, que indica que hemos sido redimidos por Cristo y que somos posesión de Dios para siempre.

En el bautismo, llegamos a ser algo más que sólo posesiones de Dios. El amor de Dios por nosotros es tan grande que Él se complace en llamarnos sus hijos (1 Juan 3:1). Por medio del bautismo somos llevados al compañerismo con el Dios trino, de tal manera que somos hijos de Dios y herederos de la salvación (Gálatas 3:26,27).

Cuando esta verdad fue proclamada por un misionero en la India, un hombre replicó: “¡Un hijo de Dios! No, eso es

demasiado, eso es demasiado grandioso para un infeliz miserable como yo”. Piense cuán privilegiados podríamos sentirnos si fuéramos adoptados en la familia de un multimillonario y declarados sus herederos legales. Todas las ventajas terrenales serían nuestras. Nosotros, sin embargo, hemos recibido una adopción infinitamente más grandiosa. En el bautismo, el Todopoderoso nos adopta y nos hace sus hijos e hijas, coherederos con Cristo, que participan en su gloria (Romanos 8:17). La herencia espiritual que recibimos en el bautismo hace palidecer, en comparación con cualquier privilegio terrenal. El bautismo nos lleva a una unión y comunión con Dios mismo. En el bautismo: Dios Padre nos recibe como hijos y herederos (Gálatas 3:26), Dios Hijo lava todos nuestros pecados con su preciosa sangre (Hechos 22:16), y Dios Espíritu Santo nos da un nuevo nacimiento al obrar en nuestros corazones la fe en el Salvador (Tito 3:5).

De acuerdo con el mandamiento bautismal de Cristo, sus discípulos deben también hacer discípulos de todas las naciones. Estas palabras no tienen restricciones ni excluyen a ningún grupo de edad. Incluyen a todas las personas, tanto jóvenes como viejas. No hay fundamento en el mandamiento bautismal de Cristo para negar el derecho a ser bautizado a ningún grupo de personas ya que el Señor Jesús claramente nos encamina a bautizar a todas las naciones.

Jesús concluye su mandamiento bautismal con una promesa: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Esto nos asegura, que nuestro Salvador está presente con nosotros, de manera tan real como con los discípulos durante su ministerio terrenal. Él está con nosotros en el bautismo no sólo en su omnipresencia (“presente en todas partes”) sino también en su misericordiosa presencia de tal manera que somos: salvados de acuerdo con la misericordia del Padre (Tito 3:4,5), unidos con Cristo y con su muerte y resurrección (Romanos 6:4,5), y nacidos de nuevo por el Espíritu (Juan 3:5).

El bautismo de Juan y Cristo

Al comienzo de su ministerio público, Jesús fue al río Jordán para ser bautizado por Juan el Bautista. Juan predicó un “bautismo del arrepentimiento para el perdón de los pecados” (Lucas 3:3), apuntando a Cristo, cuya obra redentora produjo el perdón de pecados conferido en este bautismo de Juan. Así como el bautismo realizado por Juan dio el perdón de los pecados y fue un medio de gracia, es decir, un medio a través del cual vinieron las bendiciones de salvación, de la misma manera el bautismo cristiano es un medio de gracia. No hay, por lo tanto, diferencia esencial entre el bautismo de Juan y el bautismo cristiano.

Los cuatro evangelios reportan un único incidente en conexión con el bautismo de Cristo, el cual lo distinguió profundamente de todos los demás bautismos de Juan (Mateo 3:13-17; Marcos 1:9-11; Lucas 3:21,22; Juan 1:32-34). El Espíritu Santo descendió sobre Cristo en forma de paloma y el Padre dijo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17). Juan proclamó que el Salvador que venía bautizaría con el Espíritu Santo (Lucas 3:16). En su bautismo, Cristo fue ungido con el Espíritu, lo cual indicó que Él era indiscutiblemente el Salvador prometido, quien bautizaría con el Espíritu Santo.

El bautismo de Cristo y nuestro bautismo

El bautismo de Cristo marcó su entrada y consagración en su triple ministerio público de: Profeta, Sacerdote, y Rey. En el Antiguo Testamento, los hombres eran instalados en esos ministerios a través de la unción con aceite, como cuando Samuel ungió a David para ser rey (1 Samuel 16:1-13). Cristo, sin embargo, no fue ungido con aceite solamente para simbolizar al Espíritu. Más bien, fue ungido en medida completa por el Espíritu Santo mismo, ya que en su bautismo el Espíritu descendió sobre Él en forma de paloma y permaneció con Él. En su bautismo, Jesús se reveló a sí mismo como el Mesías, es decir,

el Ungido, nombre con el cual se designa al Salvador prometido en el Antiguo Testamento. Jesús fue ungido públicamente como nuestro Profeta, Sacerdote y Rey supremo, el Mesías.

En el bautismo de Jesús, el Padre dijo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17). Esta voz del cielo, haciendo eco del Salmo 2:7, proclamó que Jesús era el ungido Rey de Israel, el Mesías real, el Hijo de Dios, engendrado del Padre en la eternidad. Aquí los cristianos tienen una prueba bíblica de que Cristo es el Hijo de Dios.

Las palabras que el Padre dijo en el bautismo de Jesús también conectan a Jesús con las grandes profecías de Isaías. Jesús es: el Siervo de Dios, el cual llevó a cabo su obra salvadora (49:1-6; 50:4-11; 61:1-3), el Elegido de Dios en quien Dios se deleita; en Él Dios puso su Espíritu (42:1-4). Jesús es el Siervo Sufriente que se menciona en Isaías 52:13-53:12, destinado por Dios para cumplir la misión de llevar el pecado. Así como un cordero es llevado al matadero, Jesús sería llevado a la cruz. El Señor pondría sobre él la iniquidad de todos nosotros (53:6). Él sería herido por nuestras rebeliones y molido por nuestras iniquidades (versículo 5). Por sus llagas seríamos curados (versículo 5). Juan el Bautista apoya este entendimiento de las palabras del Padre cuando apunta a Jesús y afirma: “¡Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29).

El bautismo de nuestro Señor marca el comienzo de su ministerio público para nuestra salvación. Por lo tanto *hay* una conexión definitiva entre el bautismo de Jesús y el nuestro. Juan no pensó que fuera correcto que él bautizara a Jesús, el Mesías, pero Jesús le dijo: “Permítelo ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia” (Mateo 3:15). El bautismo de Jesús culminó en su muerte y resurrección, a través de lo cual Él cumplió toda justicia, ganando la justicia para todos por su vida santa y su muerte inocente. Aunque Jesús no era un pecador, Él se identificó con la humanidad pecadora y fue bautizado en el Jordán como el sustituto de todos los pecadores. Jesús llevó

sobre sí mismo nuestras iniquidades. Es como si todos los pecados que son lavados en el bautismo cristiano fueran puestos sobre Jesús en su bautismo, y como si él llevara esa carga de pecados en la cruz.

Jesús habló de su sufrimiento y muerte, como un “bautismo” por el cual debía pasar (Marcos 10:38,39; Lucas 12:50). Él entendió su bautismo en el Jordán, como el comienzo de su ministerio público, el cual lo llevaría a la cruz, donde padecería todo el juicio de Dios por el pecado, como el sustituto sin pecado de todos los pecadores. Lo que empezó en el Jordán no terminaría hasta que todas las olas de la ira de Dios hubieran caído sobre Jesús en el Gólgota, ni hasta que hubiera sufrido el castigo de Dios por todos los pecados y hubiera ganado el perdón de Dios por todos los pecados.

El bautismo de Jesús, que inició su ministerio redentor público, es la fuente de las bendiciones de nuestro bautismo. Como parte de su obra salvadora por los pecadores, el bautismo de Jesús pone el poder en el bautismo cristiano. El bautismo de Jesús, que culminó en su muerte y resurrección, es la base para nuestro bautismo, de tal manera que en éste participamos de la muerte y resurrección de Cristo. Nosotros morimos al pecado y resucitamos a una nueva vida. En su principal himno bautismal, Lutero resume la conexión entre el bautismo de nuestro Señor y el nuestro:

Al Jordán vino Cristo nuestro Salvador
para complacer a su santo Padre
bautizado por Juan, la palabra de nuestro Señor
nos fue dada para guardarla en dulce enjambre
Este lavamiento celestial será ahora
limpieza de la transgresión entera
manifestada por su sangre y agonía sincera
(*Christian Worship: A Lutheran Hymnal* [CW] 88:1.
Traducción libre del inglés.)

Debido a que Jesús fue bautizado para nuestra salvación, nosotros recibimos todos los beneficios salvadores de su cruz y muerte, a través del bautismo. Somos unidos con su muerte y resurrección y llegamos a estar vivos espiritualmente. De la misma manera que el Espíritu descendió sobre Jesús en forma de paloma y permaneció con Él, igualmente en nuestro bautismo recibimos el Espíritu en toda su plenitud junto con sus muchos dones. En el bautismo de Jesús el Padre declaró: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17). De la misma manera en nuestro bautismo llegamos a ser los hijos amados de Dios, coherederos con Cristo.

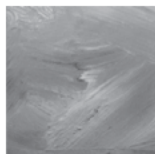
El bautismo “fluye de la cruz de Cristo”

En el primer Viernes Santo, cuando los soldados romanos fueron a las cruces para quebrar las piernas de los hombres con el fin de acelerar sus muertes, encontraron que Jesús ya estaba muerto. Por eso no quebraron sus huesos. “Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua” (Juan 19:34). Este suceso en la cruz dio cumplimiento a las palabras del profeta Zacarías: “Pero sobre la casa de David y los habitantes de Jerusalén derramaré un espíritu de gracia y de oración. Mirarán hacia mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por el hijo unigénito, y se afligirán por él como quien se aflige por el primogénito. En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia” (12:10; 13:1).

El Dios hecho hombre, Jesucristo, el Todopoderoso, fue traspasado en la cruz por nuestra salvación. La sangre y el agua de su costado herido proveen esa maravillosa fuente de purificación del pecado y de la inmundicia, de la cual habla Zacarías. Esta fuente lava toda marca, toda mancha y arruga (Efesios 5:26,27). Su, santa y preciosa, sangre es la fuente de redención para todo el mundo (1 Juan 1:7; 2:2).

Esa fuente de salvación, abierta apenas momentos después de la muerte de Jesús, cuando fue lograda la plena redención, continúa fluyendo para nosotros hoy: en el agua del bautismo, en la sangre de la Cena del Señor, y en la Palabra, la cual es espíritu y vida (Juan 6:63). Por los medios de gracia, el Señor viene a nosotros con todas sus bendiciones.

Algunos maestros cristianos han visto una referencia: al bautismo, a la Cena del Señor, y a la Palabra, en estas palabras del apóstol Juan: “Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad” (1 Juan 5:6). La sangre y el agua, que fluyeron del costado del Salvador, nos recuerdan que las bendiciones de los sacramentos tienen su fuente en la cruz. Sin duda, el bautismo y los otros medios de gracia “fluyen de la cruz de Cristo” y nos confieren los beneficios del sacrificio redentor de Cristo.



2

La naturaleza del bautismo

Jesús ordenó el bautismo antes de su ascensión al cielo. En ese tiempo Él encaminó a su iglesia para bautizar a todas las naciones. Pero, ¿qué implica este bautismo? ¿Cuándo tenemos un bautismo válido?

No hay bautismo sin agua

Después de escuchar el mensaje de salvación, un eunuco etíope dijo a Felipe: “Aquí hay agua, ¿qué impide que yo sea bautizado?” (Hechos 8:36). Estas palabras apuntaban a que el agua es una parte esencial del bautismo. El agua es el elemento visible o terrenal en el bautismo. Esto es confirmado por Pablo cuando habla del bautismo como “el lavamiento del agua por la palabra” (Efesios 5:26).

Uno podría preguntar: ¿Por qué en este sacramento se usa el agua y no otra sustancia más noble? El Señor probablemente escogió el agua porque es uno de los elementos más comunes que se encuentran en el mundo. De esta manera la iglesia nunca carecería del elemento terrenal que se requiere para un bautismo válido. Igualmente, el agua se usa, a lo largo del Antiguo Testamento y en nuestro mundo secular, como un medio de limpieza y refresco. Considere las siguientes palabras del profeta Ezequiel: “Esparciré sobre vosotros agua limpia y seréis purificados de todas vuestras impurezas, y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne” (36:25,26). El bautismo es un rocío con agua limpia por medio del cual recibimos un nuevo corazón y un nuevo espíritu.

El agua es indispensable para el nacimiento y para la nueva vida. Por ejemplo, el agua rodea a un bebé en el vientre. De la misma forma que la vida terrenal empieza en el agua, igualmente la vida espiritual comienza en el agua del bautismo. El bautismo, es el vientre acuoso de la iglesia del cual emerge la nueva vida, y así nacemos como hijos de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús.

El agua que se utiliza en el bautismo es agua corriente, como la que uno podría beber o con la cual uno podría bañarse. No tenemos que obtener el agua de un lugar especial como el río Jordán. Tampoco se expresa en la Escritura la cantidad o manera de aplicar el agua.

No hay bautismo sin la Palabra

El agua en sí misma no hace el bautismo. Pablo llama al bautismo “el lavamiento del agua por la palabra” (Efesios 5:26). Lutero dice en el Catecismo Menor: “El bautismo no es solamente agua, sino que es el agua comprendida en el mandato divino y ligada con la palabra de Dios”. Así como las aguas del Jordán, en los días de Eliseo, no tuvieron más poder que las

aguas de Damasco para lavar a Naamán sin el mandato divino (2 Reyes 5:10-14), de la misma manera, el bautismo se convierte en un poderoso medio de gracia sólo cuando la Palabra de Dios y su mandato se conectan con el elemento terrenal. La Palabra, que está ligada con el agua y que la convierte en un agua de gracia y de vida, está fundamentada en la institución bautismal: “Id y haced discípulos... bautizándolos en el nombre: del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19). Las palabras utilizadas para realizar un bautismo válido son: “Yo te bautizo en el nombre: del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo”.

La Palabra hace del bautismo un sacramento

La todopoderosa Palabra de Cristo hace poderoso y efectivo el bautismo en nuestras vidas. No podemos hacer nada que haga que el bautismo sea un agua: divina, celestial, santa, y bendita, que salva, sino sólo lo hace la Palabra y la institución de Cristo. El bautismo es poderoso porque Dios ha prometido en su Palabra hacer grandes cosas en éste. Por lo tanto, las confesiones luteranas citan a Agustín: “La Palabra se une al elemento y llega a ser sacramento”.¹ La Palabra de Dios se junta con el agua en el bautismo, cuando usamos la fórmula que Jesús ordenó: “Yo te bautizo en el nombre: del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo”. Sin la Palabra no hay bautismo.

La Palabra de Dios hace del bautismo un sacramento. ¿Qué significa sacramento? La Biblia no usa la palabra sacramento, ni la Escritura la define. Sin embargo, en la Escritura vemos que los ritos que otorgan la gracia de Dios tienen ciertas cosas en común. Esta observación de la Escritura es la fuente de la definición luterana de sacramento. Por sacramento queremos decir: un acto sagrado instituido por Cristo mismo, en el cual ciertos elementos terrenales están conectados con su Palabra y a través de los cuales él: ofrece, da, y sella, dones invisibles y celestiales para nosotros –el perdón de los pecados, la vida, y la salvación– los cuales él ha ganado para nosotros en la cruz. Con esta definición hablamos de dos sacramentos: el bautismo y la Cena del Señor.

Debido a que Dios utiliza medios visibles para darnos bendiciones evangélicas invisibles, los sacramentos son a veces llamados “la Palabra visible”.² El Señor conoce nuestras debilidades humanas. Él sabe cuán difícil es para nosotros estar seguros de su perdón y amor. Por eso, en su misericordia, Él nos ha dado formas visibles, concretas a través de las cuales podemos estar seguros de todos sus beneficios. Es sólo por medio de la carne crucificada de Cristo que sabemos que tenemos un Dios misericordioso. De la misma forma, en que Cristo se convirtió una vez en carne humana por nuestra salvación, así mismo Él está presente ahora en las formas terrenales de: la predicación humana, el agua bautismal, y el pan y el vino consagrados en la Cena del Señor. Por los medios de gracia, Él nos otorga todas las bendiciones de su: encarnación, muerte, y resurrección.

El bautismo es un medio de gracia

En la Biblia, la *gracia* de Dios usualmente significa el “amor inmerecido” de Dios, el cual otorga: perdón gratuito de los pecados, vida, y salvación para toda la gente. El Espíritu Santo trae el tesoro de la redención, logrado para todos en la cruz, a la gente de hoy en día a través de los medios de gracia. Este tesoro es recibido sólo por la fe, la cual es: obrada, fortalecida, y preservada, a través de los medios de gracia. Cuando hablamos del bautismo como un medio de gracia, nos referimos a éste como a un instrumento o canal, que nos trae los beneficios de la cruz y produce fe en nosotros, para recibir esos beneficios. Cuando la fe está ya presente, los medios de gracia fortalecen y preservan esa fe. Estos medios de gracia son: la Palabra de Dios y los santos sacramentos o, más precisamente, el Evangelio en Palabra y sacramento.

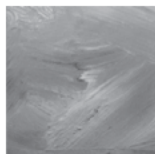
La Escritura en ningún lugar promete, el Espíritu y sus dones, fuera de los medios de gracia. Más bien, Dios ha escogido utilizar medios, o sea, vehículos, para otorgarnos todos los

tesoros de la salvación. La Escritura asevera que la fe viene por el oír la Palabra (Romanos 10:17). El bautismo sin ninguna duda nos salva (1 Pedro 3:21). “A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retengáis, les serán retenidos” (Juan 20:23). Y la cena del Señor otorga el perdón de los pecados (Mateo 26:28). La Escritura establece claramente que Dios obra a través de esos medios, como enseñó Lutero:

Él no quiere dar a nadie el Espíritu o la fe por fuera de la Palabra o de los signos exteriores instituidos por Él, como dice en Lucas 16[:29], “A Moisés y a los Profetas tiene; ¡que los oigan a ellos!”. Por consiguiente Pablo puede llamar al bautismo un “lavamiento de la regeneración” en donde Dios derrama ricamente “la renovación en el Espíritu Santo” [Tito 3:5]. Y el evangelio oral “es poder de Dios para salvación de todo aquel que cree” (Romanos 1[:16]).³

Estos medios de gracia no sólo nos *recuerdan* las bendiciones de la cruz, como enseñan las iglesias reformadas, sino que realmente nos *dan* las bendiciones.

Podemos usar la imagen de una tubería para ilustrar los medios de gracia. Una ciudad puede tener una fuente de agua excelente. Pero los ciudadanos no obtendrán una gota de agua de sus grifos a menos que una tubería conecte sus hogares con la fuente de la ciudad. De la misma manera, los medios de gracia son la tubería que nos trae la salvación desde su fuente, la cruz.



3

El rito del bautismo

Las partes esenciales del bautismo son el agua y la Palabra. Se acostumbra: rociar el agua sobre la persona, o sumergirla tres veces en el nombre de la Santísima Trinidad. La fórmula bautismal de la iglesia occidental (Católica Romana, Luterana, Anglicana, y otras) es: “Yo te bautizo en el nombre: del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo”. En la iglesia oriental (Ortodoxa griega, Ortodoxa rusa, y otras) se encuentra esta fórmula: “Este siervo de Dios, _____, es bautizado en el nombre: del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.” Cualquiera de estas fórmulas bautismales es correcta y admisible.

El servicio bautismal luterano

El orden del servicio bautismal luterano, es decir, la organización del servicio, usualmente contiene un recordatorio

del pecado original. Somos concebidos y nacidos en pecado y, por lo tanto, estaríamos perdidos para siempre a menos de que seamos llevados a la fe en el Señor Jesús (Salmo 51:5; Efesios 2:1). También se incluye una lectura del evangelio bautismal (Marcos 10:13-16), el cual dice que los niños pequeños también pueden ser parte del reino de Dios. Se renuncia al demonio y a todas sus obras y caminos. El orden bautismal luterano contiene el Padrenuestro y el Credo Apostólico, el cual declara la fe en la cual es bautizada la persona. Después del bautismo hay una imposición de manos y una bendición. La bendición puede variar pero ésta usualmente contiene los siguientes pensamientos: “El Dios Todopoderoso –Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo— ha perdonado todos tus pecados. Por tu bautismo tú naces de nuevo y te conviertes en hijo amado de tu Padre celestial. Que Dios te fortalezca para vivir en tu gracia bautismal todos los días de tu vida. La paz sea contigo”.

Costumbres y símbolos bautismales

Aquellos que son bautizados usualmente son marcados con el signo de la cruz, como símbolo de que pertenecen a Cristo el crucificado y de que están unidos con su cruz. Esta costumbre ya era común al final del siglo segundo. De ésta se desprendió la práctica de que los cristianos se hicieran la señal de la cruz en remembranza de sus bautismos. Los cristianos primitivos vieron la cruz bautismal como un cumplimiento de Ezequiel 9:4, donde los miembros del pueblo de Dios fueron marcados en sus frentes con la letra hebrea Tau, la cual es similar a una *x* o una *t*. Los cristianos primitivos también conectaron la cruz bautismal con Apocalipsis 7:3, donde los siervos de Dios, aquellos que fueron lavados en la sangre del Cordero, son sellados en sus frentes con el fin de salvarlos.

Muchos de los antiguos órdenes bautismales luteranos incluyen un exorcismo o un echar fuera a Satanás: “Te ordeno, espíritu inmundo, en el nombre: del Padre, del Hijo, y del

Espíritu Santo, que te vayas y salgas de este siervo de Jesucristo. Amén”. Este exorcismo indica que el bautismo aparta a los pecadores de la esfera del poder de Satanás y los lleva al reino de Dios.

Aquellos que son bautizados a menudo son ataviados con vestidos blancos, simbolizando el revestirse de Cristo (Gálatas 3:27). Ellos están cubiertos con los ropajes de la sangre y la justicia de Cristo, de tal manera que están preparados para permanecer por siempre en las fiestas de las bodas del Cordero (Mateo 22:11).⁴ En ocasiones, también se enciende una vela bautismal, para indicar que el bautismo es el sacramento de la iluminación. Cristo, la luz del mundo (Juan 8:12), ilumina el alma que camina en tinieblas y en la sombra de muerte.

Los bautizados se convierten en cristianos, y convertirse en cristiano es ser “cristianizado”. En la iglesia primitiva, a menudo se daban nuevos nombres a los conversos al cristianismo en el bautismo. Entonces cristianizar se convirtió en sinónimo de *nominar* al igual que *bautizar*. De esta manera, el poner a una persona el nombre de pila se convirtió en parte del orden bautismal. El bautismo es el inicio de una nueva vida, y a esta nueva vida se le puede dar un nuevo nombre. Nuestros apellidos son nuestros por el nacimiento natural, pero nuestros nombres de pila pueden ser dados en el bautismo, cuando nacemos de nuevo. En el bautismo el Señor nos escoge como suyos y nos llama por un nombre, como dice en Isaías: “No temas, porque yo te redimí, te puse nombre, mío eres tú” (Isaías 43:1).

Estas, costumbres y símbolos conectados con el bautismo, son de gran beneficio para explicar el significado del sacramento. Sin embargo, siempre existe el peligro de que éstas puedan hacer confuso el significado del bautismo. Por ejemplo, en la iglesia primitiva, las ceremonias de la imposición de manos y la unción con aceite, simbolizaban que el Espíritu Santo era recibido en toda su plenitud en el bautismo. Pero lentamente se desarrolló la idea de que el bautismo sólo otorgaba el perdón de

los pecados, mientras que la imposición de manos y la unción con aceite, daban el Espíritu. La costumbre se desarrolló en el sacramento no bíblico de la crismación en la Iglesia Ortodoxa Oriental, y en el sacramento no bíblico de la confirmación en la Iglesia Católica Romana. Debido a que esta costumbre causó confusión en la iglesia primitiva, y es todavía malentendida por las iglesias de nuestros días, no parece ser ventajoso reintroducirla en el servicio bautismal, como es el caso de algunos órdenes bautismales luteranos modernos. En el bautismo se usan con beneficio varias costumbres y símbolos, pero cuando hay peligro de que oscurezcan el entendimiento del sacramento, éstos deben ser rechazados.

Padrinos y testigos

Utilizar padrinos en el bautismo es una tradición establecida hace mucho tiempo en la iglesia. Queremos hacer notar que el uso de padrinos es sólo una tradición de la iglesia. Sin embargo, es una costumbre que ha sido usada con grandes bendiciones en la iglesia. También debemos recordar que las costumbres en relación con los padrinos han variado a través de la historia de la iglesia y continúan cambiando hoy en día.

Los padrinos se originaron en conexión con el bautismo de adultos en la iglesia primitiva. El padrino asumía la responsabilidad por literalmente “apadrinar” a la persona que iba a ser bautizada, dando seguridad a la iglesia sobre la fidelidad de la persona. El propósito de los padrinos era impedir la infiltración de personas que eran hostiles hacia la iglesia. Como estaba vetada por el estado, la iglesia tenía que reunirse en secreto. El padrino afirmaba que la persona realmente quería convertirse en cristiana, y que no era un espía que trataba de destruir la iglesia.

Cuando terminaron las persecuciones, el bautismo de adultos se hizo menos común, y la costumbre de contar con padrinos de bautismo fue conservada con un propósito diferente, triple:

1. Los padrinos son testigos del hecho de que el niño fue bautizado en el nombre de la Trinidad.
2. Los padrinos animan a los padres a dar al niño una educación cristiana y dan al niño esa educación en caso de que los padres mueran.
3. Los padrinos oran por el niño.

El número de padrinos, que cada niño puede tener, ha variado a través de la historia de la iglesia. A menudo se escogen tres padrinos, apuntando al hecho de que el niño es bautizado en el nombre del Dios trino.

Los padrinos tienen un papel muy importante. Hoy en día, sin embargo, los padrinos no tienen un estatus legal real, a menos de que los padres los designen como guardianes en su testamento. Los padrinos comparten la responsabilidad por el bienestar espiritual de sus apadrinados. Ellos deben asistir a los padres en la educación espiritual de sus ahijados en toda manera posible. Por lo tanto, los padres tendrán gran cuidado en escoger a los padrinos. Debe ser evidente que los padres seleccionarán como padrinos sólo a aquellos que entiendan y crean las enseñanzas de la Palabra de Dios como son confesadas por la iglesia evangélica luterana y a aquellos a quienes puedan confiar de forma segura el bienestar espiritual y eterno de sus hijos. Esto significa que los padrinos compartirán la confesión de fe en la cual el niño es bautizado. Los padres escogerán padrinos sólo de su propia fe o comunidad. Sería contrario a la propia conciencia de los padrinos animar a sus ahijados a ser fieles a una confesión que ellos no aceptan.

Aquellos que no pueden comprometerse honestamente a trabajar por la edificación espiritual del niño, pueden ser escogidos como testigos, pero no como padrinos. Los testigos pueden ser cristianos de otra fe o comunidad que atestiguan el bautismo del niño. Los testigos, sin embargo, no pueden

prometer que darán al niño la correcta educación cristiana, en caso de que los padres mueran, porque la fe en la cual el niño es bautizado es contraria a sus propias confesiones.

Responsabilidad de los padres

El compromiso de los padrinos en el bautismo no disminuye de ninguna manera la obligación de los padres con su hijo o hija bautizado. Los padres tienen la responsabilidad primaria de criar a su hijo en “disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6:4). Los padres llevarán a sus hijos al Señor en el bautismo, donde la fe y la nueva vida son obradas en el niño. Sin embargo, la responsabilidad de los padres no termina ahí. Esa fe en el Salvador que fue obrada en el bautismo no sobrevivirá a menos que sea nutrida y fortalecida regularmente. De la misma manera que un bebé recién nacido no sobrevivirá sin leche ni otros nutrientes, igualmente la vida en fe del niño que nació en el bautismo debe ser nutrida regularmente con la “leche espiritual no adulterada” de la Palabra de Dios (1 Pedro 2:2).

Imagine a una madre y a un padre que arropan cuidadosamente a su bebé recién nacido y lo llevan desde el hospital a su casa. Ellos muestran orgullosamente a su hijo a sus familiares y amigos. En la noche ponen a su hijo en la cuna en una habitación amoblada con todo lo imaginable. Pero luego cierran con llave esa linda habitación y no la abren por cinco años. Es horrible pensar en lo que encontrarían en la cuna después de esos cinco años, pero es exactamente lo que le pasa a una vida en fe nacida en el bautismo pero nunca nutrida con la Palabra de Dios. El niño muere lentamente de hambre espiritual.

Por lo tanto, los padres deberán alimentar a sus hijos, con la Palabra, en todas las formas que sean posibles. Ellos llevarán a su hijo a la iglesia para los servicios y hablarán acerca del Señor en las conversaciones diarias. Tendrán devocionales familiares en el hogar de tal manera que el niño encuentre a Jesús en su

Palabra, y crezca cada vez más su conocimiento sobre Él. Estarán profundamente interesados en la educación cristiana de su hijo y en la instrucción para la confirmación, por medio de la cual su hijo estará preparado para recibir la nutrición espiritual del cuerpo y la sangre de Cristo, ofrecida en la Santa Cena.

¿Quién debe bautizar?

Según la Escritura, la validez del bautismo no depende del carácter ni de la fe de quien lo realiza. Si el bautismo dependiera de la fe del que lo ministra, éste siempre permanecería incierto, ya que no podemos mirar en el corazón de otra persona para ver si la fe está presente. Cuando el mandato de Cristo se lleva a cabo correctamente, el bautismo es válido, aun cuando sea administrado por alguien que sea inmoral o que sea un falso maestro.

El Señor ha instituido el ministerio público y ha encaminado a su iglesia a llamar a los hombres a predicar el evangelio públicamente y a administrar los sacramentos en su nombre y en el nombre de su cuerpo, la iglesia (Efesios 4:11,12; Romanos 10:14,15). Ya que este es el caso, normalmente estos ministros llamados de Cristo deben administrar el bautismo. No es una buena práctica que, en circunstancias normales, los miembros de una familia asuman ellos mismos el bautismo de su propio hijo. Esta práctica podría convertirse en desorden y llevar a dudas. Esto podría separar al bautismo de la iglesia. Es el pastor quien ha sido llamado por Dios a través de la congregación para administrar los sacramentos, incluyendo el bautismo.

En caso de emergencia, sin embargo, cuando la vida de un niño está en peligro, cualquier cristiano puede bautizarlo. Los padres cristianos bautizarán a su hijo con prontitud, después del nacimiento, con el fin de evitar situaciones de emergencia. Igualmente todos los cristianos se familiarizarán con lo que es necesario para realizar un bautismo válido, en caso de

emergencia: Tome agua y aplíquese la al niño diciendo: “Yo te bautizo en el nombre: del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén”.

¿Dónde debe realizarse el bautismo?

No hay nada incorrecto en los bautismos que tienen lugar fuera del servicio de adoración. Durante gran parte de la historia de la iglesia, los bautismos eran llevados a cabo en servicios privados fuera del servicio principal de adoración. Debido a la importancia del bautismo para transmitir la gracia de Dios, éste puede y debe ocurrir en cualquier tiempo o cualquier lugar.

Al mismo tiempo, hay razones importantes para realizar los bautismos en los servicios de adoración de la iglesia. El bautismo es nuestro nacimiento espiritual, nuestra adopción en la familia de Dios. Éste hace que nos convirtamos en parte del pueblo de Dios, o sea, en su iglesia. Debido a que el bautismo nos une con el pueblo de Dios, es apropiado administrarlo cuando éste se reúne alrededor de los medios de gracia. Un bautismo en el servicio público de adoración indica que la persona está siendo incorporada en Cristo y en su cuerpo, la iglesia. Por lo tanto, se ha vuelto común bautizar cuando la congregación está reunida para adorar.

Cuando hay duda en cuanto al bautismo

Una persona necesita ser bautizada sólo una vez. De la misma manera que nacemos sólo una vez de los vientres de nuestras madres, de igual forma renacemos únicamente una vez a través del agua y de la Palabra. Si el nuestro es un bautismo correcto en el nombre del Dios trino, no necesitamos ser rebautizados, aun si nos apartamos de la fe y más tarde nos arrepentimos. En el bautismo Dios está siempre extendiendo sus misericordiosos brazos hacia nosotros, con todas sus bendiciones, y esas bendiciones son nuestras a través del arrepentimiento y de la fe. Por lo tanto, realmente no hay

rebautismo. El bautismo se realiza una vez por todas.

Cuando hay duda, sobre si la persona ha sido bautizada, o sobre si el bautismo fue válido, entonces la persona debe ser considerada como no bautizada. La fe necesita encontrar una base firme en el bautismo. Esto es imposible cuando el bautismo está en duda. Por lo tanto, cuando hay duda sobre el bautismo previo de una persona, ésta debe ser considerada como no bautizada y ser bautizada correctamente.

El bautismo y la confirmación

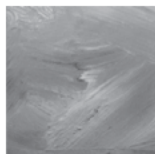
La confirmación no está ordenada en ningún lugar de la Biblia; más bien es una costumbre de la iglesia que puede ser usada con gran bendición. El rito de la confirmación era llevado a cabo en la iglesia primitiva inmediatamente después del bautismo, con la imposición de manos y la unción con aceite, como símbolo de que el Espíritu Santo era recibido en el bautismo. Más tarde, en la iglesia occidental, la confirmación fue separada del bautismo e incorrectamente considerada como un sacramento en sí misma. Aunque la confirmación no es un sacramento, es un rito muy útil para la iglesia.

La confirmación se encuentra en medio de los dos sacramentos de la iglesia: el bautismo y la Cena del Señor. La instrucción de la confirmación ayuda a nutrir la fe en el Salvador que el Espíritu Santo creó en el bautismo. A través de esta instrucción, se le enseña al confirmado el significado y la importancia continua del bautismo para la vida diaria. Al mismo tiempo, la confirmación prepara al confirmado: para una participación digna en el santo sacramento del cuerpo y la sangre de Cristo, y para una plena participación en la vida del cuerpo de Cristo, es decir, la iglesia.

La confirmación no añade nada al bautismo ni lo complementa. Más bien, en la instrucción de la confirmación, a los confirmados se les recuerda sobre todas las bendiciones del bautismo y se les instruye más sobre la fe en la cual fueron

bautizados, de tal manera que puedan recibir correctamente la Santa Cena. Se les da la oportunidad de confesar ante la congregación reunida la fe en la cual fueron bautizados. Entonces, con la imposición de manos –que simboliza el derramamiento del Espíritu Santo- y con oración, la iglesia le pide al Espíritu Santo que descienda sobre los confirmados, en medida completa como él ha morado en ellos desde el bautismo. El Espíritu Santo indudablemente vendrá a ellos mientras continúen haciendo uso de los medios por los cuales él viene: la Palabra de Dios y los sacramentos.

No debemos ver la confirmación como el fin de la instrucción religiosa. El certificado de confirmación no es un diploma que dice: “Ahora sabes todo lo que necesitas saber. No necesitas estudiar más de la Biblia”. Más bien, la educación de la confirmación es la base del conocimiento cristiano, sobre la cual construimos el resto de nuestras vidas, y la cual nos da herramientas para que podamos continuar creciendo en el conocimiento de la salvación.



4

El modo del bautismo

A menudo los luteranos son interrogados sobre la razón por la cual bautizan a través de asperjar o rociar el agua, en vez de hacerlo por inmersión, sumergiendo a la persona completamente bajo el agua. Muchos creen que si una persona no es completamente cubierta con agua en el bautismo, ésta no es bautizada. No hay duda de que la inmersión es un método legítimo de aplicar el agua en el bautismo y que fue comúnmente utilizado en ciertos períodos de la historia de la iglesia. Pero la pregunta real es: ¿Es la inmersión la única forma legítima de aplicar agua en el bautismo?

Bautizar significa “aplicar agua”

La palabra *bautizar* viene de una palabra griega común y cotidiana que significa “aplicar agua”. La palabra puede ser

usada en conexión con: sumergir, lavar, rociar, o asperjar. La palabra se usa en Marcos 7:4 para hablar de “los lavamientos [palabra griega para *bautizar*]: de los vasos de beber, de los jarros, de los utensilios de metal, y de las camas”. Cuando lavamos: jarras, cántaros grandes, y ollas, no necesariamente las sumergimos totalmente. Simplemente vertimos agua sobre ellas. En Lucas 11:38, el tipo de lavado que los fariseos esperaban de Jesús antes de comer no involucraba la inmersión de su cuerpo entero. La palabra griega para *bautizar* se usa aquí para el lavado ritual de las manos en la vida diaria de los judíos.

El escritor a los Hebreos se refiere a asuntos de “comidas y bebidas, de diversas purificaciones [palabra griega para *bautismos*] y ordenanzas acerca de la carne” (9:10). Estas purificaciones eran los lavamientos (bautismos) requeridos por la ley ceremonial del Antiguo Testamento. Es crucial notar que la ley nunca requirió inmersiones pero con frecuencia requirió rociar o asperjar. De la misma manera, la Septuaginta, la traducción del Antiguo Testamento al griego, utiliza la palabra *bautizar* para significar “lavamiento”. Por lo tanto, vemos que la palabra griega para *bautizar* no significa “sumergir”. Simplemente significa “aplicar agua”. Este hecho implica que en el bautismo podemos aplicar el agua de cualquier manera.

Bautismos en el Nuevo Testamento

Muchos bautismos se registran en el Nuevo Testamento, pero ninguno de ellos necesariamente implica que el agua era aplicada por inmersión. Los evangelios dicen que Juan bautizaba en el Jordán (Mateo 3:6) y que después del bautismo de Jesús, Él “subió enseguida del agua” (versículo 16; ver también Marcos 1:10). Por esto algunos asumieron que Jesús entró en el río y que fue cubierto completamente por el agua en su bautismo. Pero la frase “subió enseguida del agua” se podría aplicar aun si Juan y Jesús estuvieran parados en el agua, con el agua solo hasta el tobillo. Juan pudo haber simplemente vertido agua sobre Jesús, bautizándolo y luego haber ambos subido a la rivera del río.

Los inmersionistas (aquellos que insisten en el bautismo sólo por inmersión) apuntan a Juan 3:23, que dice que Juan estaba bautizando en Enón porque allí el agua era abundante. *Enón* significa “fuentes” o “manantiales” y el agua allí estaba constituida por manantiales que formaban pequeñas corrientes de agua dulce. Esta era una excelente provisión de agua para las multitudes que venían a Juan en el desierto, en cuya mayor parte no había agua. Sin embargo, el hecho de que el agua fuera abundante en Enón no prueba que Juan practicaba la inmersión. Con las multitudes que venían a él, Juan habría necesitado de una abundante provisión de agua para cualquier método de bautismo.

En Pentecostés, tres mil personas fueron bautizadas en Jerusalén (Hechos 2:41), ciudad que no tiene río. ¿Había estanques suficientemente grandes para sumergir a todas esas personas en un día? Aun si los había, es muy poco probable que los enemigos de nuestro Señor y sus seguidores hubieran puesto a su disposición las reservas de agua de la ciudad para que tres mil personas pudieran ser sumergidas allí. Además de esto, el derramamiento del Espíritu en Pentecostés fue llamado un bautismo. Por lo tanto, no es ilógico suponer que un modo similar de aplicar agua, es decir, rociarla, fue usado cuando Pedro instó a la gente que estaba reunida en Pentecostés de la siguiente forma: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros... y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38).

Después de que Pedro predicó en la casa de Cornelio, el Espíritu Santo fue derramado sobre todos los que escucharon el mensaje. Entonces Pedro preguntó: “¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo?” (Hechos 10:47). Pedro estaba preguntando: “¿Puede alguien impedir que se traiga agua aquí para ser usada para el bautismo?” Esta afirmación implica que el agua se aplicaba sobre ellos y no que ellos fueran puestos bajo el agua.

Los inmersionistas creen que el lenguaje utilizado en el bautismo de un eunuco etíope prueba su teoría. Se nos ha dicho que Felipe y el etíope descendieron al agua, Felipe lo bautizó y ambos subieron del agua (Hechos 8:38,39). Los inmersionistas concluyen que los dos hombres descendieron al agua, que Felipe sumergió al etíope y que los hombres subieron nuevamente. El texto, sin embargo, no dice nada acerca de la inmersión. Además, el texto relata que ellos estaban en un camino desierto (versículo 26). No hay ríos en esa área. La única agua es un pequeño y ocasional manantial, el cual muy probablemente no habría sido suficientemente grande para una inmersión. El texto dice simplemente que los hombres descendieron al agua, Felipe aplicó agua al etíope, bautizándolo y ambos subieron del agua y volvieron al carro.

No hay nada en el registro del bautismo de Pablo por parte de Ananías que indique que la inmersión era la única forma del bautismo (Hechos 9:18,19). Pablo, ciego y débil, estaba sentado en una habitación, sus ojos fueron abiertos, fue bautizado, tomó comida y fue fortalecido. El texto relata los hechos en rápida sucesión, lo cual implica que todo ocurrió en la casa donde Pablo se estaba quedando. Es muy improbable que una morada privada hubiera tenido las facilidades para que una persona fuera cubierta totalmente por agua en el bautismo.

Lo mismo se puede pensar en relación con los bautismos del carcelero de Filipos y su familia (Hechos 16:33). Fue después de la medianoche cuando fueron bautizados. Parece muy improbable que Pablo y Silas salieran a un río y sumergieran al carcelero y su familia a tan altas horas de la noche. Además, Pablo y Silas, habían sido azotados no mucho antes de esto. La inmersión habría sido una gran tarea para hombres en sus condiciones a esa hora. Es más razonable suponer que la forma del bautismo en ese caso fue rociar el agua o asperjarla.

Algunos afirman que la inmersión es el único modo correcto del bautismo porque Pablo habla del bautismo como una

sepultura con Cristo (Romanos 6:3,4; Colosenses 2:11,12). Esta sepultura con Cristo es interpretada para significar “sepultados bajo el agua” es decir, sumergidos. Pablo, sin embargo, no está hablando del modo del bautismo en estos pasajes sino de su significado y beneficio. Si se explica que estos pasajes se refieren al modo de aplicar el agua del bautismo, entonces textos como Hechos 22:16, “bautízate y lava tus pecados” y Hebreos 10:22, “purificados los corazones... y lavados los cuerpos con agua pura” también tendrían que explicarse en referencia al modo del bautismo. De acuerdo con lo anterior, en estos textos se enseñarían varias formas de bautismo. Igualmente, la muerte de Cristo no corresponde con el simbolismo de la inmersión. Se nos dice que nos bautizamos en la muerte de Cristo, pero Cristo murió en una cruz. La inmersión no simboliza la crucifixión en ningún sentido. Es un hecho que esas referencias de la Escritura no implican ni especifican ningún método particular para el bautismo. La Escritura admite cualquier modo de aplicar el agua en el bautismo.

Modos del bautismo en la iglesia primitiva

La historia y la arqueología, prueban que la iglesia primitiva comprendía que el modo del bautismo no es esencial para su validez. Este entendimiento del bautismo está basado en un libro cristiano, de finales del siglo primero o principios del segundo, en el cual rociar agua sobre la cabeza de una persona tres veces en el nombre: del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, se considera un bautismo legítimo.

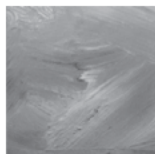
El testimonio de las varias ilustraciones del bautismo en las catacumbas romanas favorece fuertemente al rociar como la manera de aplicar el agua en el bautismo. Las ruinas de las iglesias primitivas no tienen tanques de inmersión, sino pilas bautismales superficiales. Desde tiempos muy primitivos se ha utilizado una concha de mar como símbolo del bautismo. A menudo las conchas de mar fueron usadas para rociar agua en las

cabezas de los que eran bautizados. Las pinturas de los cristianos primitivos describen a Juan y a Jesús, parados en el agua, y a Juan usando una concha de mar para verter el agua en la cabeza de Jesús. Con seguridad, la inmersión fue usada en la iglesia primitiva, pero no fue usada como forma exclusiva con respecto a otros métodos de bautismo.

Con base: en nuestro examen de la Escritura, en el uso de la palabra griega para *bautizar*, y en los ejemplos de los cristianos primitivos, no vemos razón para exigir que el agua del bautismo sea aplicada en una sola forma particular, por inmersión, como algunos enseñan. Cualquier método de aplicar el agua— inmersión o aspersión— es un método válido.

Parte II

Las bendiciones del sacramento



5

El bautismo como perdón completo

El bautismo no es simplemente un rito que realizamos porque Dios lo ordenó. Ni es meramente un símbolo que indica lo que nos sucedió cuando llegamos a la fe, como enseñan las iglesias reformadas. El bautismo no es algo que nosotros hagamos; más bien, es algo que Dios hace por nosotros.

En el bautismo Dios nos ofrece y nos da completo perdón de los pecados. Las aguas bautismales lavan todos los pecados (Hechos 22:16). Pedro afirma: “El bautismo... ahora nos salva” (1 Pedro 3:21). El hecho de que el bautismo salve no quiere decir que haya otra forma de ser salvo además de confiar en Jesús. Más bien, el bautismo es un medio a través del cual el tesoro de la salvación es traído a nosotros. En la cruz, Jesús ganó el perdón para todo el mundo. Sin embargo ese perdón no nos hará ningún bien a menos que nos sea dado hoy. El bautismo obra como una

tubería, trayendo el perdón de los pecados desde su fuente, la cruz, a cada uno de nosotros personalmente en la pila bautismal.

El bautismo como una fuente llena de sangre

La pila bautismal puede ser comparada con una fuente llena de la sangre del Mesías y, dado que el bautismo ofrece y da el perdón ganado en la cruz por medio de esa sangre, el bautismo puede ser ilustrado como un baño en esa fuente.

En el libro de Jeremías, el Señor declara: “Aunque te laves con lejía y amontones jabón sobre ti, la mancha de tu pecado permanecerá aún delante de mí” (2:22). Nuestro pecado es una marca indeleble, una mancha terrible ante Dios, que arruina nuestras vidas presentes y termina en la destrucción eterna. Sin importar cuán arduamente tratemos, no podemos hacer que esa mancha desaparezca. Ésta únicamente crece más repugnante, penetrando en nuestra vida entera. Sin embargo, el baño limpiador del bautismo puede indudablemente lavar cada marca, cada mancha y arruga (Efesios 5:27). Aunque nuestros pecados sean como grana, en el bautismo estos se vuelven blancos como la nieve. Aunque sean rojos como el carmesí, se vuelven como lana, porque el bautismo nos lava en la sangre del Cordero y nos da su perdón completo (Isaías 1:18; 1 Juan 1:7; Apocalipsis 7:14). La sangre de expiación de Cristo es aplicada a los pecadores y lava todos sus pecados. Lutero usa este hermoso y confortante lenguaje ilustrativo en su principal himno bautismal.

Todo lo cual el mortal presenta
es agua como la vertemos
ante el ojo de la fe se manifiesta
el poder meritorio que de Jesús conocemos.
Porque aquí se ve su sangre preciosa
trayendo sanidad a nuestros males
con su prodigioso don la maravillosa
corriente carmesí grandiosa

El amor de Dios revelado a los mortales.

(Christian Worship: A Lutheran Hymnal [CW] 88:4. Traducción libre del inglés.)

El apóstol Pedro habla de la sangre de Cristo como el precio de nuestro rescate: “Pues ya sabéis que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir (la cual recibisteis de vuestros padres) no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:18,19). Cuando usamos los términos *rescate* o *redención*, hoy en día, usualmente estamos hablando de un secuestro. Los secuestradores tomarán al hijo de padres ricos y luego demandarán que éstos les paguen un rescate por el regreso seguro de su hijo.

Cuando nacemos en este mundo, somos secuestrados por el poder del pecado (Salmo 51:5). Estábamos presos en el horrible dominio del mal. El rescate pagado para comprarnos fue más costoso que toda la riqueza del mundo. Fuimos redimidos de nuestra condición de secuestrados, no con oro ni plata, sino con la santa y preciosa sangre de Cristo. El bautismo nos trajo esa inundación redentora y nos libró del poder del pecado. Nos convertimos en hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús.

El bautismo como liberación de la muerte

La muerte es un resultado del pecado (Romanos 6:23). La humanidad no fue creada para morir sino más bien para vivir para siempre en comunión con el Padre Celestial. Cuando nuestros primeros padres cayeron en pecado, ellos hicieron que el destino de toda la raza humana fuera la muerte temporal y la destrucción eterna (Génesis 2:17).

Debido a que el bautismo obra el perdón de los pecados, nos libra de la muerte y nos da la salvación eterna. La muerte ya no tiene ningún poder sobre nosotros porque ha perdido su aguijón (1 Corintios 15:55-57). La muerte es un terrible monstruo que

trató de tragar a Cristo pero no pudo digerirlo, porque Cristo despedazó la muerte y la desintegró en pedazos. Por eso la muerte tuvo que vomitar a Cristo nuevamente al tercer día como el gran pez hizo con Jonás (Jonás 2:10). Ahora por el bautismo estamos unidos con Cristo, el vencedor de la muerte, y por consiguiente la muerte para nosotros ya no es el terrible final de todas las cosas. Se ha convertido en un sueño tranquilo y en la entrada al gozo eterno en las mansiones del Padre (Juan 11:25,26; 14:16).

Tan ciertamente como el bautismo nos lleva a la comunión con la muerte redentora de Cristo, dándonos perdón, con igual seguridad nos une con su resurrección, dándonos vida y salvación. Pablo enseñó a los cristianos romanos:

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?, porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.

Si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado, porque, el que ha muerto ha sido justificado del pecado.

Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él, y sabemos que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. En cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; pero en cuanto vive, para Dios vive.

Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. (Romanos 6:3-11)

Con relación al poder del bautismo para conquistar la muerte

y otorgar vida eterna, Lutero concluye en el Catecismo Mayor:

En efecto, piensa, si existiese algún médico que conociese el medio para que la gente no muriese o, si se murieran, los hiciera revivir eternamente, ¿cómo no nevaría y llovería el mundo con dinero, de modo que fuera de los ricos, nadie podría tener acceso? Pues bien, aquí en el bautismo se ofrece gratuitamente a cada uno un tesoro delante de su puerta y una medicina que destruye la muerte y mantiene a todos los hombres en vida.⁵

Las personas intentan todas las cosas imaginables para verse y sentirse jóvenes. No quieren enfrentar la realidad de que se están acercando a la muerte todos los días. ¡Piense en lo que la gente daría para detener el proceso de envejecimiento o para encontrar una fuente de juventud! La búsqueda de una fuente de juventud llevó a un explorador español, Ponce de León, a recorrer medio mundo, a los Everglades de la Florida, y aun así envejeció y murió. Pero en el bautismo encontramos una fuente que puede contrarrestar el proceso de la muerte. Indudablemente es verdad que nuestros cuerpos pueden marchitarse y volver al polvo del cual fueron formados. Sin embargo, debido a que el bautismo nos une con la muerte y resurrección de Cristo, tenemos la seguridad de que en el último día nuestros cuerpos saldrán de sus tumbas glorificados y entonces estaremos con el Señor para siempre.

El bautismo como liberación del diablo

El bautismo nos libra del diablo. A causa de nuestros pecados, Satanás tenía poder sobre nosotros. Éramos por naturaleza sus esclavos, haciendo cada uno de sus mandatos. Tan terrible era esa esclavitud que continuábamos haciendo esas cosas que sabíamos que nos iban a hacer daño a nosotros y a aquellos a nuestro alrededor, y aún así ansiábamos hacerlas. Sin

embargo, cuando nuestros pecados fueron perdonados en el bautismo, fuimos liberados de la dominación de Satanás.

Como redimidos y bautizados hijos de Dios, pertenecemos a Cristo. Satanás ya no tiene derecho legítimo sobre nosotros. Él no puede condenarnos por nuestros pecados; Dios los ha perdonado todos. Ni somos títeres de Satanás que todavía tienen que seguir sus mandatos. De acuerdo con la nueva naturaleza creada en nosotros en el bautismo, renunciamos a Satanás y a todos sus malos caminos y, en cambio, seguimos a Cristo.

Para enfatizar esta liberación, muchos de los antiguos ritos bautismales incluyen un exorcismo o un echar fuera a Satanás y una renuncia al demonio. Esto indica que el bautismo nos quita de la esfera del poder de Satanás y nos lleva al reino de Dios; nos libera de la esclavitud de Satanás y nos une con Cristo y su cuerpo, la iglesia.

Satanás no ha desalojado voluntariamente su territorio ocupado en nuestros corazones. Cuando fuimos llevados al reino de Dios a través del bautismo, Satanás nos declaró la guerra espiritual. La victoria decisiva, con seguridad, ha sido ya ganada por la muerte y resurrección de Cristo. Sin embargo, Satanás todavía camina por el mundo como herido de muerte, como león rugiente, buscando a quien devorar (1 Pedro 5:8). Nada le gustaría más que destruir nuestra fe en el Salvador y arrastrarnos al infierno. Entonces nuestro último estado sería peor que el primero (Lucas 11:26). Pero en el bautismo, Jesús nos da el poder para resistir todos los ataques del diablo y de sus demonios.

El bautismo como revestimiento de Cristo

Pablo expresa las bendiciones del bautismo de una forma muy interesante en Gálatas: “porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (3:26,27).

Todos hemos nacido contaminados en este mundo, cubiertos con los sucios harapos del pecado. Estamos totalmente

corrompidos por la iniquidad. No hay posibilidad de que podamos comparecer ante Dios con las vestiduras de nuestra propia justicia (Isaías 64:6). Dios demanda perfección en: pensamiento, palabra, y obra, pero diariamente pecamos mucho y no merecemos nada más que castigo. Sin embargo, en el bautismo somos revestidos con Cristo e íntimamente conectados con él, de tal manera que, habiéndonos revestido de Cristo, tenemos una protección para nuestros pecados. Él es nuestro vestido de justicia que oculta nuestras imperfecciones. Por medio de esa maravillosa prenda de salvación, el Padre nos ve como sus hijos sin mancha, y estamos preparados para estar para siempre en la fiesta de las bodas del Cordero (Isaías 61:10; 64:6). Este conjunto de imágenes, es la base para vestir, con ropajes blancos, a los bautizados.

El bautismo como salvación eterna

El propósito último del bautismo es la salvación eterna. Indudablemente el bautismo nos salva al lavarnos de nuestros pecados (Hechos 22:16). Nuestros pecados ya no pueden acusarnos ante el trono de Dios. Satanás ya no puede decir: “esta persona no tiene derecho al cielo”. La sangre de Jesús ha borrado nuestros pecados y el bautismo hace nuestro ese tesoro. A través de la fe en Cristo, somos los hijos de Dios, herederos del cielo. Las puertas del cielo se abren de par en par y cualquier barrera es derribada.

Martín Lutero resumió esta verdad en una forma memorable en su Catecismo Menor:

Las bendiciones del bautismo

¿Qué dones o beneficios confiere el bautismo?

El bautismo efectúa: perdón de los pecados, redime de la muerte y del diablo, y da la salvación eterna a todos los que lo creen, tal como se expresa en las palabras y promesas de Dios.

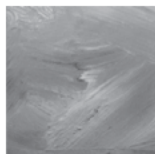
¿Qué palabras y promesas de Dios son éstas?

Son las que nuestro Señor Jesucristo dice en el último capítulo de Marcos: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado”.

Las promesas, que Cristo nos hace en el bautismo, nos aseguran que el Padre está siempre extendiendo su brazo amoroso hacia nosotros. Podemos alejarnos de Él como hijos tercos, perdiéndonos en el pecado, y incluso desechar nuestra gracia bautismal. Pero nuestro bautismo muestra que el Padre está siempre esperándonos con su amor, de tal manera que podemos arrepentirnos y volver a Él. Él nos espera todos los días como el padre en la parábola del hijo pródigo (Lucas 15:11,32). La confesión “yo soy bautizado” nos asegura que el Señor está con nosotros durante toda nuestra vida, que nunca nos deja ni nos abandona, y que finalmente nos llevará a nuestro hogar celestial.

La herencia celestial, que Dios nos promete en el bautismo, hace palidecer cualquier privilegio terrenal. Somos llevados a unión y comunión con el Dios trino. No somos los hijos de Dios por justicia, es decir, que no merecemos ser sus hijos. Ni somos hijos de Dios por nacimiento. Sólo hay uno que es el Hijo de Dios por nacimiento, la segunda persona de la Trinidad, el único Hijo engendrado del Padre desde toda la eternidad (Juan 1:18). Somos hijos de Dios por adopción (Efesios 1:5). No somos hijos no deseados, como es el caso de algunos niños hoy en día cuyos padres sienten que son una carga y los dejan que se valgan por sí mismos. En amor, el Padre nos escogió como suyos. Su deseo por nosotros, era aun más grande que aquel que tienen los padres adoptivos, que intentan todo lo posible para obtener el hijo que ellos aman. El Padre dio la vida de su propio Hijo de tal manera que nosotros pudiéramos ser hijos suyos. En el bautismo: el Padre nos recibe como sus hijos y herederos (Gálatas 3:26,27); el Hijo lava nuestros pecados con su preciosa sangre (Hechos 22:16) y el Espíritu Santo nos da un nuevo nacimiento, obrando la fe en el Salvador en nuestros corazones (Tito 3:5).

Este último don bautismal mencionado, el renacimiento espiritual y la nueva vida de fe, será objeto de estudio en el



6

El bautismo como un nuevo nacimiento

En el bautismo, Dios nos promete y nos otorga todos los tesoros de la salvación que Cristo ganó para nosotros en la cruz. Estos tesoros se reciben solamente a través de la fe. Como Jesús dijo: “El que crea y sea bautizado, será salvo” (Marcos 16:16). La fe es como una mano que recibe todos los beneficios que Cristo ganó por nosotros y que nos son ofrecidos en el bautismo. Sin la fe, el bautismo no nos beneficiaría personalmente, aunque éste es, en sí mismo, un gran tesoro divino. El bautismo ofrece todas las bendiciones de la obra redentora de Cristo, creamos o no creamos en eso, pero sus bendiciones se vuelven nuestras sólo por medio de la fe.

Es imposible para los humanos alcanzar por sí mismos la fe, por medio de la cual reciben las bendiciones del bautismo. Todos

nosotros nacimos espiritualmente muertos en el pecado (Efesios 2:1). Venimos físicamente vivos de los vientres de nuestras madres, pero nacimos espiritualmente muertos. Nosotros nacimos vivos y al mismo tiempo muertos en el pecado heredado de nuestros primeros padres. En relación con esta total corrupción de la naturaleza humana, llamada pecado original, David dice: “En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre” (Salmo 51:5). Nuestros corazones estaban totalmente opuestos a Dios y a su voluntad para nuestras vidas. Por lo tanto, no podíamos decidir seguir a Jesús o creer en él. De la misma manera que una persona que está físicamente muerta no puede tomar decisiones, igualmente una persona que está muerta espiritualmente no puede tomar decisiones espirituales. “Nadie puede exclamar: ¡Jesús es el Señor!, sino por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12:3).

De acuerdo con la Escritura, todo el que cree que Jesús es el único Salvador del pecado, es nacido de Dios (1 Juan 5:1). Sin este renacimiento espiritual por medio de la fe, llamado regeneración, una persona no está en condiciones para entrar al reino de los cielos y con la muerte entrará en los horrores de la separación eterna de Dios en el infierno. Jesús le dijo a Nicodemo: “el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3).

El bautismo obra renacimiento

El bautismo, que requiere fe, también crea fe. El bautismo es regenerador, lo que significa que da renacimiento. Pablo escribe: “[Dios] nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino: por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración, y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tito 3:5). Sabemos que este pasaje se refiere al bautismo, porque éste es el único lavamiento que el Señor ha encomendado a utilizar a su iglesia. El bautismo es el lavamiento del renacimiento, porque a través de él el Espíritu Santo crea fe, haciéndonos vivos espiritualmente y, por lo tanto, nos salva

(1 Pedro 3:21). El renacimiento, o la regeneración, es esencialmente el otorgamiento de la fe, para que todo aquel que crea que Jesús es el Cristo, sea nacido de Dios (1 Juan 5:1, Juan 1:12,13).

Pablo confirma el hecho, de que el bautismo es regenerador y que obra la fe, cuando dice a los Gálatas que al revestirse de Cristo en el bautismo, ellos se vuelven hijos de Dios a través de la fe en Cristo Jesús (Gálatas 3:26,27). Pablo expresa la misma verdad, usando un lenguaje diferente en Colosenses, donde explica que en el bautismo Dios lleva a la muerte a nuestra carne pecadora, sepultándola con Cristo, de tal manera que el bautismo es para nosotros una tumba acuosa. Al mismo tiempo, resucitamos a una nueva vida a través de la fe obrada en el bautismo por el poder de la resurrección de Cristo. “En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha por mano de hombre, sino por la circuncisión de Cristo, en la cual sois despojados de vuestra naturaleza pecaminosa. Con él fuisteis sepultados y en él fuisteis también resucitados por la fe en el poder de Dios que lo levantó de los muertos” (Colosenses 2:11,12). Si somos resucitados con Cristo por medio de la fe, en el bautismo, entonces el bautismo ciertamente crea fe y nueva vida.

En su conversación con Nicodemo, Jesús indicó que una persona tiene que nacer de nuevo para entrar en el reino de Dios (Juan 3:3). El corazón, la mente, y el alma, tienen que ser completamente transformados. Nicodemo entendió las palabras de Jesús en referencia al nacimiento físico y se preguntaba cómo podía entrar en el vientre de su madre por segunda vez y volver a nacer. Jesús respondió a la pregunta de Nicodemo de una forma simple y comprensible: “De cierto, de cierto, te digo que el que no nace de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3:5). Nacer del agua y del Espíritu se refiere al bautismo. En el texto griego, agua y Espíritu, están ligados gramaticalmente de tal forma que no pueden pensarse como dos cosas separadas, sino como dos cosas que están juntas en una

unidad. Sólo en el bautismo la Escritura conecta al Espíritu con el agua; la gente es bautizada “en el nombre: del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19). Sólo del bautismo se habla como un “lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tito 3:5). El Espíritu Santo viene a una persona en las aguas bautismales y efectúa el renacimiento espiritual a través de obrar la fe en el corazón de la persona. El bautismo es un medio a través del cual una persona espiritualmente muerta en el pecado puede ser llevada a la fe viviente en el Salvador. En el corazón donde la fe ha sido ya obrada por medio de la Palabra (Romanos 10:17), el bautismo fortalece y confirma esa fe. Entonces el bautismo no sólo nos trae todos los beneficios de la cruz de Cristo, sino que al mismo tiempo obra la fe para recibir esos beneficios.

La iglesia siempre ha enseñado que el bautismo obra la fe y el nuevo nacimiento. Así es como Justino Mártir, maestro de la iglesia cristiana primitiva, quien murió aproximadamente en el año 165 d.C., entendió el bautismo:

Después son conducidos por nosotros a un lugar en donde hay agua, y allí son regenerados del mismo modo que fuimos regenerados nosotros. Porque entonces reciben el lavatorio por el agua en el nombre del Padre de todos, y del Señor Dios y Salvador, nuestro Jesucristo, y del Espíritu Santo. Cristo dijo, en efecto: “Si no fuereis regenerados no entraréis en el reino de los cielos”.⁶

“Realmente” nacer de nuevo

Los evangélicos reformados modernos están preocupados con nacer de nuevo. Un conocido predicador evangélico una vez declaró: “¡La noticia más grandiosa en el universo es que podemos nacer de nuevo!”⁷ Estoy seguro de que a muchos de nosotros nos han preguntado en una u otra ocasión “¿Ha usted nacido de nuevo?” o “¿Ha usted tenido una experiencia de renacimiento?” La pregunta real es: ¿Qué quieren decir los

evangélicos reformados cuando hablan de nacer de nuevo? Ellos quieren decir que una persona ha llegado a un momento en la vida cuando ha aceptado a Jesús como Salvador y Señor, y ha hecho una decisión por Cristo. La persona se siente salva y experimenta dentro de sí: el perdón, la paz, el gozo, y la victoria, de Cristo. La persona siente a Cristo en su vida y tiene una relación personal con Él.

Este punto de vista tiende a basar la seguridad de la salvación en el sentimiento y la experiencia de ser salvo. Basa la seguridad de que somos creyentes: en cuán dolidos estamos por nuestros pecados, en cuánta paz tenemos en la vida, en qué tan semejantes a Cristo son nuestras vidas, o en nuestra decisión de seguir a Jesús. La salvación se convierte en nuestra decisión de aceptar a Dios en vez de que Dios nos aceptara a nosotros. Ante el trono de Dios, una persona diría: “Dios, deberías dejarme entrar en tu cielo porque yo escogí aceptar a Jesús como mi salvador personal y seguirlo”.

Esta visión del renacimiento, o sea, del nacer de nuevo, está en discrepancia con la Biblia que nos dice que aquellos nacidos de Dios son los que creen en Jesucristo como Salvador (Juan 1:12,13). Aquellos, que están arrepentidos de sus pecados y que confían en el Redentor, tienen vida eterna, siéntanse salvos o no. A veces podemos sentir el gozo y la maravilla de la salvación dentro de nosotros, pero en otras ocasiones, al enfrentar grandes conflictos, podemos no sentirlos. La Biblia establece, el origen de la fe de los creyentes, fuera de ellos mismos, en el objeto de la fe, en el sacrificio redentor de Cristo, cuyo beneficio lo recibimos por medio del bautismo y de los otros medios de gracia. En vez de decir: “Sé que soy salvo porque he nacido de nuevo (o porque me siento salvo)”, el creyente dice: “Sé que soy salvo porque Cristo vivió y murió por mí. Él pagó por todos mis pecados por medio de su vida y muerte santa. El perdón es traído a mí por medio del bautismo y los otros medios de gracia. A través de esos mismos medios de gracia, la fe es obrada en mi corazón para recibir ese perdón”.

La fe no debe ser dirigida a lo que sucede en el creyente ni a la vida agradable a Dios que resulta de la fe, sino a lo que pasó fuera del creyente, a la salvación que Cristo ganó para todos en la cruz.

La visión evangélica reformada del renacimiento puede fácilmente llevar a la justicia por obras, es decir, a la idea de que tenemos que hacer algo para ayudar en nuestra propia salvación. Esa visión puede hacer que la gente confíe en algo dentro de sí misma para lograr la vida eterna. Si la seguridad de nuestra salvación depende: de nuestra experiencia de ser salvos, de nuestra decisión por Cristo, o de nuestras vidas agradables a Dios, entonces no estamos confiando sólo en el sacrificio redentor de Cristo, sino que, al mismo tiempo, estamos confiando en algún esfuerzo o actividad propios para alcanzar la salvación.

Aun nuestra fe en Cristo no es una buena obra salvadora de nuestra parte. Es totalmente una obra del Espíritu Santo en nosotros que agarra lo que salva: la vida y la muerte de Cristo. De la misma manera que un niño no puede hacer nada para nacer del vientre de su madre, igualmente nosotros no hicimos nada para nacer de nuevo en el vientre acuoso del bautismo. Si estamos basando nuestra salvación en algo más fuera de la obra de redención de Cristo, hemos sido desligados de Cristo. Hemos caído de la gracia, como dice Pablo (Gálatas 5:4).

Sólo la doctrina bíblica del renacimiento puede dar consuelo duradero a los pobres pecadores. Si la seguridad de nuestra salvación dependiera de algo dentro de nosotros, entonces nuestra salvación siempre sería incierta, y no tendríamos paz. ¿Cómo sabríamos si tenemos la experiencia real de ser salvos? ¿Cómo sabríamos si nuestra pena por el pecado y nuestra lucha por vivir una vida semejante a Cristo es suficientemente sincera? La visión evangélica reformada nos lleva a una incertidumbre continua sobre el destino eterno y, en última instancia, a la desesperación.

Contrariamente a aquellos que enseñan una experiencia de nacer de nuevo, que basan la seguridad de la salvación en las incertidumbres de las emociones y sentimientos humanos, la Biblia enseña que la certeza de nuestra salvación descansa completamente en el Señor. Todos nuestros pecados fueron borrados por medio de la santa vida y muerte de Cristo. Ese perdón es traído a nosotros en los medios de gracia y recibido por medio de la fe, que es obrada a través de esos mismos medios de gracia. Por lo tanto sabemos que nuestros pecados son perdonados y que tenemos paz con Dios. Sabemos que Él está con nosotros durante toda la vida, obrando todo para nuestro bien y que Él tiene un lugar preparado para nosotros en el cielo. Esto es verdad, sintámoslo o no, porque nuestra salvación es enteramente la obra de Dios, aparte de cualquier esfuerzo humano. Por medio de la fe en Cristo, tenemos ahora mismo la promesa segura de Dios del paraíso.

Es completamente cierto que una fe viva en el Salvador resultará: en paz y gozo, en un arrepentimiento verdadero por el pecado, y en un esfuerzo por vivir una vida semejante a Cristo. Estas cosas, sin embargo, no son la raíz ni la base de la fe, sino los frutos de la misma. El fruto que recogemos de un árbol no da vida al árbol; más bien, el fruto está presente porque el árbol está vivo. El árbol está vivo por sus raíces. De la misma forma, debemos tener cuidado de no poner los buenos frutos de la fe en el lugar de la mejor y única raíz de la fe, la obra redentora de Cristo. La grandiosa buena noticia no es que podemos nacer de nuevo, como dicen algunos, sino más bien, el mensaje de que Cristo crucificado es el poder de Dios para la salvación (Romanos 1:16).

El bautismo y la recreación

La Escritura habla del bautismo como un renacimiento (Tito 3:5). Sin embargo, en la Biblia el término *renacimiento* a veces tiene un significado más amplio que renovación general o

regeneración. Por ejemplo, Jesús lo usa, en Mateo 19:28, para referirse a la regeneración en el nuevo tiempo, imaginando la vida eterna como un nuevo cielo y una nueva tierra. Apocalipsis 21:1 hace lo mismo.

Nuestro mundo actual fue llevado a la corrupción y ruina por la caída en el pecado. Ya no había paz entre Dios y los humanos. El pecado contaminó todos los aspectos de la creación. Espinas y abrojo aparecieron donde una vez hubo gozo y paz.

Sin embargo, en Jesucristo ocurrió el milagro de una nueva creación. En él todo fue hecho nuevo. Él fue enviado a este mundo para restaurar la paz entre Dios y la humanidad, de la manera como los ángeles cantaron en la primera Navidad. Jesús, el segundo Adán, vino para restaurar todo lo que el primer Adán había perdido en la caída y aun más —las glorias del cielo (Romanos 5:12-21). Jesús eliminó la maldición del pecado y así trae la nueva creación.

En el bautismo somos incorporados a Cristo y “si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17). El bautismo, entonces, es el sacramento de la re-creación. Éste hizo que nosotros nacióramos de nuevo a través de la fe, listos para vivir en el nuevo cielo y en la nueva tierra. Como el Espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas en el principio, y la primera creación fue producida por medio de su todopoderosa Palabra (Génesis 1; 2 Pedro 3:5), igualmente nosotros nos convertimos en una nueva creación a través del agua y de la Palabra, preparados para el paraíso que está sobre todo. Volveremos al polvo de la tierra, pero en el bautismo, nosotros los cristianos tenemos la esperanza confiada de que estaremos en la re-creación en el último día. Él, quien se volvió pobre y humilde para nuestra salvación, nos hizo nuevos en las aguas del bautismo, dándonos una clase de vida completamente nueva —una participación en su vida divina.

El bautismo y la iluminación

El escritor a los Hebreos habla de la fe en Cristo como iluminación (6:4; 10:32). Influenciada por pasajes como estos de la Escritura, la iglesia primitiva se refirió al bautismo como el sacramento del esclarecimiento o de la iluminación. Isaías escribe: “El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; a los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos” (Isaías 9:2). Este mundo está cubierto por la oscuridad del pecado y por la sombra de la muerte. La luz vista por las naciones es Jesucristo, la Luz del mundo (Juan 8:12). Jesús dijo a los judíos que rehusaron creer en Él: “Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas” (Juan 12:46).

Un obstetra se aproximó a un ansioso padre en la sala de espera de un gran hospital metropolitano. Lentamente le dijo: “Lamento informarle que su bebé sólo vivió unos minutos después de su nacimiento, aunque hicimos todo lo que pudimos para salvar su vida”. Cuando el compasivo doctor estaba a punto de irse, el padre dijo: “Recientemente leí que se necesitan ojos humanos para transplantes de córnea. ¿Podrían ser usados los ojos de mi bebé?” Al día siguiente la Cruz Roja llevó las córneas a dos hospitales diferentes. Una le devolvió la vista a un hombre trabajador que tenía una familia grande. El otro fue dado a una madre que tenía un niño pequeño.

De manera similar, hace casi dos mil años, un bebé nació como la luz del mundo, para dar vista espiritual a aquellos que caminaban en las tinieblas del pecado. Por su vida, muerte y resurrección, y a través de sus enseñanzas, Cristo ha provisto luz divina y vida para todos. En el bautismo esa luz de Cristo fue traída a nosotros, que estábamos andando a tientas en la densa oscuridad y en sombra de muerte, y fuimos iluminados por el Espíritu Santo. Nuestros ojos fueron abiertos y recibimos vista espiritual. Ahora tenemos la luz de la vida y la seguridad de que viviremos para siempre en donde no necesitaremos ninguna luz creada (Apocalipsis 21:23).

El bautismo y el don del Espíritu Santo

En el día de Pentecostés, Pedro, lleno del Espíritu Santo, predicó un poderoso sermón a los judíos, en el cual señaló su pecado de crucificar al Salvador y su necesidad de salvación. El Espíritu Santo estaba obrando a través de ese mensaje. Los corazones de la gente fueron compungidos por sus pecados. A través de la predicación de Pedro, el Espíritu Santo hizo que la gente anhelara el perdón en Jesús. Ellos preguntaron a Pedro y a los otros apóstoles: “Hermanos, ¿qué haremos?” (Hechos 2:37).

Pedro les respondió refiriéndolos al bautismo: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38,39). Él les informó que el bautismo en el nombre de Jesús perdonaría sus pecados y les otorgaría el don del Espíritu. El bautismo une al pecador arrepentido con Cristo y con todo lo que Él ha hecho por nosotros, impartiendo el perdón de los pecados.

Sin embargo, el pecador bautizado no recibe sólo el perdón de los pecados en el bautismo; Pedro declara que el don del Espíritu Santo también es dado en el bautismo. El don del Espíritu Santo incluye al mismo Espíritu y sus dones. El Espíritu viene al receptor del bautismo a través del agua y la Palabra, y mueve a esa persona a creer que sus pecados son lavados en el bautismo y que es unido a Cristo. El Espíritu hace, de la persona, el lugar de su morada y derrama sus dones en ella. El bautismo en el Nuevo Testamento siempre incluye los dones del Espíritu.

El bautismo del Espíritu

Se ha vuelto común hoy en día hablar del bautismo del Espíritu, o bautismo con el Espíritu. Estos términos son usados por quienes comúnmente se conocen como pentecostales o carismáticos.

Los pentecostales o carismáticos, no creen que las personas reciban el don del Espíritu Santo cuando son bautizadas con agua. Ellos creen que para tener la plenitud del Espíritu, se necesita tener una experiencia llamada bautismo del Espíritu o bautismo con el Espíritu.

Los pentecostales o carismáticos usualmente se refieren a dos experiencias en la vida cristiana. La primera es la experiencia de “nacer de nuevo” o conversión, cuando uno acepta a Jesús como Salvador y Señor. Esta experiencia no es la doctrina bíblica del renacimiento a través de la Palabra y el bautismo. La experiencia de nacer de nuevo es la aceptación de Cristo por parte de la persona, no la aceptación por parte de Cristo de la persona a través de los medios de gracia. De acuerdo con los pentecostales y carismáticos, nacer de nuevo es principalmente: una experiencia de Cristo dentro de uno mismo, una experiencia de Cristo en la vida de uno, y de tener una relación personal con Cristo. La experiencia da una relación con el Espíritu Santo pero no da al Espíritu en toda su plenitud. Ellos enseñan que para tener la plenitud del Espíritu, se debe tener la segunda experiencia, el bautismo con el Espíritu. El bautismo del Espíritu es recibido posteriormente a la conversión y es distinto de ésta.

En el bautismo del Espíritu, o bautismo con el Espíritu, uno recibe al Espíritu completamente con todos sus dones y es capacitado así para el servicio en la iglesia. Los cristianos son sumergidos en el poder del Espíritu y son llenos con el Espíritu de tal manera que pueden hablar de sí mismos como cristianos llenos del Espíritu. Ellos tienen el poder de llevar vidas de fe victoriosas. Tienen una certeza más grande de la salvación y valor para ser testigos efectivos de Cristo.

El bautismo del Espíritu es reconocible porque está acompañado por manifestaciones del Espíritu, de las cuales la más frecuente es hablar en lenguas, y también incluye: fe extraordinaria, poder de testimonio de Cristo, sanidad milagrosa, interpretación de lenguas, profecía, y habilidad de realizar

exorcismos (1 Corintios 12:4-11; Marcos 16:15-20). Cuando, los pentecostales y los carismáticos, se refieren a hablar en lenguas, no necesariamente quieren decir la habilidad de hablar en otros lenguajes. También puede significar utilizar un discurso extático. El bautismo del Espíritu, entonces, es una experiencia del Espíritu Santo en toda su plenitud en la vida de uno, que se evidencia por hablar en lenguas o por otro de los milagrosos dones del Espíritu.

La enseñanza, de que el bautismo del Espíritu es posterior al bautismo y distinto de ser bautizado con agua, está basada en la cronología del evento de Pentecostés. Mucho antes del primer Pentecostés, los apóstoles habían sido llevados a la fe en el Salvador por medio del Espíritu Santo. Pero en el día de Pentecostés, se escuchó el sonido de un fuerte viento y algo que parecía lenguas de fuego se posó sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos con el Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, ya que el Espíritu los habilitó para ello (Hechos 2:1-4). De esto, los pentecostales y carismáticos, suponen que después de llegar a la fe, tendrán otro evento de fe, el bautismo del Espíritu. Ellos creen que experimentarán lo mismo que los apóstoles en el día de Pentecostés.

Aquellos, que enseñan el bautismo del Espíritu, no tienen en cuenta las palabras que Pedro dijo directamente después del evento de Pentecostés. Cuando la multitud vio la gran manifestación del Espíritu y escuchó el sermón de Pedro, ésta preguntó: "¿qué haremos?" (Hechos 2:37). Pedro no les dijo que primero necesitaban una experiencia de nacer de nuevo y entonces después de mucho esfuerzo y fervorosa lucha con Dios en oración, recibirían el bautismo del Espíritu lo cual es evidenciado por el hablar en lenguas. No, él los dirigió al bautismo, el sacramento del agua y la Palabra y les dijo que por medio del bautismo sus pecados serían lavados y recibirían el don del Espíritu Santo (versículo 38). Este don del Espíritu no es parcial. Es el Espíritu mismo con todas sus bendiciones. Esta es la razón por la cual nuestro Señor habla del bautismo como

renacimiento por medio del agua y del Espíritu (Juan 3:5), y que Pablo se refiere a él como la regeneración del Espíritu Santo (Tito 3:5). De la misma manera que el Espíritu descendió sobre Jesús en forma de paloma en su bautismo y permaneció con él, igualmente en nuestros bautismos recibimos el Espíritu en toda su plenitud. La Biblia siempre conecta el sacramento del agua y la Palabra con el Espíritu y todos sus dones.

Con relación a los primeros cristianos en Jerusalén, nada se dice sobre su esfuerzo para obtener el bautismo del Espíritu después de que fueron bautizados con el agua y la Palabra. Su fe fue fortalecida y sostenida, y ellos fueron renovados en el Espíritu y se reunían para el servicio de adoración divina alrededor de la Palabra y de los sacramentos. “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hechos 2:42). Por lo tanto, no tenemos que correr de una reunión de avivamiento a otra, con la esperanza de experimentar el Espíritu. No tenemos que luchar con el Señor en oración hasta que sintamos el Espíritu y hablemos en lenguas. En el sacramento del agua y la Palabra, recibimos el Espíritu en toda su plenitud con sus muchos dones. La forma en que podemos tener regeneración espiritual en la iglesia hoy en día, la forma en que podemos ser regenerados personalmente en el Espíritu Santo, es al recordar nuestros bautismos en verdadero arrepentimiento y fe, y al fortalecer nuestra vida bautismal de fe a través del uso regular de la Palabra y la Santa Cena. La búsqueda de regeneración y poder espiritual, no necesita ir más lejos de la pila bautismal.

Los pentecostales y los carismáticos niegan la presencia y la obra del Espíritu Santo en el sacramento del bautismo, donde él es prometido, y entonces se sienten obligados a encontrar otro bautismo donde esperan encontrar al Espíritu.

De esta manera, ellos enseñan el bautismo de agua sin el Espíritu y un bautismo del Espíritu sin agua. El Nuevo Testamento, sin embargo, no habla sobre dos bautismos sino sobre uno solo: "... un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo"

(Efesios 4:4,5). La Escritura no habla de dos bautismos separados, uno de agua y otro del Espíritu, sino de un solo bautismo con agua y con el Espíritu juntos (Juan 3:5).

La Escritura nunca promete las señales milagrosas del Espíritu a todos los cristianos; por lo tanto, no hay razón para que supongamos que las recibiremos hoy en día. Estas señales autenticaron, o sea, confirmaron la presencia del Espíritu. En el Nuevo Testamento, éstas aparecieron sólo cuando hubo la necesidad especial para una confirmación así. En Hechos 2 las señales milagrosas confirmaron que el grupo de discípulos que se reunía era el verdadero Israel, la iglesia de Dios, capacitada por el Espíritu para escribir las escrituras del Nuevo Testamento y para proclamar el mensaje del evangelio a todas las naciones. En Hechos 8 y 10, las señales indicaron que los samaritanos y los gentiles, es decir, los no judíos, podían también recibir el Espíritu a través de la predicación del evangelio. El Espíritu Santo no era sólo para los judíos. Cuando los bautismos de ciertas personas eran deficientes (Hechos 19:1-6), las señales confirmaban que las personas recibían el Espíritu cuando eran bautizadas de acuerdo con las instrucciones de Cristo. En 1 Corintios 12:27-31, Pablo explica que un don milagroso particular del Espíritu, como hablar en diferentes lenguas, no se requiere de cada cristiano. Al crecer la iglesia, la necesidad de estas señales confirmatorias del Espíritu llegó a su final y, después de la era apostólica, éstas parecían haber cesado.

Estos sucesos en el Nuevo Testamento, cuando aparecieron manifestaciones del Espíritu antes o después del bautismo, no enseñan que hay un bautismo del Espíritu separado del bautismo con agua y con la Palabra, como sostienen los pentecostales y los carismáticos. Más bien, estos incidentes muestran públicamente que el Espíritu estaba presente en toda su plenitud con todos los dones, precisamente en la Palabra y los sacramentos.

La enseñanza pentecostal de un segundo bautismo del Espíritu Santo es peligrosa y engañosa. En vez de dirigir a la gente a donde el Espíritu promete ser encontrado –en la Palabra

y los sacramentos (Romanos 10:17; 1 Corintios 12:13)- esta enseñanza hace que la gente busque al Espíritu en experiencias de éxtasis internas. Ya no son suficientes, ni la Palabra de Dios ni sus sacramentos, sino que la gente debe buscar una revelación privada o experiencias internas para poder llevar vidas victoriosas. Una enseñanza como esa ciertamente denigra la Palabra de vida de Dios y sus sacramentos, y basa la certeza de la salvación en sentimientos humanos y emociones. Eso implica que la gente que no manifiesta las señales especiales del Espíritu carece de fe y tiene una forma inferior de cristianismo. Desplazar los pensamientos de los cristianos de los medios de gracia hacia experiencias especiales es descarriarse de la verdad y poner a las almas en peligro. Es rechazar la enseñanza bíblica genuina y robar de la gente la seguridad de su salvación. Las confesiones luteranas declaran correctamente: “Todo lo que se diga jactanciosamente del espíritu sin tal palabra y sacramentos, es del diablo”.⁸

Los pentecostales y los carismáticos a menudo enfatizan que la gente debe estar correctamente dispuesta a recibir el bautismo del Espíritu. Sólo aquellos que tienen una actitud de expectativa, apertura, y búsqueda, realmente lo recibirán. La gente debe esforzarse seriamente y estar con el Señor en oración para recibir el Espíritu. Con frecuencia, algunas personas intentan entrenar a otros para hablar en lenguas. Todo esto cultiva la noción de que el esfuerzo humano es, en alguna forma, esencial para la recepción de los dones gratuitos del Espíritu. Esto ciertamente implica que podemos hacer algo para ayudar en nuestra propia salvación, lo cual es contrario a la clara palabra de la Escritura (Efesios 2:8,9; Gálatas 5:4). Pablo afirma enfáticamente que recibimos el Espíritu no por obras de la ley, sino por fe la cual viene por oír el evangelio (Gálatas 3:5).

El bautismo como el sello y la unción del Espíritu

Muchas y diferentes ilustraciones se usan en la Escritura para confirmar el hecho de que en el bautismo recibimos el don

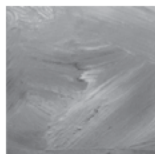
del Espíritu Santo. Pablo escribe: “y el que nos ungió, es Dios, el cual también nos ha sellado y nos ha dado, como garantía, el Espíritu en nuestros corazones” (2 Corintios 1:21,22). Este pasaje y otros (Efesios 1:13; 4:30), se refieren al don del Espíritu como a su sello. En tiempos antiguos los sellos eran colocados en las posesiones de una persona para reclamar pertenencia. Por ejemplo, una carta recibía un sello de cera que ostentaba la insignia de la persona que la enviaba. El sello indicaba quién había escrito la carta y, mientras el sello no estuviera roto, mostraba que nadie se había entrometido con la carta sino que ésta había sido mantenida segura.

De la misma manera, por medio del bautismo, somos sellados por el Espíritu como una posesión eterna del Padre. El mismo Espíritu nos ha sellado de tal manera que, ocultos en Cristo, somos mantenidos seguros hasta el último día, cuando todos los sellos serán abiertos. De la misma manera, frente a: todos los conflictos, cargas, e incluso la muerte, el Espíritu es la garantía de nuestro completo y final gozo de compañerismo con Dios.

Íntimamente relacionada con la ilustración del sello, está la ilustración de la unción. El apóstol Juan escribe: “Vosotros tenéis la unción del Santo y conocéis todas las cosas” (1 Juan 2:20). Justo como Jesús es el Ungido de Dios (Lucas 4:18; Hechos 10:38), habiendo sido ungidos con el Espíritu en su bautismo, igualmente en nuestros bautismos fuimos ungidos con el mismo Espíritu. El Espíritu nos guía en toda la verdad y nos capacita para entender la revelación de Cristo (Juan 16:13,14). Cristo significa “el Ungido”. En el bautismo fuimos bautizados en el Ungido, el Cristo, y fuimos ungidos por el Espíritu, convirtiéndonos en cristianos ungidos.

En su bautismo Jesús fue ungido como nuestro: Profeta, Sacerdote, y Rey. En nuestros bautismos fuimos unidos con Cristo de tal manera que ahora participamos en todos los efectos y consecuencias de su triple ministerio. Nosotros también nos convertimos en: profetas, sacerdotes, y reyes (1 Pedro 2:9). Por

medio del bautismo Cristo, nuestro crucificado y resucitado Rey, nos hace reyes y reinas, hijos e hijas reales de Dios. Él nos libera del dominio de nuestros enemigos y ahora Satanás puede ser aplastado bajo nuestros pies (Romanos 16:20). Cristo, nuestro Sacerdote, se sacrificó a sí mismo en la cruz como la única expiación por todos nuestros pecados de tal manera que pudiéramos ser una nación de sacerdotes reales. Al hacernos sacerdotes, Cristo nos da el poder de presentar nuestros cuerpos como sacrificios: vivos, santos, y agradables a Dios, el cual es nuestro servicio espiritual (Romanos 12:1). Cristo, nuestro Profeta, proclamó las buenas nuevas de perdón, las cuales nos son traídas en el bautismo, de tal manera que en él nos convertimos en sus profetas. La iglesia es una nación de profetas la cual, por palabra y obra, anuncia el evangelio que es el poder de Dios para la salvación, acercándonos más y más al Crucificado.



7

El bautismo de niños y de adultos

La Biblia no enseña una doctrina del bautismo de bebés y otra doctrina sobre el bautismo de adultos. Más bien, enseña una sola doctrina del bautismo y eso es suficiente. Cuando la gente entiende, ¿por qué se necesita el bautismo?, y lo que éste hace, usualmente están de acuerdo en bautizar a los bebés. Ya que el bautismo nos trae todos los beneficios del sacrificio redentor de Cristo y crea la fe para recibir esos beneficios, ¿por qué negarlo a los niños?

Los niños y el mandamiento bautismal

Los niños están incluidos en el “todas las naciones” del mandamiento bautismal de Cristo: “Id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre: del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas

que os he mandado” (Mateo 28:19,20). En ningún lugar de la Biblia se limitan las palabras “todas las naciones” de acuerdo con la edad. La Biblia no nos dice qué edad debe tener una persona para ser bautizada. No dice: “bauticen sólo niños” ni “bauticen sólo adultos”. Simplemente manifiesta: “bauticen a todas las naciones”, lo cual incluye a todos los grupos de edad. Si uno arbitrariamente excluye del bautismo a los niños de menos de siete años de edad, como hacen algunos, entonces uno puede arbitrariamente excluir a cualquier otro grupo de edad.

Los niños son incluidos de manera específica entre aquellos que reciben los beneficios del bautismo en Hechos 2: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo, porque para vosotros es la promesa, y para vuestro hijos” (versículos 38, 39). Algunos reclaman que “niños” aquí significa “descendientes” y que el bautismo es para los descendientes que han crecido. Pero ese no es el significado primario de la palabra en el texto original en griego. La palabra griega ni siquiera significa “gente joven” ni “adolescentes”. ¡Significa “niños”! Las bendiciones del bautismo están dirigidas a los niños en igual medida que para los adultos. Los niños también necesitan el perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo. Por lo tanto, ellos deben ser bautizados.

Muchos otros pasajes importantes relacionados con el bautismo usan las palabras “todos “ o “todos ustedes”, indicando que sus bendiciones son ofrecidas a todos los grupos de edad:

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?
(Romanos 6:3).

Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, tanto judíos como griegos, tanto esclavos como libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu
(1 Corintios 12:13).

Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús
(Gálatas 3:26).

Los niños y el evangelio bautismal

En Marcos 10:13-16, la gente estaba llevando sus bebés a Jesús para que Él los tocara. Ellos querían que sus pequeños conocieran el amor del Salvador. Los discípulos pensaban que Jesús, con todas sus grandes responsabilidades, no tenía tiempo para estos pequeños. Pero cuando los discípulos reprendieron a la gente que estaba trayendo a sus niños, Jesús se indignó. Él dijo: "Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de Dios. De cierto os digo que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él" (versículos 14,15). Estas no son las palabras de un hombre que por simple cortesía estuviera dispuesto hacia los niños. Jesús está estableciendo una figura importante: "porque de los tales es el reino de Dios". Si el reino de Dios pertenece a ellos, la fe puede obrar en sus corazones. Porque nadie puede pertenecer al reino sin fe en el Salvador. Los niños son ordinariamente traídos a la fe por las aguas del nuevo nacimiento. En el bautismo los niños son llevados a los brazos amorosos de Jesús y abrazados con su amor.

Esto es confirmado por la siguiente afirmación de Jesús: "De cierto os digo que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él". Esta comparación entre adultos y niños presupone que los niños pueden recibir el reino a través de la fe obrada por Dios en el bautismo. Los niños deben poder entrar en el reino para que la comparación de Jesús sea válida. La afirmación de Jesús también muestra que los adultos no entran al reino de Dios de ninguna manera distinta que los niños. Ambos deben ser llevados a la fe en el Salvador a través de los medios de gracia. Esta es la forma en que los padres de la iglesia primitiva entendieron este pasaje y así lo relacionaron íntimamente con la liturgia bautismal. Marcos 10:13-16 comúnmente es llamado el evangelio bautismal.

Los niños necesitan el bautismo

Parece difícil de creer que los niños necesitan el bautismo. Los bebés lucen dulces e inocentes. ¿Cómo pueden ellos tener algún pecado? La opinión predominante es que los niños nacen en un estado de inocencia y que cuando crecen, son afectados por sus entornos malos y empiezan a hacer cosas incorrectas. Sin embargo, nada podría estar más lejos de la verdad.

Una pareja progresista restringió a su joven hijo para que no se relacionara con otros niños de su edad. De esta forma ellos intentaban proteger al niño de las influencias pecaminosas de aquellos a su alrededor. Pero pronto descubrieron, para su asombro, que de todas maneras el niño hacía cosas pecaminosas, aun sin haber sido enseñado. Él era, tan egoísta y desagradable, como cualquier otro niño. El afán humano no es un resultado de nuestro entorno, sino un resultado de la condición pecaminosa del corazón humano.

Por un hombre, Adán, el pecado entró al mundo (Romanos 5:12) y a través de ese hombre el pecado pasó a todos nosotros. Este pecado pasa, de generación en generación, como una enfermedad hereditaria. La carne humana pecadora da nacimiento a más carne pecadora (Juan 3:6). El pecado nos afecta desde el momento de la concepción, y por eso David tuvo que decir: "En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre" (Salmo 51:5). Este pecado hereditario no nos deja simplemente como inválidos espirituales con necesidad de cuidados intensivos. No, nuestra condición espiritual es terminal —más que terminal. Nacimos espiritualmente muertos en delitos y pecados, como Pablo dice (Efesios 2:1). Esta condición totalmente corrupta, llamada pecado original, hace: que estemos inclinados hacia el mal, que seamos incapaces de hacer lo correcto, y que no tengamos la voluntad de hacerlo. A través de la caída en el pecado, perdimos la imagen de Dios, la cual consiste en un verdadero conocimiento: de Dios, de la justicia, y de la santidad; y nacimos en la imagen pecadora de Adán.

Algunos estarán de acuerdo con que los niños son pecadores por nacimiento, pero suponen que los niños no son responsables ante Dios por sus pecados. La Biblia, sin embargo, no habla de una edad de responsabilidad. Romanos 3:19 dice que todo el mundo es responsable ante Dios. Pablo advierte: “La paga del pecado es muerte” (6:23). Si los niños no fueran responsables por sus pecados, no morirían. Obviamente, entonces, los niños son responsables por sus pecados, porque ellos mueren, como toda la otra gente.

Todas las personas por nacimiento son parte de la humanidad caída, compartiendo la caída de Adán. Pero Jesucristo vino para deshacer todo lo que Adán hizo en la caída y para restaurarnos a la justicia y santidad de la creación. Por la obediencia de Cristo muchos serán hechos justos (Romanos 5:19). Esta justicia original es impartida a todos los que están en Cristo a través de la fe en Él como el Salvador. Aquellos que creen en él y son bautizados en su nombre se levantarán revestidos de él en el día del juicio.

Los niños, por lo tanto, necesitan desesperadamente el bautismo. Ellos nacen muertos espiritualmente en pecado y estarían perdidos para siempre a menos que fueran traídos a la fe por la obra redentora de Cristo. Viendo esta condición perdida de todo el mundo, nuestro Señor ha previsto un medio por el cual aun los niños pequeños, quienes también deben nacer de nuevo, puedan ser regenerados y traídos a la fe. Ese poderoso medio de gracia es el bautismo. El bautismo es el lavamiento de la regeneración que obra en nosotros la fe y así nos salva (Tito 3:5; Juan 3:5; 1 Pedro 3:21). Por medio del bautismo los niños ya no están en Adán compartiendo las consecuencias de la caída que terminarían en una condena eterna. En cambio, los niños bautizados están en Cristo, y al revestirse de Cristo en el bautismo, son hechos hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús (Gálatas 3:26,27). En el bautismo el tesoro de la cruz: fluye hacia los niños, lava su pecado, y obra la fe en el Salvador en sus corazones, para que reciban ese tesoro.

Todos los niños nacen muertos espiritualmente y corruptos en el pecado. La Escritura ofrece un medio de salvación para los niños pequeños en el bautismo. Esto no significa que Dios no pueda salvar a los niños no bautizados o que él los condene al castigo eterno. Pero ya que él nos ha ordenado utilizar el bautismo como un medio para dar a nuestros hijos renacimiento por medio de obrar la fe en sus corazones, ¿por qué los padres no deberían hacer uso de éste?

Los niños pueden creer

¿Pueden los niños creer en Jesús? "Nunca he escuchado algo como eso", podría decir alguien. "Los bebés pequeños no pueden hacer nada por ellos mismos. Ellos son incapaces de alimentarse a sí mismos cuando están hambrientos. No pueden hablar ni usar facultades superiores de razonamiento. Si los niños no tienen la capacidad natural de hacer estas cosas, ¿cómo pueden arrepentirse de sus pecados y confiar en Jesús como su Salvador?" Muchos hoy en día niegan el bautismo de bebés porque suponen que los niños no pueden creer.

La pregunta importante es: ¿es posible que los niños crean? Jesús dice que sí. En Mateo 18:6 y Marcos 9:42, Jesús advierte sobre hacer "tropezar a uno de estos pequeñitos que creen en mí". Contrario a la razón humana, Jesús afirma que los niños pueden creer. En Lucas 18:15-17, un pasaje paralelo a Marcos 10:13-16, la palabra griega *brefos* se usa cuando el Señor habla de los niños que pertenecen al reino de Dios. La misma palabra se usa para un niño no nacido en Lucas 1:41,44 y para el niño Salvador en Lucas 2:12,16. La Escritura señala que Juan el Bautista como un niño fue lleno con el Espíritu Santo y creyó aun en el vientre de su madre (Lucas 1:15, 41, 44).

No sólo en el Nuevo Testamento se encuentran pasajes que afirman que los niños pequeños creían. En Salmo 71 está escrito: "porque tú, Señor Jehová, eres mi esperanza, seguridad mía

desde mi juventud. *En ti he sido sustentado desde el vientre*. Del vientre de mi madre tú fuiste el que me sacó; para ti será siempre mi alabanza” (versículos 5, 6). El salmista confió en Dios desde su nacimiento. Salmo 22:9 habla de un niño lactante que creía: “Pero tú eres el que me sacó del vientre, el que me hizo estar confiado desde que estaba en el regazo de mi madre”. Salmo 8:2 habla de que los niños y los bebés alaban a Dios: “De la boca de los niños y de los que aún maman, fundaste la fortaleza a causa de tus enemigos”. Entonces el Antiguo Testamento también confirma que los niños pequeños desde el nacimiento pueden confiar y creer en el Señor.

Se puede plantear la objeción de que los niños pequeños no pueden creer ya que todavía no son conscientes de la fe cristiana. Se argumenta que la fe conlleva: conocimiento, asentimiento, y confianza, y por lo tanto, los bebés son incapaces de tenerla. Esta visión de la fe, sin embargo, es muy restringida. Recuerde que la fe no es una obra que nosotros realicemos, sino que es enteramente un don de Dios. Es una confianza en el Salvador obrada por el Espíritu. Los cristianos nunca se han considerado a sí mismos nada más que creyentes, aun cuando estén dormidos o inconscientes. Dormir ciertamente no destruye la fe de un creyente, ni tampoco lo hace un estado de coma, ni la enfermedad de Alzheimer. Los bebés bautizados pueden creer aun cuando no puedan recitar el Padrenuestro o el Credo Apostólico. Jesús advierte a los adultos no dejar que su razón y entendimiento sean obstáculos para creer como niños pequeños (Marcos 10:15).

El bautismo y la circuncisión de bebés

Pablo compara el bautismo y la circuncisión: “En [Cristo] también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha por mano de hombre, sino por la circuncisión de Cristo, en la cual sois despojados de vuestra naturaleza pecaminosa. Con Él fuisteis sepultados en el bautismo, y en él fuisteis también resucitados por la fe en el poder de Dios que lo levantó de los muertos” (Colosenses 2:11,12). Pablo señala que en el Nuevo Testamento, el Bautismo ha tomado el lugar de la circuncisión. Así como Dios ordenó la circuncisión en el octavo día después del nacimiento en el Antiguo Testamento (Génesis 17:12), igualmente ahora los bebés deben ser bautizados.

El Señor advierte severamente sobre la desobediencia en relación con la circuncisión: “El incircunciso, aquel a quien no se le haya cortado la carne del prepucio, será eliminado de su pueblo por haber violado mi pacto” (Génesis 17:14). El Señor advirtió que un varón incircunciso sería considerado fuera del pueblo de Dios. Esta advertencia ciertamente nos recuerda a nosotros los cristianos del Nuevo Testamento, que no debemos hacer peligrar el bienestar eterno de nuestros hijos por no utilizar el sacramento que los hará parte del pueblo de Dios. En el bautismo los niños se revisten de Cristo y se convierten en hijos de Dios, porque la fe en el Salvador es obrada en sus corazones (Gálatas 3:26,27).

Pablo nos recuerda que por medio del bautismo nuestra naturaleza pecadora es sepultada con Cristo y resucitamos a una nueva vida a través de la fe (Colosenses 2:12). Esta naturaleza pecadora es la naturaleza con la cual nacemos y que nuestros hijos tienen cuando son bebés. Su naturaleza pecadora necesita ser enterrada con Cristo y ellos necesitan resucitar a una nueva vida espiritual. ¡Qué potente y poderoso pasaje de la Escritura para animarnos a bautizar a nuestros hijos bebés!

Los bautismos de bebés y de familias

La mayoría de los bautismos que se relatan en el Nuevo Testamento son bautismos de adultos. Este hecho no debe sorprendernos porque muchas personas en esos años eran recibidas en la iglesia como adultos. La iglesia estaba cumpliendo un trabajo misionero. Aunque en el Nuevo Testamento se hace énfasis en el bautismo de adultos, no debe entenderse que este énfasis indica una falta de bautismos de bebés. Es apenas natural que se hiciera hincapié en el bautismo de adultos o miembros mayores de la familia, y que los niños simplemente fueron considerados una parte de la familia. Este es, sin duda, el caso donde la Escritura indica que los apóstoles bautizaron familias enteras (Hechos 16:15; Hechos 16:33; Hechos 18:8; 1 Corintios 1:16). Esas familias muy probablemente incluyeron niños.

Cuando Lidia llegó a confiar en el Salvador, ella y los miembros de su familia fueron bautizados (Hechos 16:15). Lidia era una vendedora de púrpura, lo cual era una ocupación bien lucrativa en esa época. Ella era una exitosa mujer de negocios para quien no fue ninguna carga financiera que Pablo y Silas se hospedaran en su casa. Por lo tanto, parece seguro suponer que su familia incluía más gente que los miembros de la familia inmediata. Su familia también pudo haber incluido muchos sirvientes y sus familias. Parece difícil creer que no había bebés o niños entre los miembros de su familia que fueron bautizados. Lo mismo se aplica al carcelero de Filipos, acerca de quien se nos ha dicho: “y en seguida se bautizó con todos los suyos” (Hechos 16:33).

Bautizar a los bebés junto con sus padres era algo que se dio por sentado en la época del Nuevo Testamento. Esto es lo que se había hecho en los bautismos judíos de prosélitos. El bautismo de prosélitos fue una forma de bautismo que se desarrolló antes del tiempo de Cristo, como un requisito para los gentiles, es decir, los no judíos, para ingresar a la fe judía. Cuando los adultos eran bautizados, igualmente lo eran sus hijos. Ya que,

esta forma antigua de bautismo y los otros lavamientos ceremoniales del Antiguo Testamento, incluían bebés, es natural concluir que el bautismo cristiano debería hacer lo mismo, porque el bautismo es el cumplimiento de todos los ritos ceremoniales de purificación del Antiguo Testamento.

El bautismo de bebés, el cual fue ciertamente común en los bautismos de familia del Nuevo Testamento y practicado aun antes de éste en los ritos ceremoniales de purificación del Antiguo Testamento, es la tradición no interrumpida de la iglesia. Los padres de la iglesia primitiva como: Ireneo (aproximadamente 115-202 d.C.), Hipólito (170-236), y Orígenes (185-254), estaban familiarizados con el bautismo de bebés y lo consideraban como una práctica apostólica. Nadie en los primeros cuatro siglos argumentó que el bautismo de bebés no era la práctica establecida de los apóstoles. Ésta ha continuado como una tradición no interrumpida de la iglesia hasta nuestros días.

¿Qué niños deben ser bautizados?

Los niños deben ser llevados al bautismo por aquellos que tienen autoridad de padres sobre ellos (Marcos 10:13-16; Efesios 6:4). Los padres o los guardianes que pueden haberlos reemplazado, son responsables de la educación religiosa de sus niños. Ellos son los que deben decidir sobre los bautismos de sus niños. Cuando los padres no quieren que sus hijos sean bautizados, entonces no deben ser bautizados.

Todos los niños, llevados al bautismo por sus padres, deben ser bautizados, aun los niños de padres que no son miembros de una congregación cristiana. El bautismo es un poderoso medio de gracia y sus bendiciones no deberían ser negadas a esos pequeños, debido a la falta de fe o entendimiento de sus padres. Pero se aclarará a sus padres que en el bautismo ellos se convierten en parte del cuerpo de Cristo, la iglesia, y esta es ahora también responsable por su bienestar espiritual. Por lo tanto, la iglesia hará todo lo posible para fortalecer la fe

bautismal de estos pequeños en toda forma que sea posible, de tal manera que su fe no se marchite y muera. La fe bautismal no sobrevivirá a menos que sea nutrida regularmente a través de los medios de gracia.

La distinción hecha en el bautismo

En Hechos 8, Dios envió a Felipe a llevar las buenas nuevas de salvación a un hombre de Etiopía. Cuando Felipe se encontró con éste, él estaba leyendo Isaías 53 en donde se habla de que Jesús carga los pecados de todo el mundo, y de que es llevado al sacrificio como una oveja. Por medio del poderoso sermón de Felipe basado en este texto, el etíope: vio sus pecados, se arrepintió, y llegó a confiar en Jesús, el verdadero Cordero de Dios, quien quita los pecados del mundo. Viendo agua en ese sitio desierto, el hombre preguntó a Felipe: "¿qué impide que yo sea bautizado?" (Hechos 8:36). Felipe entonces bautizó al hombre, lavando sus pecados.

Este relato ilustra el procedimiento correcto en el bautismo de un adulto. Aquellos que pueden ser enseñados a través de la Palabra, deben primero ser instruidos en las enseñanzas básicas de la fe cristiana. Luego, después de que han confesado públicamente su fe en Jesús el Salvador, deben ser bautizados, lavando sus pecados. Un adulto incrédulo es usualmente traído a la fe a través de la Palabra. Cuando una persona ha sido ya llevada a la fe por medio de la Palabra, como el etíope, el bautismo fortalece y confirma esa fe.

Los niños pequeños deben ser bautizados, cuando son traídos al bautismo por aquellos que son responsables por ellos. Jesús dice: "Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de Dios" (Marcos 10:14). La manera como los niños pequeños son llevados a Jesús es no impidiendo que sean bautizados. En el bautismo ellos se convierten en hijos creyentes de Dios y son abrazados en los amorosos brazos del Salvador. Entonces, después del bautismo, a medida que los niños crecen en conocimiento, deberán ser

instruidos en todas las verdades de la fe cristiana. Esta es la razón por la cual los padrinos deben animar a los padres a dar educación cristiana a sus hijos y, si es posible, que ellos mismos se la den si los padres llegan a morir.

Usualmente, un adulto es llevado a la fe por medio de la Palabra; entonces el bautismo fortalece y sella esa fe. Un bebé o niño pequeño por lo general es llevado a la fe a través del bautismo. Sin importar los medios de gracia que utilice el Espíritu Santo, es el mismo milagro todopoderoso. Así como los niños no regenerados no pueden venir a la fe por su propia fuerza ni por su propia razón, tampoco los adultos. Tanto adultos como niños están por naturaleza muertos en el pecado y necesitan ser regenerados. Por lo tanto, es un gran milagro de la gracia de Dios por el Espíritu Santo obrar fe tanto en un adulto por la Palabra, como en un niño por el bautismo.

¿Puede alguien ser salvo sin el bautismo?

El bautismo es ordenado por nuestro Señor Jesús y, por lo tanto, todo creyente anhelará ser bautizado. Pero no debemos mirar el bautismo como algo absolutamente necesario en el sentido de que nadie puede obtener el perdón de los pecados ni ser salvo, sin el bautismo. El Salvador nos dice: “El que crea y sea bautizado será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Marcos 16:16). La persona que cree y es bautizada será salva, pero nuestro Señor no dice: “El que no sea bautizado será condenado”, sino: “El que no crea será condenado”. Sólo la incredulidad condena.

La Palabra de Dios, como el bautismo, es un medio de gracia, el cual nos trae el perdón de Cristo y obra la fe, para recibir ese perdón y hacerlo nuestro. Una persona puede ser traída a la fe a través de la predicación de la Palabra y luego morir antes de tener una oportunidad de ser bautizada. El hecho de que esa persona no tuviera la oportunidad de ser bautizada no

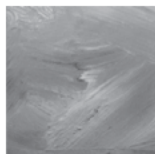
la condenará, ya que ésta tiene fe en el perdón de Jesús, el cual salva. La persona que cree en Jesús será salva, aun cuando sea privada del bautismo.

Mientras una persona puede ser salva sin el bautismo, también debe decirse que la fe salvadora no puede existir en el corazón de una persona que desprecia el bautismo. De los fariseos y los intérpretes de la ley, leemos: “Pero los fariseos y los intérpretes de la Ley desecharon los designios de Dios respecto de sí mismos, y no quisieron ser bautizados por Juan” (Lucas 7:30). Estos hombres habían escuchado la predicación de Juan y él les había dicho que se arrepintieran y fueran bautizados. Él los dirigió a Cristo, el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Aun así ellos rechazaron esto y no creyeron. Como resultado, no fueron bautizados. La falta del bautismo es un signo de incredulidad. Al rehusar tercamente el bautismo, una persona está rechazando al Señor Jesucristo, quien lo ordenó. Uno no puede ser un creyente y al mismo tiempo decir: “No quiero tener parte en el bautismo”. Una persona que en la incredulidad desprecia el bautismo, desprecia a Jesús mismo y, por lo tanto, no es salva.

Finalmente, surge la pregunta: “¿Son salvos los hijos de cristianos que mueren sin ser bautizados?” En primer lugar, la Biblia no dice nada acerca del destino de los bebés que mueren sin haber sido bautizados. Sin embargo, sinceramente esperamos que el Señor tenga un medio para salvar a estos bebés. Confiemos en que Dios en su misericordia tiene una forma, la cual puede no ser revelada a nosotros, de obrar la fe salvadora en los bebés que, sin ninguna culpa de sus padres, murieron sin ser bautizados. Es posible que ellos sean llevados a la fe: ya sea en el vientre escuchando la Palabra de Dios, o en sus hogares o en los servicios divinos de adoración. El poder de Dios obró la fe en el corazón de Juan el Bautista antes de su nacimiento, de tal manera que él saltó en el vientre de su madre cuando ella fue saludada por María, la madre de nuestro Señor (Lucas 1:41,44).

Nuestro Dios es el Señor misericordioso, cuyos pensamientos no son nuestros pensamientos y cuyos caminos no son nuestros caminos (Isaías 55:8). Con el Señor nada es imposible (Lucas 1:37).

Por otra parte, para los hijos de incrédulos y para aquellos que niegan el bautismo, es muy difícil ofrecer la misma esperanza. Sin embargo, no tenemos una palabra definitiva de Dios sobre este tema. Puede ser que Dios nos ha ocultado esta información para que bauticemos a nuestros pequeños tan pronto como sea posible.



8

El bautismo como incorporación en el cuerpo de Cristo

Mucha gente hoy en día está buscando: un caminar más cercano con Jesús, una relación más próxima con el Salvador. A veces los cristianos pueden sentirse distantes del divino Redentor. En esas ocasiones los cristianos no deben acudir a un emocionante avivamiento espiritual en su anhelo de tener una experiencia interior con Cristo. No deben tratar de luchar en oración hasta que sientan su presencia. Más bien, deben ir donde el Señor ha prometido ser encontrado, en la Palabra y en los sacramentos.

El bautismo como unión con Cristo

En el bautismo somos incorporados a Cristo (Romanos 6:3). Ya no estamos en Adán, compartiendo las consecuencias de la caída que resulta en la condenación eterna. En cambio, estamos

en Cristo, y al ser revestidos de Cristo en el bautismo, somos hijos de Dios a través de la fe en Cristo Jesús (Gálatas 3:26,27). En el bautismo experimentamos una íntima unión con Cristo. Él se une con nosotros y nosotros con él, tanto ahora como para siempre en la eternidad. Puesto que somos unidos con Cristo en el bautismo, tenemos la seguridad de que él estará con nosotros en todas las cargas y problemas de la vida, obrando todo para nuestro bien.

A través del bautismo somos implantados e injertados en Cristo, como una rama en un árbol. La rama se vuelve una con el árbol, uniéndose con el árbol y creciendo con él. El árbol le da a la rama vida y la nutre, de tal manera que florece y así lleva fruto. De manera similar recibimos vida en Cristo a través del bautismo y él nos nutre y nos sostiene con su Espíritu Santo, por medio de la Palabra de Dios y los sacramentos de su cuerpo y su sangre. Estamos tan unidos con él que podemos decir: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí" (Gálatas 2:20). Cuando permanecemos en él y él en nosotros por medio de un uso regular de la Palabra y el sacramento, produciremos abundantes frutos de amor, pero sin él nada podemos hacer.

Según Pablo, "Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Romanos 8:1). En el bautismo somos incorporados a Cristo, de tal manera que su muerte y resurrección son contadas como nuestras a través de la fe. Recibimos el estatus de hijos y somos coherederos con Cristo: "pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: '¡Abba, Padre!'. El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo" (Romanos 8:15-17). Piense nada más en el privilegio y honor magnífico que nos ha sido otorgado. Nosotros somos bautizados en el nombre del Dios trino. A través de la Palabra

hecha carne, Jesucristo, lleno de gracia y verdad (Juan 1:14) y en quien habita toda la plenitud de la Divinidad en forma corporal (Colosenses 2:9), llegamos a disfrutar de la vida en compañerismo con Dios. Habiendo recibido su Santo Espíritu, estamos en Cristo, participando en una nueva clase de vida – participamos en su vida divina. Somos llevados a la comunión y unión con Dios mismo, participando en la naturaleza divina como los hijos de Dios en una existencia eterna (2 Pedro 1:4).

El bautismo como unión con el cuerpo de Cristo

La incorporación en Cristo obrada por el bautismo constituye al mismo tiempo una comunión verdadera con todos los otros miembros del cuerpo espiritual de Cristo. Al estar en Cristo, estamos unidos con todos los otros en él, y somos llevados a su cuerpo, la iglesia. La iglesia es el número total de aquellos que están en Cristo a través de la fe en él como el Salvador. Uno no puede estar unido con Cristo sin estar al mismo tiempo en comunión con todos los otros miembros de su cuerpo. La iglesia no es una mera organización voluntaria o un grupo de apoyo, que podamos tomar o dejar y aún estar en una correcta relación con el Salvador. La iglesia es esencial para la vida de fe, porque en la iglesia son dispensados los medios de gracia. En el bautismo somos incorporados a la iglesia y unidos junto con todos los otros en Cristo. La iglesia es su único cuerpo, animado por el Espíritu de Cristo a través de la Palabra y los sacramentos. Este es el punto de Pablo cuando escribe: “Así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo, porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, tanto judíos como griegos, tanto esclavos como libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1 Corintios 12:12,13).

Ya que el bautismo, es nuestra adopción en la familia de Dios y nuestra unión con el cuerpo de Cristo, la iglesia tiene una responsabilidad hacia aquellos que son bautizados. La iglesia se preocupará por ellos como sus propios miembros, miembros de Cristo. Esta obligación es resaltada cuando los niños son bautizados en los servicios públicos de adoración de la iglesia. Ningún miembro, o sea, ninguna parte del cuerpo deja de ser importante. La iglesia orará por el nuevo bautizado y será responsable por el bienestar espiritual del niño. La iglesia hará todo lo posible para fortalecer la fe bautismal de este pequeño a través de la Palabra en: el servicio de adoración pública, la escuela dominical, y la clase de confirmación, para que su fe no se marchite ni muera. Por medio de la instrucción para la confirmación, la iglesia los preparará para una correcta participación en el santo sacramento de la sangre y el cuerpo de Cristo.

La iglesia se preocupa continuamente por todos sus miembros. A través de sus siervos llamados, la iglesia reprende los errores con la medicina fuerte de la ley. Entonces con el evangelio, vinda a los heridos, a los que están deshechos por el pecado y todos los problemas y cargas de la vida. Busca a los perdidos y reúne más y más de ellos en el cuerpo de Cristo, hasta que la iglesia sufriente en la tierra se convierta en la victoriosa iglesia en el cielo, en paz para siempre.

Los bautizados, que son injertados en el cuerpo de Cristo, también deben ser conscientes de su íntima conexión con la iglesia. Hoy en día existe la errada pero común concepción de que uno puede tener una relación correcta con el Salvador sin ninguna conexión con su cuerpo, la iglesia. “Podemos adorar a Jesús por nosotros mismos”, dice la gente. “No tenemos que formar parte de una congregación local de cristianos, donde hay tantos hipócritas y fariseos No necesitamos la alabanza pública; podemos mirar los predicadores de televisión”.

La Escritura, sin embargo, no visualiza a los creyentes como rudos individualistas dispersos por aquí y por allá. En cambio, somos el cuerpo de Cristo reunidos alrededor de los medios de gracia, a través de los cuales el cuerpo es animado por el Espíritu Santo. Somos todos miembros y órganos de ese único cuerpo, que funciona todo bajo la dirección de una cabeza, Jesucristo (1 Corintios 12:12-20). Cuando una parte del cuerpo físico funciona mal, el cuerpo entero está en problemas. Lo mismo se puede aplicar al cuerpo de Cristo. La persona que dice: "Soy cristiano, pero no quiero tener parte en la congregación ni en la iglesia local" es como un dedo que dice a la mano: "No te necesito". La Biblia habla de nuestra relación con Cristo, nuestra cabeza, no en aislamiento de la iglesia, sino a través de la iglesia, el cuerpo. La iglesia es esencial para el creyente individual. En la iglesia son dispensados los medios de gracia, la Palabra y los sacramentos; a través de ellos la fe es fortalecida y sostenida.

Debido a que la iglesia es el cuerpo de Cristo, los bautizados también tienen una responsabilidad con la iglesia. Somos todos miembros y partes del cuerpo. Nuestros cuerpos físicos tienen muchas partes diferentes y cada una tiene su propia función. El corazón y el hígado tienen propósitos completamente diferentes, pero ambos son necesarios para nuestro bienestar. Lo mismo se puede aplicar al cuerpo de Cristo. El Señor ha dado a cada uno de nosotros ciertos dones y habilidades, que quiere que usemos para el bien del cuerpo. Los dones y habilidades de cada miembro son diferentes, pero son todos necesarios para que el cuerpo funcione correctamente. Por medio de: nuestro tiempo, habilidades, y bienes materiales, apoyaremos el trabajo de la iglesia, para que más y más puedan ser llevados al Salvador, nuestra cabeza, el Señor Jesucristo.

En una ciudad bombardeada en Alemania al final de la segunda guerra mundial, estaban los restos de una iglesia. Sólo quedaba en pie un poquito de las paredes. El cielo era el único

techo. Aun así las bombas habían dejado intacto el altar. En éste permanecía una estatua de Jesús con los brazos extendidos en amor. La estatua tampoco había sido tocada excepto por una cosa: sus manos habían sido voladas. Los miembros de la congregación consideraron planes para una renovación. Cuando surgió la pregunta de la estatua, hubo diferencias de opinión. Algunos sentían que debía comprarse una nueva estatua. Otros querían encontrar un escultor para reparar la estatua. Pero el deseo del tercer grupo prevaleció. Ellos dijeron: “Dejemos la estatua como está. Eso nos recordará que debemos estar en las manos de Cristo”.

La iglesia es las manos y el cuerpo de Cristo. Por medio de la iglesia, la Gran Comisión es llevada a cabo haciendo discípulos en todas las naciones bautizándolos en el nombre: del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñándoles a poner atención a todo lo que Cristo nos ha mandado (Mateo 28:19,20). A través de la iglesia será proclamado el evangelio del Salvador, el cual sólo puede salvar, almas mortales, de la destrucción eterna en el infierno. En la iglesia, los cansados y oprimidos, encuentran refugio en los brazos amorosos del Salvador. La iglesia, el cuerpo espiritual de Cristo, es un compañerismo maravilloso, en el cual nosotros llevaremos las cargas los unos de los otros, mostrando amor y compasión a cada hermano y hermana que esté en necesidad. Nosotros miramos a cada uno como miembro de Cristo, parte de su cuerpo.

El bautismo y la esposa de Cristo

Íntimamente conectada con la ilustración que Pablo hace de la iglesia como el cuerpo de Cristo, está la presentación de la iglesia como la esposa de Cristo (2 Corintios 11:2). Esta ilustración se encuentra en el importante pasaje bautismal en Efesios, donde esposo y esposa son exhortados a emular la

relación entre Cristo y su esposa, la iglesia: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa y sin mancha” (Efesios 5:25- 27). Cristo, el esposo, limpia y forma su esposa, la iglesia, a través de las aguas del santo bautismo.

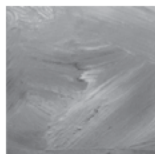
De la misma manera que un esposo se une en amor con su esposa, igualmente el Señor Jesús se une firmemente con su iglesia y nunca la deja ni la abandona. Él la ama profundamente y la sostiene en sus brazos; ella come de su comida y bebe de su copa. En el bautismo, la fe une al alma con Cristo, el esposo. Él toma parte en: los pecados, la muerte, y el dolor del infierno, que son de su esposa. Este rico y divino esposo se casa con la pobre esposa, habiéndola redimido con su propia sangre. Sus pecados ya no pueden destruirla, porque fueron puestos sobre Cristo y él los llevó todos en la cruz. Ahora ella está cubierta con la justicia de Cristo, su esposo, un vestido glorioso que ella muestra ante la muerte y el infierno. Así ella confiadamente puede decir: “He pecado, sin embargo mi Jesús, en quien creo, no ha pecado, y todo lo que es de él es mío, y todo lo mío es suyo”, así como dice la esposa en Cantares: “¡Mi amado es mío y yo soy suya!” (2:16). Esta es la esposa preparada para su esposo (Apocalipsis 21:9), quien está sin mancha ni arruga, habiendo sido limpiada con el lavamiento del agua por la Palabra. ¡Oh, qué fruto inefable es el bautismo! ¡Qué tesoro tan noble y glorioso!

Este es el “maravilloso [o gozoso] intercambio”, como Lutero y otros lo han llamado. Cristo lleva sobre él mismo nuestros harapos de pecado y corrupción, y nos da el glorioso vestido de boda de su justicia e inmortalidad. Por tanto somos al mismo tiempo santos y pecadores. Somos pecadores porque

pecamos diariamente y tenemos que remover esos harapos volviendo a nuestros bautismos en verdadero arrepentimiento. Aun así, al mismo tiempo somos santos porque en el bautismo somos cubiertos con Cristo.

Parte III

El significado del sacramento para la vida diaria



9

El bautismo como muerte y resurrección en Cristo

En Romanos 5, Pablo explica que toda la gente por nacimiento es parte de la humanidad caída; ellos toman parte en la caída de Adán. Pero Jesucristo vino para deshacer todo lo que Adán hizo en la caída, y para restaurarnos a la justicia y santidad original de la creación. Por la obediencia de Cristo los pecadores son considerados justos (versículo 19). La más comprensiva declaración sobre el bautismo en el Nuevo Testamento se encuentra en Romanos 6:3-13. Ahí Pablo señala la forma en que somos liberados de las desastrosas consecuencias de la caída y recibimos la justicia de Cristo. Somos removidos de la esfera de la dominación de Satanás, la cual acaeció por la caída de Adán, y somos unidos con Cristo. Esta obra salvadora es lograda en el bautismo.

Morir y resucitar, como fe y vida nueva

A través del bautismo somos unidos con Cristo. Estamos en Cristo. Romanos 6 explica lo que significa estar en Cristo. La unión con Cristo es una unión con él en los eventos salvadores de: su vida, su muerte, y resurrección. Estar en Cristo significa estar unido con su muerte y resurrección:

“¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?, porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.

Si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado, porque, el que ha muerto ha sido justificado del pecado.

Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él, y sabemos que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. En cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; pero en cuanto vive, para Dios vive.

Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus apetitos; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia (Romanos 6:3-13).

El bautismo de Jesús culminó en su muerte y resurrección, a través de la cual él cumplió toda la justicia, la cual ganó para

todos por su vida santa y por el sacrificio de su muerte en nuestro lugar. Jesús habló de su sufrimiento y de su muerte en su bautismo (Lucas 12:49,50; Marcos 10:38,39). El bautismo de Cristo por parte de Juan inició el bautismo de su cruz y muerte por la cual él consiguió nuestra salvación. En el bautismo participamos en la muerte y resurrección de Cristo, recibiendo todas las bendiciones de su obra redentora. Estos eventos salvadores se vuelven efectivos en nuestras vidas para que tomemos parte en todo lo que es de Cristo.

El bautismo, entonces, no es sólo un vientre acuoso del cual renacemos a una nueva vida, sino como Pablo indica, también es una tumba acuosa en la cual nuestra naturaleza pecadora heredada de Adán muere. Esta muerte alcanza su culminación en nuestra muerte física, cuando nuestra naturaleza pecadora acaba. En el bautismo somos unidos con Cristo y su cruz. Nuestra antigua carne pecadora fue crucificada con Cristo, y morimos al pecado. Fuimos crucificados a través de la palabra de la ley. Fuimos sepultados con Cristo en la tumba. Los pecadores merecen la muerte; eso es lo que hemos ganado con nuestro pecado (Romanos 6:23). En el bautismo, nuestra carne pecadora murió. Por lo tanto, el pecado ya no tiene poder ni dominio sobre nosotros. Al ser bautizados, morimos al pecado y fuimos declarados justos porque la justicia perfecta de Cristo fue contada como nuestra a través de la fe. Fuimos justificados, es decir, declarados inocentes, no por nada que hubiéramos hecho nosotros, sino por la obra de Cristo. Debido a que hemos participado en la muerte de Cristo a través del bautismo, somos libres del pecado, de la muerte y del demonio (Romanos 6:7). Todos nuestros pecados fueron lavados en la sangre de Jesús. El pecado ya no nos controla. Éste ya no es nuestro amo.

Al igual que Jesús resucitó triunfante esa primera mañana de Pascua, de la misma manera nosotros resucitamos a una vida nueva en el bautismo por el poder de la resurrección de Cristo (Romanos 4:5; Colosenses 2:12). Nosotros participamos en su resurrección. La palabra de perdón de la cruz y resurrección de

Cristo en el bautismo, esa declaración de inocencia nos hace resucitar. Por medio del bautismo, Dios nos trajo a la fe en Cristo y nos dio el poder de la resurrección para que podamos llevar vidas de resurrección, es decir, vidas victoriosas libres de la tiranía de Satanás. Por lo tanto, el bautismo nos da todas las bendiciones de la muerte y resurrección de Cristo y la absoluta certeza de la salvación.

Una simple ilustración puede ayudar a aclarar el punto de Pablo. Tome una manzana y póngala en una jarra. Ahora ponga la jarra sobre la mesa. ¿Dónde está la manzana? Está en la jarra y, por lo tanto, sobre la mesa. Dondequiera que esté la jarra, allí estará la manzana. Si usted sepulta la jarra, entierra la manzana. Si usted desentierra la jarra, la manzana es igualmente desenterrada. Lo que se aplica a la jarra, también se aplica a la manzana que está dentro de ella. De la misma manera, a través del bautismo somos unidos con Cristo. Estamos en Cristo, así que cualquier cosa que él haya experimentado es como si nos pasara a nosotros. Habiendo sido unidos con Cristo, morimos con él y resucitamos.

El bautismo es nuestra Semana Santa

El bautismo puede ser llamado nuestra Semana Santa. Cuando Jesús hizo su último viaje a Jerusalén, donde enfrentó su gran pasión, Tomás dijo: “Vamos también nosotros, para que muramos con él” (Juan 11:16). Eso es exactamente lo que el bautismo es para nosotros. Vamos con Jesús para que podamos morir con él. El bautismo es nuestro Viernes Santo y Pascua de Resurrección. Somos unidos con la muerte de Cristo de tal manera que su muerte es nuestra muerte. La cruz del Viernes Santo es nuestra cruz y nuestra naturaleza pecadora es crucificada con Cristo. Su crucifixión es nuestra crucifixión de la carne. Su muerte y sepultura es nuestra muerte al pecado. Por medio del bautismo, el Viernes Santo llega a formar parte de nuestras vidas. Nosotros vamos con Cristo para que podamos morir con él.

Pablo escribe a los cristianos gálatas: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo ha sido crucificado para mí y yo para el mundo” (6:14). En el bautismo somos crucificados al mundo pecador que está alrededor de nosotros y el mundo es crucificado para nosotros. Morimos a este mundo. Esto significa un rompimiento radical con la esfera de la dominación de Satanás. También significa romper con la vida de pecado dejando atrás el pasado. Morir al mundo significa escaparse de la ley y sus demandas y de las deudas no pagadas del pecado. Todas las deudas fueron borradas a través de la muerte de Cristo. Piense en el gran significado de recibir la señal de la cruz en el bautismo. En el bautismo fuimos unidos con la cruz del Crucificado y fuimos crucificados para el mundo. Estamos en este mundo pero no somos de este mundo porque estamos en Cristo.

El bautismo es también nuestra Pascua, es decir, nuestra resurrección. La Pascua no es sólo algo maravilloso que le sucedió a Jesús. Unidos con él, su resurrección es nuestra resurrección. En el bautismo morimos a nuestra naturaleza pecadora. Esta muerte alcanza su fin en la muerte física. “Si somos muertos con él, también viviremos con él” (2 Timoteo 2:11; ver también Romanos 6:8). Así en el bautismo resucitamos con Jesús a una nueva vida por el poder de la resurrección de Cristo (Romanos 6:4,5). La nueva vida de resurrección no es algo para lo cual debemos esperar hasta el último día. Por medio del poder de la resurrección de Cristo, la nueva vida es infundida en nosotros en las aguas bautismales. Resucitamos de la muerte y esta resurrección alcanzará su culminación en la resurrección del cuerpo en el último día.

Algunos profesores de la Biblia consideran que la “primera resurrección” de Apocalipsis 20:6 es una referencia al bautismo porque en éste resucitamos de la muerte espiritual: “Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene poder sobre estos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil

años”.

Para grabar en los nuevos cristianos la conexión entre el bautismo y la muerte y resurrección de Cristo, la iglesia primitiva a menudo realizaba bautismos el Sábado Santo. Aquellos bautizados eran sepultados con Cristo en el día que Jesús yacía en la tumba. Luego cuando la iglesia celebraba la resurrección de Cristo en el Domingo de Resurrección, el nuevo bautizado también celebraba su nueva vida en Cristo.

El uso diario del bautismo

Mucha gente valora el bautismo para sus hijos y se da cuenta de que éste fue importante para ellos cuando fueron niños. Sin embargo, tienen dificultad en ver algún valor en el bautismo para la vida diaria. “Mi bautismo sucedió hace mucho tiempo; ¿qué está haciendo por mí ahora?” El bautismo es la entrada a la vida cristiana. Pero una vez que somos cristianos, una vez que somos creyentes, ¿existe algún uso continuo del bautismo en nuestras vidas? ¡La respuesta es un definitivo sí! El bautismo no es meramente un suceso que ocurrió una vez en el pasado sin ningún significado real para el presente. Tiene un valor real cada día de nuestra vida.

El bautismo es para toda la vida. Cada día necesitamos continuar el morir y el resucitar que comenzaron en el bautismo. Nuestra carne pecadora murió en el bautismo, pero no permanece muerta. Debe morir diariamente. A través de la resurrección de Cristo, el bautismo ahora mismo es la fuente de poder de nuestra nueva vida, nuestra vida de resurrección, de tal manera que podamos crucificar diariamente la carne y resucitar a vida nueva. Esto significa que diariamente nos desprendemos del viejo ser, de la naturaleza pecadora con la cual fuimos nacidos, y nos revestiremos del nuevo ser, de la nueva vida en Cristo. El bautismo hace posible el quitarse y el ponerse, diariamente, a lo cual Pablo insta: “Despojaos del viejo hombre, que está corrompido por los deseos engañosos... y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y

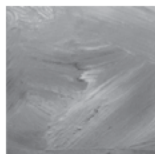
santidad de la verdad” (Efesios 4:22-24).

Morimos diariamente a la carne pecadora al volver al bautismo, en verdadero arrepentimiento y en fe. En vez de mimar la carne, diciendo: “Nuestros pecados realmente no son tan malos; somos personas decentes”, deberemos clavar nuevamente nuestra carne en la cruz, dándonos cuenta con pena que nuestros pecados causaron el sufrimiento y la muerte del Señor. Por nuestros pecados nosotros lo clavamos al árbol de la cruz. Como cristianos bautizados no satisfaremos nuestra carne pecadora con nuestros pecados favoritos como: la ira, la avaricia, la codicia, el orgullo, la borrachera, y la gula. Más bien, crucificaremos la carne a través de la confesión diaria de nuestros pecados con verdadero arrepentimiento, sepultándolos en el bautismo con Cristo en la tumba. Entonces, a través de la palabra de absolución, es decir, de perdón, la que nos fue dada en el bautismo, nuestra nueva vida de resurrección será fortalecida para llevar una vida más semejante a Cristo.

Diariamente retornaremos a nuestro bautismo a través de la confesión de nuestros pecados en sincero arrepentimiento. De esta manera devolvemos esos pecados al agua bautismal, ahogando nuestra naturaleza pecadora. Entonces la nueva vida será fortalecida y desearemos llevar una vida agradable a Dios. Este es el uso correcto del bautismo, del cual Lutero habla cuando escribe en el Catecismo Menor: “[Bautizar con agua] significa que el viejo Adán en nosotros debe ser ahogado por pesar y arrepentimiento diarios, y que debe morir con todos sus pecados y malos deseos; así mismo, también cada día debe surgir y resucitar el hombre nuevo, que ha de vivir eternamente delante de Dios en justicia y en pureza”.

Todo esto significa que el poder de la resurrección de Cristo, está presente en nuestras vidas ahora mismo. Ahora no tenemos que ser miserables esclavos de Satanás, haciendo su voluntad, lo cual termina en la muerte eterna. La resurrección de Cristo nos da la fortaleza para enfrentar todos los conflictos y problemas de la vida, con una confianza firme en él como nuestro Salvador.

Nos da el poder de vencer y obtener la victoria. Ese poder viene a nosotros mientras volvemos diariamente a nuestro bautismo, donde morimos con él y nuevamente resucitamos con él, y luego nutrimos esa vida de resurrección a través de la Palabra de vida y la Santa Cena de su cuerpo y sangre. Este es nuestro uso diario del bautismo.



10

La absolución como continuación del bautismo

La mayoría de los servicios de adoración en la Iglesia Luterana comienzan con la confesión y la absolución. Confesamos nuestros pecados y nuestros pecados son perdonados por el pastor, quien habla por la autoridad de Cristo. La congregación usa una confesión similar a lo siguiente:

¡Oh, Dios!, nuestro Padre celestial, confieso en tu presencia que he pecado gravemente contra Ti de muchísimas maneras; no solamente con transgresiones manifiestas, sino también con pensamientos y deseos secretos, que no puedo plenamente comprender, pero que te son todos conocidos. Sinceramente me arrepiento de estos delitos que ahora me pesan y te suplico que en tu gran bondad tengas misericordia de mí, y por amor de tu amado Hijo Jesucristo, nuestro Señor, me perdones mis pecados y me ayudes clementemente en mis flaquezas. Amén.
(*Culto Cristiano*, p. 3)

Entonces el pastor anuncia la absolución, es decir, el perdón

de los pecados. Esta absolución no es un deseo por parte del pastor. Él no dice: “Espero que sean perdonados”. De ninguna manera. La absolución es un otorgamiento real del perdón de los pecados. Él da la absolución en lugar de Cristo, diciendo:

Dios todopoderoso, nuestro Padre celestial, ha tenido misericordia de nosotros, y por causa de los sufrimientos, muerte y resurrección de su amado Hijo Jesucristo, nuestro Señor, nos perdona todos nuestros pecados. En vista de la confesión que habéis hecho, yo, como ministro de la iglesia de Jesucristo, os anuncio la gracia y el perdón de Dios, y en el lugar del Señor Jesucristo y por mandato de Él os perdono todos vuestros pecados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. (*Culto Cristiano*, p. 3)

La absolución como un retorno diario al bautismo

La absolución es una continuación del bautismo. La confesión y la absolución en nuestros servicios de adoración, nos llevan de vuelta al bautismo. Estas continúan a la muerte y resurrección con Cristo en el bautismo. En la confesión devolvemos nuestros pecados a la fuente bautismal, como estaban, en verdadero arrepentimiento. Entonces oímos las palabras de perdón que son nuestras a través del bautismo, por el poder de la resurrección de Cristo. Estas palabras hicieron que nuestra nueva vida espiritual fuera más fortalecida para llevar una vida más semeiante a Cristo.

La tumba vacía, en la primera Pascua, declaró públicamente al mundo entero que el Padre había aceptado el sacrificio de su Hijo por el pecado y que por lo tanto había perdonado los pecados del mundo. Fue una declaración general de perdón de pecados para toda la gente. La absolución repite el evento de la Pascua y tiene el mismo poder que la resurrección de Cristo. Este anuncio de perdón da vida. Renueva una y otra vez nuestra vida de fe, que nació en el bautismo. La absolución es nuestro retorno al bautismo.

La absolución como evangelio del perdón

La absolución es el ministerio de las llaves, el administrar el evangelio de perdón, bien sea a muchos o a una persona individual. Jesús le dijo a Pedro, como representante de todos los apóstoles y de toda la iglesia: “De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra será desatado en el cielo” (Mateo 18:18). Otra vez el Señor dijo a los discípulos en la noche de Pascua: “Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retengáis, les serán retenidos” (Juan 20:22,23). Esta es la maravillosa palabra consoladora: “Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados” (Mateo 9:2). Jesús dio a su iglesia en la tierra la autoridad de perdonar y no perdonar los pecados. Los pecados de aquellos que están arrepentidos y creen en Cristo como su Salvador deben ser perdonados. Pero los pecados de aquellos que no están arrepentidos no son perdonados.

Algunos pueden preguntar: “¿Cómo puede un humano perdonar los pecados? El perdón es de Dios.” En la cruz Cristo ganó el completo y pleno perdón, para todo el mundo (1 Juan 2:2). Él lo hizo de una vez por todas. Pero él no distribuyó ni dio ese perdón a toda la gente mientras estaba en la cruz. Él lo distribuye: por medio del santo bautismo, por medio de la Santa Cena, y a través de la palabra de absolución dicha por los humanos en su nombre. Él mandó a los cristianos perdonar en su lugar (Juan 20:23; Lucas 10:16). Por lo tanto, en el servicio de adoración escuchamos que el pastor dice: “Yo perdono todos tus pecados en el nombre: del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo”. Al escuchar esto, debemos estar absolutamente confiados en el perdón, ya que es tan cierto como si Cristo mismo dijera las palabras.

Este poder consolador de la absolución ha sido dado a la iglesia entera y a cada cristiano individualmente. Por lo tanto, cada cristiano tiene el derecho y la responsabilidad de anunciar el perdón a un hermano, o hermana, que está sobrecargado con el pecado. La administración pública de la absolución en la iglesia, normalmente se lleva a cabo por medio de los siervos

llamados de Dios.

El Señor ha instituido el ministerio público en el cual una persona habla en el nombre de Cristo y de la congregación (Tito 1:5-7; Efesios 4:11,12). El pastor ofrece y da este perdón, por medio de: la predicación de la palabra de la cruz, la consejería, el evangelismo, y las absoluciones pública y privada. Sin importar qué forma pueda tomar la absolución, siempre es el mismo perdón consolador de Jesús. No es que la predicación del evangelio sólo nos hable sobre el perdón, mientras que la absolución pública y privada realmente lo otorgue. Más bien, el perdón de Cristo es distribuido a nosotros en todos los medios de gracia.

La absolución pública y privada

La absolución pública consiste en: una confesión conjunta del pecado en el servicio de adoración y entonces el anuncio del perdón, como fue ya anotado. Existe, sin embargo, otra forma de absolución, llamada absolución privada, o también confesión y absolución privada. Una persona puede también confesar sus pecados en privado, al pastor o a algún otro cristiano, y recibir la absolución individualmente. Esto es de gran beneficio y valor especialmente cuando uno está cargado por un pecado o problema particular. Una confesión similar a esta puede ser usada en una absolución privada:

Oh todopoderoso Dios, misericordioso Padre, yo, un pobre, miserable pecador, te confieso todos mis pecados e iniquidades con las cuales te he ofendido y por las cuales justamente merezco tu castigo ahora y siempre. En particular, te confieso que . . . [aquí se confiesan los pecados que usted conozca y sienta en su corazón]. Por estos y todos mis pecados estoy sinceramente arrepentido, y te pido por tu ilimitada misericordia y por el nombre del santo, inocente, y amargo sufrimiento y muerte de tu amado Hijo, Jesucristo, que tengas misericordia de mí, un pobre ser pecador.⁹

Entonces, el pastor que ha escuchado la confesión, pronuncia el maravilloso consuelo de la absolución a la persona individualmente. La absolución privada, como la pública, son un retorno al bautismo.

Las absoluciones, pública y la privada, son precedidas por la confesión de los pecados. El Catecismo Menor dice: “La confesión tiene dos partes. La primera es la confesión de los pecados, y la segunda, el recibir la absolución del confesor como de Dios mismo”. El individuo debe tener verdadero arrepentimiento sobre el pecado y fe en el perdón de Jesús dado por el pastor con el fin de apropiarse de ese perdón como suyo. Aun así, ni nuestro arrepentimiento por el pecado ni nuestra fe hacen que el perdón esté presente para nosotros. Ese perdón fue logrado para todos a través de la vida santa de Cristo y de su muerte inocente, y es transmitida a nosotros por la palabra de absolución. El perdón está en el evangelio, recibámoslo o no lo recibamos, porque la santa absolución es enteramente una obra de Dios.

La absolución pública y especialmente la privada son muy importantes porque a través de ellas el perdón de Cristo es personalizado. En Juan 20:23, Jesús habla de perdonar los pecados de los individuos. Él hace esto porque sabe que necesitamos el perdón aplicado a nosotros personalmente. Él sabe que somos criaturas débiles y miserables. Él se da cuenta de cuán difícil es para nosotros estar realmente seguros de que nuestros pecados son perdonados. Nos preguntamos, ¿si la gracia de Dios para todos, está realmente dirigida a gente tan pecadora como nosotros? Podemos muy fácilmente pensar: “Soy demasiado pecador para ser perdonado. ¿Cómo puede Dios perdonar a alguien como yo? El perdón proclamado en el sermón es para otra gente, no para mí”. Nosotros desearíamos que esos pasajes de la Biblia que hablan del perdón tuvieran nuestros nombres atados a ellos. ¿No sería maravilloso que Jesús viniera a nosotros personalmente y perdonara nuestros pecados?

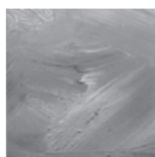
Entonces tendríamos la certeza del perdón.

Esto es exactamente lo que Jesús hace. Él nos da el perdón directamente a través de su siervo llamado. El perdón de los pecados es anunciado a cada uno personalmente en la absolución pública, y la persona que está cargada con el pecado tiene el derecho de ir al pastor para recibir la absolución privada. Ahí la persona confesará sus pecados y recibirá la absolución individualmente. Esta absolución es tan cierta como si Jesús mismo la pronunciara. Es como si Dios en el cielo apareciera en mi casa y me dijera: “Tus pecados te son perdonados, hijo mío”. Cuando confesamos nuestros pecados a Dios, es a veces difícil experimentar la confianza y seguridad que Dios nos quiere dar en el perdón, pero cuando otra persona nos dice la palabra de la gracia de Dios, nos da una poderosa seguridad del perdón.

C.F.W. Walther explica los grandes beneficios de la absolución privada en su sermón sobre la lectura del evangelio para el decimonoveno domingo después de Trinidad, usando la siguiente ilustración:

“Los ciudadanos de una ciudad se rebelaron contra su rey, pero fueron derrotados y tuvieron que huir. Primero, todos fueron condenados a muerte, pero más tarde el rey expidió un decreto otorgando perdón total. Confiando en este perdón general, la mayoría volvió. Pero suponga que los cabecillas hubieran cometido varios asesinatos. ¿No podrían ellos pensar: “Tal vez nosotros no estamos incluidos en este perdón”? Entonces, ¿no sería especialmente consolador si ellos recibieran un perdón separado, uno especial para ellos el cual les mostrara que el perdón era suyo? De la misma manera, es de especial consuelo para un cristiano que está cargado por sus pecados recibir no sólo la palabra general: “Todos los pecadores creyentes, alégrese”, sino también la declaración específica: “Tú, alégrate, tus pecados son sin duda perdonados”.¹⁰

Esta es la gran bendición de la absolución privada para los pobres pecadores.



11

El bautismo y las últimas cosas

En el bautismo el Espíritu Santo nos une con Cristo. Él nos da una participación en: la justicia, la santidad, la vida, y la gloria, de Cristo. Él invalida, en un sentido, el intervalo temporal que nos separa de la cruz de Cristo y del retorno del exaltado. Estamos unidos con la cruz de Cristo y con su glorioso retorno. El Espíritu Santo nos dirige al Señor Jesús, quien está presente como el único que vino y que vendrá.

La vida cristiana es un bautismo diario

El bautismo, primero que todo, nos une con la cruz. Luego, la vida cristiana se convierte en un bautismo diario, una diaria muerte y resurrección en Cristo (Romanos 6). El bautismo trasciende el tiempo y el espacio, y nos une con la cruz del Calvario. Diariamente crucificamos la carne y la enterramos con Cristo en la tumba a través del verdadero arrepentimiento y la fe.

Devolvemos nuestros pecados del día a la pila bautismal y los ahogamos. Entonces, a través del poder de la resurrección de Cristo en el bautismo, nuestra nueva vida de resurrección es fortalecida y renovada. La vida cristiana es un bautismo diario.

La muerte no es solamente un fenómeno biológico que sucede cuando nuestro cuerpo deja de vivir. Más bien, el fenómeno biológico es el resultado de la verdadera muerte que es una separación de Dios. “El alma que peque, esa morirá” (Ezequiel 18:4). En la caída en el pecado, toda la raza humana rechazó la única vida verdadera, que es el compañerismo con Dios. El pecado entró en el mundo, y la muerte con el pecado (Romanos 5:12). No hay otra vida que la vida en Dios. La persona que rechaza a Dios muere porque la vida física sin Dios es muerte. La muerte espiritual llena la existencia completa de una persona con la muerte. Esa vida, llena de muerte y separada de Dios, termina en soledad y sufrimiento. Resulta en: miedo y engaño, lujuria y egoísmo, carencia de sentido y vacío. Las personas sin Cristo son muertos ambulantes, vagando cada vez más cerca de la fatalidad eterna, donde hay separación y oscuridad total.

En el bautismo somos librados de este horrible destino. Somos unidos con Cristo, participando en su vida divina, la cual es la única vida verdadera. Ahora que tenemos una vida verdadera, ¿por qué deberíamos volver a la muerte abandonando al Salvador? ¿Estamos ignorando a nuestro más querido amigo, quien desea encontrarse con nosotros en la Palabra y los sacramentos? ¿Hemos puesto a: la recreación, al trabajo, a la otra gente, y a un montón de otras cosas, antes que él, de tal manera que no tenemos tiempo para él? Entonces la vida verdadera se está desvaneciendo en nosotros y pronto seremos parte de los muertos ambulantes. Más bien, retornemos diariamente a nuestro bautismo, en verdadero arrepentimiento y fe en el Salvador. La vida cristiana debe ser un bautismo diario.

La vida bautismal culmina en la resurrección

El bautismo no sólo nos une con la pasión de Cristo sino también con la consumación final de nuestra redención en el último día. Los bautizados ya han experimentado en Cristo su futura muerte y ya tienen la vida de resurrección. Somos una nueva creación, preparada para vivir en el nuevo cielo y en la nueva tierra, en el paraíso celestial. Esta nueva vida de resurrección no es algo por lo cual debemos esperar hasta el último día. Tenemos la vida de resurrección ahora mismo. En el bautismo, a través de la fe en el Resucitado, tenemos el poder de la resurrección de tal manera que podemos llevar: vidas de resurrección, vidas victoriosas, libres de la tiranía de Satanás.

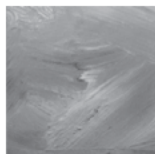
Ahora ya no tenemos que ser los esclavos de Satanás, complaciéndolo en sus perversiones. ¿Por qué deberíamos estar en opresión, haciendo esas cosas que sabemos que van a dañarnos a nosotros y a aquellos que están a nuestro alrededor? Hay el poder de la resurrección para nosotros ahora mismo. No tenemos que desesperarnos si ese poder está menguando en nosotros o si ya desapareció completamente. Podemos volver al bautismo en verdadero arrepentimiento y fe, y ser fortalecidos nutriéndonos con la Palabra de vida y la Santa Cena. Recibimos el poder de hacer todas las cosas a través de él. Entonces nuestra vida de resurrección será renovada.

Esta vida de resurrección, nacida en el bautismo y nutrida a través de la Palabra y de la Santa Cena, tendrá su culminación en la resurrección del cuerpo. Mientras volvemos a él todos los días en arrepentimiento y fe, el bautismo es un desarrollo continuo de la vida cristiana, el cual alcanzará su consumación completa en el último día. Nuestra vida de resurrección en el bautismo es un anticipo de la vida que será nuestra para siempre en el cielo. Es un sello y garantía de que seremos glorificados en la resurrección final (Efesios 1:13,14). Por causa de esa misericordiosa agua de vida, la tumba para los cuerpos de los creyentes, se ha convertido en un sitio de sueño tranquilo mientras el alma está con Jesús en gloria, esperando el último

día. Entonces ese cuerpo saldrá de la tumba glorificado, como Job confesó en el pasado: “Pero yo sé que mi Redentor vive, y que al fin se levantará sobre el polvo, y que después de deshecha ésta mi piel, en mi carne he de ver a Dios. Lo veré por mí mismo; mis ojos lo verán, no los de otro. Pero ahora mi corazón se consume dentro de mí” (Job 19:25-27). El ataúd de cada cristiano se cierra con tristeza, pero también con la esperanza confiada de que saldrá en victoria, porque la muerte ha sido tragada por el Señor de señores y Rey de reyes. El bautismo sin duda nos salva.

Parte IV

El sacramento en la historia de la iglesia



12

Ilustraciones del Antiguo Testamento y tipos del bautismo

Los cristianos bautizan en el nombre: del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, porque Jesús claramente ordena el bautismo en el Nuevo Testamento (Mateo 28:19,20). Sin la institución de nuestro Señor, no habría bautismo cristiano. Sin embargo, ya en el Antiguo Testamento hubo muchas ilustraciones y tipos de bautismo. Estas, ilustraciones y tipos, pueden ayudarnos a apreciar las grandes bendiciones del bautismo.

El bautismo y la creación

En el principio cuando Dios creó los cielos y la tierra, la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la

faz del abismo (Génesis 1:1,2). Pero el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas y Dios dijo su palabra creadora y "existió" (Génesis 1:2,3; Salmo 33:9). La creación tuvo lugar por el Espíritu de Dios y su Palabra a través del agua, como dice Pedro: "fueron hechos por la palabra de Dios los cielos y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste" (2 Pedro 3:5).

Algunos maestros cristianos ven similitudes entre la creación y el bautismo. En el bautismo el agua también es un medio para la obra creadora de Dios. Fuimos creados de nuevo, por el poder del Espíritu Santo, a través del agua y de la Palabra (Efesios 5:26). El Espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas en el comienzo y la primera creación fue producida por medio de la Palabra todopoderosa de Dios. De manera similar, nos convertimos en nueva creación por medio del agua y la Palabra, preparados para el paraíso celestial. El paraíso indudablemente ha sido recuperado. El bautismo es el sacramento de la recreación, el cual hace que nazcamos de nuevo por medio de la fe, listos para vivir en el nuevo cielo y en la nueva tierra.

El bautismo y el diluvio

En el diluvio hay un tipo, o sea, una prefiguración del bautismo. Pedro hace esta conexión en su primera epístola mostrando que así como Noé y su familia fueron salvados por las aguas en el diluvio, también el bautismo nos salva a nosotros ahora (1 Pedro 3:20,21). La totalidad del mundo en el tiempo de Noé fue destruido por las aguas del diluvio. De forma similar, nuestra antigua carne pecadora fue ahogada en las aguas del bautismo. Sin embargo, esas mismas aguas que destruyeron el mundo antiguo elevaron el arca, salvando a Noé y a su familia. De la misma manera, en el bautismo fuimos elevados a una nueva vida espiritual debido a que la fe en el Salvador fue obrada en nuestros corazones. Fuimos llevados de forma segura al arca

de la santa iglesia cristiana, donde somos preservados durante todo el camino hasta las moradas celestiales.

Pedro dice: “El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias del cuerpo, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) mediante la resurrección de Jesucristo” (1 Pedro 3:21). El bautismo no es la eliminación de la suciedad de nuestra piel, una limpieza corporal, simplemente un rito externo. Pedro niega que el bautismo sea un rito menor. De esta forma él responde a aquellos que lo ven sólo como un símbolo o un signo de la gracia que ha sido ya obtenida o como una mera marca de obediencia. Aquí la doctrina de los reformados es rechazada.

El bautismo no nos salva aniquilando nuestra carne pecadora. Nuestra naturaleza pecadora se mantiene después del bautismo. Más bien, el bautismo nos salva al hacer nuestra la declaración de resurrección de Cristo de “no culpabilidad” de tal manera que podamos tener buenas conciencias hacia Dios. El bautismo es una garantía de que Dios nos ha declarado inocentes en Cristo. En el bautismo, la justicia de Cristo fue traída a nosotros, la confianza en el Salvador para recibir esa justicia fue creada en nuestros corazones y resucitamos a una nueva vida. El bautismo tiene este poder a través de la resurrección de Cristo.

Lutero traduce la última porción del versículo 21 de esta manera: “[El bautismo es] el pacto de una buena conciencia con Dios a través de la resurrección de Jesucristo”. Con base en este pasaje, Lutero habla de nuestro pacto bautismal. Somos llevados a una relación de pacto con Dios. Este pacto no es un pacto bilateral, en el cual Dios hace su parte y nosotros hacemos la nuestra. Eso implicaría que hay algo que podemos hacer para ganar nuestra gracia bautismal. El pacto bautismal es un pacto unilateral, en el cual Dios hace todo y nosotros meramente recibimos el don gratuito.

El bautismo y el éxodo

En 1 Corintios 10, el apóstol escribe: "No quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, y todos pasaron el mar; que todos, en unión con Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar, todos comieron el mismo alimento espiritual y todos bebieron la misma bebida espiritual, porque bebían de la roca espiritual que los seguía. Esa roca era Cristo" (versículos 1-4). Los eventos del éxodo en Egipto y el viaje de Israel por el desierto le recuerdan a Pablo sobre nuestro bautismo, y sobre nuestro viaje de fe, a través de la vida, sustentados por la Palabra de vida de Dios y los sacramentos.

El pueblo de Israel fue esclavizado por el faraón en Egipto. De la misma manera que Israel en Egipto, nosotros por naturaleza estábamos esclavizados sin esperanza en el pecado. Satanás, ese cruel faraón, nos controlaba tanto que hacíamos todos sus mandatos, aun voluntariamente. Tan terrible era esa opresión, que nosotros incluso anhelábamos hacer esas cosas que sólo podían dañarnos y también a aquellos a nuestro alrededor.

Sin embargo, Jesús, el Valiente, salió en nuestra defensa. En la batalla de los siglos en la cruz, Él sufrió todo lo que nosotros merecíamos por el pecado, de tal manera que él pudiera aplastar al viejo enemigo maligno, nuestro cruel amo, y liberarnos de su tiranía. Jesús es el verdadero Cordero Pascual, que vino a salvar a todo su pueblo de la muerte eterna con su sangre. Así como Israel se convirtió en el pueblo de Dios al pasar por las aguas del mar Rojo, igualmente nosotros nos convertimos en una parte del Israel espiritual, la santa iglesia cristiana, al pasar por las aguas del bautismo. La fe en el Redentor fue obrada en nuestros corazones y fuimos liberados de la esclavitud: del pecado, la muerte, y el demonio.

Habiendo pasado a través del mar Rojo del bautismo, toda nuestra vida terrenal es un desierto en el cual continuamente luchamos contra los engaños y la astucia del diablo. Él camina como un león buscando destruir nuestra fe y arrastrarnos al

infierno. Hay conflictos y penas, por todas partes. A veces nuestras esperanzas y planes son frustrados. Soportamos: problemas en nuestros hogares, enfermedad entre los miembros de nuestra familia, y aun la muerte de nuestros seres más cercanos y queridos. A menudo parece que estamos a punto de ser destruidos en el desierto.

Sin embargo, durante todo el camino a través de la vida, el Señor Jesús nos sostiene con: el maná celestial, la Palabra de vida, y el santo sacramento de su cuerpo y sangre. Con esta comida espiritual, él nos fortalece para enfrentar todas las dificultades de la vida, de tal manera que no caigamos por la orilla. Cuando caemos bajo una carga pesada, él nos levanta en sus amorosos brazos y nos sostiene sobre su fuerte pecho, donde todos nuestros temores y ansiedades se desploman. Cristo nos da el poder de hacer todas las cosas por medio de él (Filipenses 4:13).

Finalmente, cuando alcanzamos nuestra última hora, por medio de la Palabra y la Santa Cena, él hace que nuestros miedos y ansias se calmen. Él nos muestra que al otro lado de las aguas de muerte está la Canaán celestial, la nueva Jerusalén celestial. Esta es la maravillosa tierra prometida bendita con leche y miel. Ahí todas nuestras penas y lágrimas serán secadas, y tendremos gozo para siempre.

A los nuevos bautizados a menudo se les daba leche y miel en la iglesia primitiva para indicar que en el bautismo se habían convertido en parte del Israel espiritual y que tenían derecho a una parte en la tierra prometida celestial.

El bautismo y la circuncisión

Dios dio a Abraham el rito de la circuncisión como un sello de su pacto para confirmar su promesa de salvación. Cada varón, en la familia de Abraham y entre sus descendientes, debía ser circuncidado ocho días después de su nacimiento. El cortar el prepucio apuntaba al significado verdadero y al cumplimiento del rito, es decir, la circuncisión del corazón, el desprenderse de

la carne pecadora a través del verdadero arrepentimiento y de la fe (Jeremías 4:4).

Cuando Dios dio la circuncisión, esta fue designada como un medio de gracia. Dios estableció la circuncisión con Abraham: “estableceré un pacto contigo y con tu descendencia después de ti, de generación en generación: un pacto perpetuo, para ser tu Dios y el de tu descendencia después de ti” (Génesis 17:7). Dios prometió ser el Dios misericordioso de Abraham. Él pactó otorgar: perdón de los pecados, vida, y salvación, por medio de la circuncisión.

El Nuevo Testamento claramente conecta la circuncisión y el bautismo. Pablo dice en Colosenses 2:11,12: “En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha por mano de hombre, sino por la circuncisión de Cristo, en la cual sois despojados de vuestra naturaleza pecaminosa. Con él fuisteis sepultados en el bautismo, y en él fuisteis también resucitados por la fe en el poder de Dios que lo levantó de los muertos”.

Pablo muestra cómo el bautismo es superior al tipo del Antiguo Testamento en tres formas. Primero, el bautismo es una circuncisión hecha sin las manos. Pablo enfatiza que el bautismo es acción de Dios. El bautismo no es algo que el hombre hace. Las manos de Dios crean de nuevo a su pueblo. Segundo, el bautismo es el “desprenderse de la naturaleza pecadora”. En la circuncisión sólo el diminuto prepucio era removido, como significado del desprenderse del viejo ser. Pero en el bautismo todo el cuerpo de la carne pecadora, toda la naturaleza pecadora, es ahogada y sepultada, con Cristo. En el bautismo el pecador es declarado santo. Tercero, Pablo llama al bautismo “la circuncisión hecha por Cristo”. Cristo mismo instituyó el bautismo. Cristo estableció el nuevo pacto, el cual reemplazó el viejo, y reemplazó la circuncisión dada a Abraham, con el bautismo dado por Cristo mismo. En el bautismo, participamos en su muerte y resurrección, y así morimos al pecado y resucitamos a una nueva clase de vida. La circuncisión apuntaba

hacia adelante, al Salvador, y transmitía su perdón en el Antiguo Testamento. En el bautismo, el Encarnado está presente y nos une a él mismo, y nos da plena y completa salvación.

El bautismo y la purificación

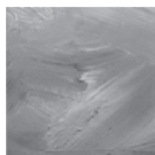
Los lavamientos rituales, para limpieza y purificación, del Antiguo Testamento también nos llevan a pensar en el bautismo (Levítico 14:8,9; 15:16-27; Números 19:11-13), especialmente aquellos pasajes que hablan de la limpieza final del pueblo de Dios en la era mesiánica, como las bellas palabras de Ezequiel: "Esparciré sobre vosotros agua limpia y seréis purificados de todas vuestras impurezas, y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu, y haré que andéis en mis estatutos y que guardéis mis preceptos y los pongáis por obra" (36:25-27). Zacarías profetiza el gran día del Señor, cuando "habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén para la purificación del pecado y de la inmundicia" (13:1). En la era mesiánica, indudablemente recibiremos un nuevo corazón a través del nuevo nacimiento por el agua y el Espíritu (Juan 3:5). Cristo, el Mesías, ganó el lavamiento completo para todos a través de su sangre y ahora nos salpica con agua pura, lavando nuestros pecados (Hechos 22:16; Hebreos 10:22). En la fuente bautismal, hay una fuente que fluye de las venas de Emmanuel para lavar el pecado y la impureza.

Una forma de purificación, aun más relacionada con el bautismo cristiano, se desarrolló en el período intertestamental, el tiempo entre la escritura del Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Este rito de purificación era el bautismo de prosélitos. No había requisito bíblico de un bautismo de prosélitos, pero en el tiempo anterior al nacimiento de Cristo, se convirtió en un prerrequisito para un gentil, es decir, un no judío,

entrar a la fe judía. La persona que deseaba entrar a la fe judía, junto con su familia, era bautizada para ilustrar el hecho de que ahora había pasado a través del mar Rojo y que ahora formaba parte de Israel, el pueblo de Dios. Los rabinos usaban el término renacimiento en referencia al bautismo de prosélitos, lo cual no era diferente a la referencia, del Nuevo Testamento, al bautismo cristiano.

En su rito bautismal de 1523, Lutero compuso una oración bautismal, en la cual usa los muchos tipos de bautismo del Antiguo Testamento y el bautismo de nuestro Señor, para indicar las ricas bendiciones y significado de nuestro bautismo. Con frecuencia se alude a esta oración como la oración del diluvio o de la inundación:

“Todopoderoso y eterno Dios, que de acuerdo con tu juicio justo condenaste al mundo incrédulo a través del diluvio, y en tu gran misericordia preservaste al creyente Noé y a su familia, y que ahogaste al Faraón empedernido con todas sus huestes en el mar Rojo, y que llevaste a tu pueblo Israel a través del mismo a tierra seca, prefigurando de tal modo este baño de tu bautismo, y que a través del bautismo de tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo, has consagrado y separado el Jordán y toda agua como un diluvio saludable y como un rico y completo lavamiento de los pecados: Te pedimos, por tu infundada misericordia, que por tu gracia mires a este niño y lo bendigas con fe verdadera en el espíritu, de tal manera que por medio de este diluvio salvador todo lo que ha nacido en él de Adán y todo lo que él mismo ha añadido a eso pueda ser ahogado y engullido en él, que pueda ser separado del número de los incrédulos y preservado seco y seguro en la santa arca de la cristiandad, y que pueda servir a tu nombre en todo tiempo, ferviente en espíritu y gozoso en esperanza, de tal manera, que con todos los creyentes, pueda ser hecho digno de lograr la vida eterna de acuerdo con tu promesa; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.”



13

El bautismo en la iglesia primitiva y en la iglesia medieval

La iglesia primitiva era una iglesia misionera. En contexto, entonces, el bautismo en la iglesia primitiva era de evangelismo, es decir, para predicar el evangelio, para llamar a la gente a la fe en el Salvador. De los ejemplos, del eunuco etíope (Hechos 8:26-39) y el carcelero de Filipos (Hechos 16:25-34), vemos que se requería una cierta cantidad de instrucción para que un adulto fuera bautizado. Esto era especialmente cierto cuando los conversos paganos llegaron a la iglesia. Ellos necesitaban mucho más instrucción, sobre la doctrina y la vida cristiana, que los conversos judíos quienes ya estaban familiarizados con el Antiguo Testamento.

El bautismo y la iglesia primitiva

Una de las más tempranas fuentes de información sobre la doctrina y práctica bautismal de la iglesia primitiva es la *Didajé: Las enseñanzas de los Apóstoles*. Este documento está fechado a finales del siglo primero o a principios del segundo. Contiene instrucciones: para preparar candidatos para el bautismo, sobre la forma en que el bautismo debía ser realizado, y sobre la celebración de la Cena del Señor. A los candidatos para el bautismo se les enseñaba que hay sólo dos formas, o sea, caminos que se pueden seguir, el camino de la vida o el camino de la muerte. El camino de la vida está fundado en Jesús el Salvador, y resulta en una vida moral. El camino de la muerte es el camino de la inmoralidad, y lleva a la destrucción. Después de recibir esta instrucción los candidatos podían ser bautizados.

En relación con el método del bautismo, la *Didajé* da las siguientes instrucciones:

“En cuanto al bautismo, bautizad de esta manera: una vez expuestas todas estas cosas, bautizad, (sumergiendo) en agua corriente, en el nombre: del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Si no tienes agua corriente, bautizad con otra agua. Si no puedes con agua fría, con agua caliente. Si ambas te fallan, derrama agua tres veces en la cabeza, en el nombre: del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo “. ¹²

Esta cita confirma que las palabras de nuestro Señor en Mateo 28:19,20 siempre han sido usadas en el verdadero bautismo. Éstas son las palabras que son añadidas al agua con el fin de tener un sacramento. Para la iglesia primitiva, un bautismo válido era la aplicación del agua en el nombre: del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.

El autor de la *Didajé* no era insistente sobre la cantidad o la manera de aplicar el agua en el bautismo. Él prefirió el bautismo en agua corriente, es decir, en un río o riachuelo. Sin embargo, si

eso no era posible, simplemente rociar tres veces el agua sobre la cabeza de la persona sería correcto y legítimo. Su instrucción indica la libertad cristiana en esta área. La Escritura no dicta ningún método particular de aplicar el agua en el bautismo.

Una de las primeras pilas bautismales cristianas se encuentra en la casa-iglesia en Dura Europos, en el Éufrates en el Irak moderno, y data de principios del siglo tercero. Esta fuente, como la mayoría de las pilas primitivas que quedan, es demasiado pequeña para la inmersión y sólo puede haber sido usada para bautizar rociando el agua. Las ilustraciones que rodeaban la fuente indican cómo fue usada. Hacia abajo en el lado izquierdo hay una imagen de Adán y Eva siendo tentados al pecado por Satanás. Más arriba, pero también el lado izquierdo, hay una ilustración del Buen Pastor. Parece que los candidatos se paraban en el lado derecho del baño superficial, con el agua escasamente sobre sus tobillos. Mientras se inclinaban hacia adelante para la aspersion del agua bautismal, ellos veían la ilustración de la caída. Entonces, de pie, después del bautismo, veían la ilustración del Buen Pastor, la fuente de su salvación. Estas fuentes bautismales primitivas indican que el bautismo por inmersión no era la norma en la iglesia primitiva.

Desde el mismo comienzo de la iglesia, el bautismo fue considerado un medio indispensable a través del cual una persona participaba de la salvación de Cristo y era recibida en la comunidad cristiana. No se consideraba simplemente como un símbolo externo de conversión sino como un sacramento poderoso que da perdón y renacimiento. Esto se confirma en los escritos de Justino Mártir, quien fue uno de los más importantes testigos en: vida, fe, y adoración, de la cristiandad del siglo segundo. Él era un palestino que vivía en Roma, donde en el año 160 d.C. escribió su primera *Apología*, o defensa, de la cristiandad. En este documento uno puede discernir: la estructura básica de la liturgia divina como se conoce hoy en día,

y una valiosa instrucción con relación a la Cena del Señor y el bautismo:

Después son conducidos por nosotros a un lugar en donde hay agua, y allí son regenerados del mismo modo que fuimos regenerados nosotros. Porque entonces reciben el lavatorio por el agua en el nombre: del Padre de todos, y del Señor Dios y Salvador, nuestro Jesucristo, y del Espíritu Santo. Cristo dijo, en efecto: “Si no fuereis regenerados no entraréis en el reino de los cielos”.¹³

En su *Apología*, Justino enseña que el bautismo regenera. Esto significa que el bautismo da nuevo nacimiento, porque la confianza en Jesús como el Salvador es obrada en el corazón por el Espíritu Santo. El término *regeneración*, es decir, *nuevo nacimiento*, era comúnmente usado en la iglesia primitiva para designar al bautismo. Para Justino, el bautismo es un medio a través del cual el Espíritu Santo obra la fe y la nueva vida.

Justino no cuestiona que Juan 3 directamente se refiera al bautismo. Jesús le dijo a Nicodemo que uno debe nacer de nuevo para entrar en el reino de Dios (Juan 3:3). Justino señala que el medio para nacer de nuevo es el bautismo. El bautismo es el nacimiento del agua y el Espíritu, del cual Jesús habló en Juan 3:5. Cualquier interpretación, de Juan 3:5 que niegue que éste se refiere al bautismo, es contraria a la clara Palabra de la Escritura y al testimonio de la iglesia primitiva.

El bautismo en la iglesia primitiva no sólo era un lavamiento de renacimiento, sino también se consideraba como una participación en la muerte y resurrección de Cristo, siguiendo la enseñanza bautismal de Pablo en Romanos 6:3-10. Como resultado, la pila bautismal llegó a ser vista, tanto como tumba acuosa como vientre acuoso. El recipiente del bautismo era unido con la muerte y resurrección de Cristo, y así participaba en la redención que estos eventos lograron. Agustín se refiere al

bautismo como muerte y resurrección con Cristo, y especialmente enfatiza que en el bautismo se ofrece y se da completo perdón de los pecados. La enseñanza de la iglesia primitiva es resumida en el Credo Niceno, el cual todavía confesamos hoy en día: “Reconocemos un solo bautismo para el perdón de los pecados”.

El bautismo de bebés en la iglesia primitiva

El bautismo de los primeros cristianos estaba claramente orientado hacia los adultos. Esto no debería sorprendernos, porque mucha gente en la iglesia primitiva era recibida en la iglesia en edad adulta. Eran llevados a la iglesia a través de la actividad misionera de los primeros cristianos. Esto no significa que los bebés y los niños, fueran excluidos por eso. Los niños eran bautizados junto con sus padres. Justino Mártir asegura que en su día había muchos cristianos de 60 y 70 años que habían sido discípulos de Cristo desde la niñez.¹⁴ Uno no podía ser un discípulo de Cristo sin haber sido bautizado. Por lo tanto, esto debe referirse a gente que fue bautizada como niños, entre los años 80 y 90 d.C. Policarpo de Esmirna, en lo que hoy en día es Turquía, fue martirizado por la fe, aproximadamente en el año 156 d.C. En su juicio él testificó: “Ochenta y seis años hace que soy siervo suyo y ningún daño he recibido de Él. ¿Cómo puedo blasfemar de mi rey y de mi salvador?”¹⁵ Él sirvió al Señor por 86 años, lo cual indica que fue llevado a la fe muy joven, como un niño o como un bebé. Esto significa que él también fue bautizado como un niño durante la vida de los apóstoles.

Ireneo, obispo de Lyon en Francia, nació aproximadamente en el año 130 d.C. En Esmirna, él oyó predicar al gran obispo mártir Policarpo, quien había sido un discípulo del apóstol Juan. Así, Ireneo tenía un vínculo cercano a la era apostólica. Ireneo fue el más importante teólogo en el siglo segundo. En sus escritos defiende la doctrina bíblica del bautismo, la cual estaban

atacando ya, en ese entonces, grupos herejes. Él explica que Jesús vino para salvar, tanto a los jóvenes como a los más viejos, a través de su sacrificio redentor, y que su salvación es conferida en el renacimiento del bautismo. “Porque él [Jesús] vino a salvar a todos a través de sí mismo—a todos, digo, a quienes por medio de él nacen de nuevo de Dios—bebés, y niños, y jóvenes y ancianos”.¹⁶ La expresión “nacen de nuevo de Dios” es una clara referencia al bautismo. Era una terminología común para el bautismo, tanto en las obras de Ireneo como a lo largo de la iglesia primitiva. Ireneo dice que los bebés nacen de nuevo de Dios, o sea, son bautizados, indicando claramente que él sabía de bautismos de bebés. Era una práctica muy común de la era apostólica y continuó en su tiempo.

Hipólito estaba entre los jóvenes a quienes Ireneo enseñó durante su permanencia en Lyon. Él se convirtió en el sucesor espiritual de Ireneo y en uno de los más prominentes líderes cristianos en el Occidente. Nació aproximadamente en el año 170 d.C. y pasó gran parte de su vida en Roma. Hipólito fue conocido como conservador en su punto de vista y enfoque. De él podemos suponer que sus escritos en general serían una preservación de la tradición aceptada con pocas innovaciones. En su orden de la iglesia *La Tradición Apostólica*, el bautismo de niños pequeños es mencionado explícitamente. Los niños debían ser bautizados junto con sus padres, y sus padres deberían decir la confesión bautismal en su lugar.¹⁷

Del lado oriental del mundo mediterráneo, tenemos el testimonio de Orígenes con relación al bautismo de bebés. Orígenes nació hacia finales del siglo segundo en Alejandría, Egipto, en una familia acomodada y cristiana. Él era bien educado y un escritor prolífico, estableciendo una escuela teológica en Cesarea. En relación con el bautismo de bebés, Orígenes escribió: “La Iglesia ha recibido de los Apóstoles la

costumbre de administrar el bautismo incluso a los niños. Pues aquellos (los Apóstoles) a quienes fueron confiados los secretos de los misterios divinos sabían muy bien que todos llevan la mancha del pecado original, que debe ser lavado por el agua y el espíritu".¹⁸ Esta afirmación indica que el bautismo de bebés es de origen apostólico, y explica ¿por qué los bebés necesitan ser bautizados? Ellos son por naturaleza pecadores; están manchados con el pecado original. La forma en que ellos pueden ser lavados y nacer de nuevo, es por medio del agua y del Espíritu.

Estos grandes teólogos y líderes de las diferentes áreas geográficas de la iglesia primitiva dieron testimonio del bautismo de bebés en su época y presupusieron que esta sería una práctica no cuestionada de la iglesia de tiempos apostólicos. Ellos no la consideraban un desarrollo posterior de la iglesia, sino una práctica basada en la enseñanza apostólica.

El único padre de la iglesia, antes del siglo cuarto, que criticó el bautismo de bebés fue Tertuliano, quien vivió aproximadamente en los años 160 al 225 d.C. en Cartago, en África del Norte. Tertuliano, sin embargo, nunca rechazó el origen apostólico del bautismo de bebés. Él deseaba posponer el bautismo, excepto en casos de emergencia, porque sentía que el bautismo de bebés ponía demasiada responsabilidad en los hombros de los padrinos. Igualmente, él parece haber creído que los bebés eran inocentes hasta que alcanzaran la edad de la razón. Tertuliano cuestionó la sabiduría de bautizar bebés. Sin embargo, Cipriano, obispo de Cartago (aproximadamente 200-258 d.C.), quien consideraba a Tertuliano como su padre espiritual, instó a su gente a no esperar siquiera los acostumbrados ocho días después del nacimiento para bautizar a sus niños.¹⁹ Esto muestra que el punto de vista de Tertuliano no era la enseñanza aceptada en ese tiempo.

En el siglo cuarto, surgió una crisis con relación a la práctica del bautismo de bebés. Se hizo común la creencia de que el bautismo perdonaba sólo aquellos pecados cometidos antes de éste. Por lo tanto, los padres cristianos comenzaron a posponer el bautismo de sus hijos hasta que hubieran pasado por los años rebeldes y tormentosos de la juventud. De hecho, muchos trataron de posponer el bautismo hasta la hora de la muerte, como fue el caso de Constantino el Grande, el primer emperador romano cristiano. Esta misma opinión influenció a la madre de Agustín, Mónica. Cuando su hijo, que nació en el año 354 d.C., estuvo muy enfermo, aproximadamente en el año 365 d.C., ella pidió que fuera bautizado. Pero entonces ella pospuso el bautismo cuando él súbitamente se recuperó, “suponiendo, sin duda, que si vivía sería imposible no volver a mancharme con el pecado y que, después del bautismo, la culpa sería mucho mayor y más peligrosa”.²⁰ Esta práctica incorrecta del siglo cuarto fue corregida en el comienzo del quinto, como se vio en el Sínodo de Cartago (418 d.C.), el cual condenó a cualquiera que dijera que los bebés recién nacidos no debían ser bautizados.

Algunos interpretan el aplazamiento del bautismo, en el siglo cuarto, sugiriendo que el bautismo de bebés no tenía origen apostólico, sino que fue una innovación posterior que sólo se universalizó a comienzos del siglo quinto. Pero este no es el caso. El bautismo de bebés empezó con los apóstoles quienes estaban basados en un sólido fundamento bíblico y puede ser documentado a lo largo de la historia de la iglesia primitiva en los siglos segundo y tercero. El aplazamiento del bautismo, practicado por algunos, resultó de una comprensión equivocada de la doctrina del bautismo. El bautismo ofrece el perdón de todos los pecados y no sólo de los cometidos antes del mismo.

Costumbres bautismales de la iglesia primitiva

Un período de instrucción llamado el catecumenado, anterior al bautismo de adultos, fue establecido a comienzos del siglo

tercero y podía durar dos años o más. Cuando una persona deseaba convertirse al cristianismo, y era recomendado por un padrino dentro de la iglesia, era recibida en un curso de instrucción para el bautismo. Los padrinos del individuo certificarían que la persona realmente quería convertirse en cristiana y que no era un espía del gobierno perseguidor, que trataba de destruir la iglesia.

Durante este período, los catecúmenos eran instruidos en la fe y en la vida cristiana. La preparación intensiva de los candidatos para el bautismo comenzaba en la Cuaresma del último año y el bautismo propiamente dicho ocurría el Sábado Santo, durante la vigilia de Pascua. Durante la Cuaresma se les enseñaba: el credo bautismal, el Padrenuestro, y los otros tesoros de la fe. A los no cristianos no les era ni siquiera permitido escuchar las palabras: del Credo, del Padrenuestro, ni de otras oraciones, ni presenciar el servicio de la Santa Comunión. A los conversos adultos no se les permitía siquiera observar el servicio de Comunión hasta después de haber sido bautizados y así oficialmente recibidos en la iglesia. Entonces, en su primera Comunión, en la mañana de Pascua, los candidatos usaban el Credo y el Padrenuestro por primera vez con los otros miembros de la iglesia como signo de su unidad con Cristo y su iglesia.

Hipólito reporta en *La Tradición Apostólica* que el Sábado Santo, junto con sus padrinos y otros, los candidatos para ser bautizados eran llevados a un lugar donde fluía agua pura. Ellos removían sus vestiduras, para representar el desprenderse de la carne pecadora en el bautismo (Efesios 4:22-24). Primero eran bautizados los bebés de los que habían sido instruidos y luego los adultos. Se les pedía que renunciaran a Satanás y todas sus obras malvadas. Entonces cada persona entraba en las aguas, donde el agua bautismal era aplicada tres veces. Antes de cada aplicación, la persona confesaba la porción del credo bautismal que se refiere a la persona de la Trinidad en cuyo nombre estaba a punto de ser bautizada. El credo bautismal, el cual es

virtualmente idéntico al Credo Apostólico, estaba íntimamente conectado con el bautismo. Después de que los candidatos eran bautizados, recibían la imposición de manos y eran ungidos con aceite, dando a entender que el don del Espíritu Santo había sido recibido en el bautismo. En la iglesia primitiva la imposición de manos y la unción simbolizaban la recepción del Espíritu.

La culminación del catecumenado era la celebración de la primera Comunión en el amanecer del Domingo de Resurrección. El bautismo fue puesto en el contexto del festival de Pascua, para indicar que en el bautismo la persona muere con Cristo y resucita a nueva vida, por el poder de la resurrección de Cristo (Romanos 6).²¹

Cuando la iglesia ya no enfrentó un mundo predominantemente pagano, el uso del catecumenado se volvió menos común, se incrementó el bautismo de bebés y el bautismo de adultos decreció. En la Edad Media, el catecumenado virtualmente cayó en desuso.

La liturgia del bautismo fue adornada con muchas ceremonias diferentes y símbolos, para ayudar a explicar su significado. El signo de la cruz se hizo en la frente y en el pecho, para indicar que la persona estaba unida con la muerte y resurrección de Cristo. A los recién bautizados se les daba leche y miel, indicando su posesión del Canaán celestial, la tierra prometida bendecida con leche y miel. Se ponía sal en sus bocas (Marcos 9:50). Sus: ojos, narices, y lenguas, eran humedecidos con saliva con las palabras “*¡Efata!*” (que significa ‘Sé abierto’)” (Marcos 7:34). A veces los nuevos bautizados recibían: un vestido muy blanco, para simbolizar su revestimiento de Cristo (Gálatas 3:27), y una vela encendida, para indicar que el bautismo es el sacramento de la iluminación (Hebreos 6:4).

Costumbres y símbolos, como las anteriores, conectados con el bautismo, eran de un gran beneficio para explicar el significado del sacramento. Pero también, en ocasiones, tenían la tendencia a desenfocar el significado del bautismo, como era el caso de la imposición de manos y la unción con aceite. Originalmente esta ceremonia simbolizaba que el Espíritu Santo era recibido en toda su plenitud en el bautismo. Pero gradualmente se desarrolló la idea de que el bautismo sólo daba el perdón de los pecados, mientras que la imposición de manos y la unción con aceite, impartían el Espíritu. En la última parte del siglo cuarto en la iglesia occidental, la imposición de manos fue separada del bautismo y se desarrolló en el sacramento no bíblico de la confirmación. El bautismo era realizado en la infancia por un pastor local, y la confirmación era administrada años más tarde por el obispo. En la iglesia oriental, esta imposición de manos y unción con aceite, llamada crismación, nunca fue realmente separada del bautismo sino que era considerada como un segundo sacramento, realizado inmediatamente después del bautismo. La imposición de manos y la unción con aceite, no ofrecían bendiciones espirituales por sí mismas. Era solamente una ceremonia que simbolizaba que el Espíritu Santo había sido recibido en medida completa en el bautismo.

El bautismo y Agustín

A mediados del siglo tercero, surgió una pregunta en relación con los bautismos realizados por ministros de iglesias cismáticas. Cipriano de Cartago no aceptaba esos bautismos, mientras que el obispo de Roma los reconocía como válidos. Después de 150 años, con la ayuda del gran obispo norafricano Agustín de Hipona (354-430 d.C.), prevaleció el punto de vista romano, el cual estaba basado en la Escritura.

Agustín enfrentó una amarga lucha en una controversia con los Donatistas, cristianos que no reconocían la iglesia oficial en

África del Norte, porque creían que algunos de sus obispos habían sido ordenados de manera incorrecta. Los Donatistas sostenían que los sacramentos administrados por un ministro indigno o por alguien que había sido ordenado de manera incorrecta, eran inválidos. La clave de la teología Donatista era su fuerte énfasis en la pureza externa de la iglesia. Ellos asumían que nadie que vivía una vida inmoral podía administrar efectivamente los sacramentos. Esta posición hizo que la existencia y la realidad de un sacramento dependieran de la dignidad del ministro. Pero como finalmente no era posible conocer esta dignidad, excepto para Dios, la gente no podía saber con certeza si había recibido un sacramento válido. Agustín vio que la existencia objetiva y la realidad de los sacramentos de la iglesia estaban en juego.

En sus escritos contra los donatistas, Agustín insiste en que la indignidad de un clérigo no invalida los beneficios de su ministerio para los cristianos creyentes. La validez de los sacramentos no depende del carácter o de la fe de la persona que realiza el sacramento. Si se utiliza la forma correcta, de acuerdo con la palabra e institución de Cristo, el bautismo es válido aun cuando sea administrado por pastores inmorales o herejes.

El asunto importante en el sacramento no es la santidad del ministro sino el mandato y la institución de Cristo. Agustín explica que es la Palabra de Dios la que hace un sacramento: “La palabra se une al elemento y llega a ser sacramento”.²²

En los últimos años de su vida, Agustín entró en conflicto con el monje celta Pelagio. Este último no podía aceptar la enseñanza de que la salvación dependía enteramente de la gracia de Dios—una opinión que no dejaba lugar para esfuerzos ni participación humanos. Esta controversia profundizó el entendimiento de Agustín acerca de la corrupción humana y la necesidad de la gracia de Dios. Todas las personas nacen espiritualmente muertas en pecado original y dependen

totalmente de la gracia de Dios para su salvación. Como resultado de esto, el énfasis que Agustín puso en la necesidad del bautismo de bebés se hizo aun más evidente.

El bautismo en la iglesia medieval

Agustín continuó siendo la autoridad más grande en la iglesia occidental a lo largo de la Edad Media. Construyendo sobre su base, los teólogos del período medieval, como Tomás de Aquino, desarrollaron el sistema medieval de siete sacramentos. Algunos teólogos contaron más sacramentos y otros menos, dependiendo de sus definiciones de sacramento. Sin embargo, el número fue finalmente establecido en siete: bautismo, cena del Señor, confirmación, extrema unción (últimos ritos), penitencia, ordenación, y matrimonio. Esta enseñanza fue oficialmente sancionada en el Concilio de Florencia en 1439.

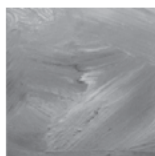
Los teólogos medievales creían que la simple realización de los ritos de los sacramentos confería gracia. Los sacramentos eran considerados eficaces simplemente porque eran administrados, independientemente del estado psicológico o la fe del ministro o del receptor. Uno recibía la gracia en los sacramentos mientras que no pusiera estorbo en el camino, aun si no había un buen impulso en la persona que recibía el sacramento.

Agustín había enseñado correctamente, que la validez y la eficacia de un sacramento no dependen de la dignidad del ministro. Sin embargo, los teólogos medievales fueron más allá de eso. Ellos enseñaron que uno recibe los beneficios de un sacramento aun sin una correcta actitud de fe, lo cual es contrario a la enseñanza de la Escritura. Uno no puede recibir las bendiciones de los sacramentos sin arrepentimiento y fe en el Salvador.

En el período medieval, el bautismo era considerado como la puerta a los otros sacramentos y al reino de los cielos. Era esencial para la salvación, excepto para una persona que deseara ser bautizada pero que no tuviera oportunidad de recibir el bautismo. Se enseñaba que las personas bautizadas eran marcadas con un distintivo indeleble. Este distintivo era un sello espiritual en el alma que lo marcaba a uno como perteneciente a Cristo y a su cuerpo, la iglesia.

El bautismo era para conferir gracia, la cual, infundida en la esencia del alma: borraba todos los pecados, lo ponía a uno en un estado de gracia, y lo hacía apto para hacer el bien. En el bautismo los méritos de Cristo eran aplicados como medicina a las llagas espirituales causadas por el pecado. Los méritos de Cristo daban al individuo el poder de llevar una vida más semejante a Cristo. El bautismo iniciaba un proceso por medio del cual una persona era gradualmente hecha más justa y aceptable ante Dios. Esta justicia era vista al menos parcialmente como salvadora, como necesaria para la salvación. Así, uno no era salvo sólo por la justicia de Cristo, lograda a través de su vida y muerte santa, sino también en parte por la justicia que crecía gracias a la vida semejante a Cristo de uno mismo.

Los teólogos medievales confirmaron la opinión desarrollada por algunos en la iglesia primitiva de que el bautismo no era beneficioso para la vida entera; más bien, éste sólo removía el pecado original y aquellos pecados cometidos antes del mismo. Con el primer pecado grave después del bautismo, uno perdería la gracia bautismal. Para esos pecados cometidos después del bautismo, uno debía buscar el sacramento de la penitencia para recibir ayuda. Esto se convirtió en un dogma oficial de la Iglesia Católica Romana en el Concilio de Trento (1545-1563): "Si alguno dijere que todos los pecados que se cometen después del bautismo, con el solo recuerdo y la fe del bautismo recibido o se perdonan o se convierten en veniales: sea anatema".²³



14

El bautismo en la Reforma y en la era moderna

La Reforma de la iglesia de Lutero fue evangélica y moderada. Sólo aquellas cosas en la iglesia que eran contrarias a la Palabra de Dios fueron cambiadas. Todas las doctrinas y prácticas en la iglesia debían ser juzgadas con base en la inspirada e infalible Palabra de Dios, la Santa Escritura. Esto había sido también la enseñanza de la iglesia primitiva.

Lutero no aceptó el sistema medieval de siete sacramentos. De acuerdo con Lutero, solamente el bautismo y la Cena del Señor, podían ser llamados correctamente sacramentos. Sólo éstos tenían tanto una señal divinamente instituida así como la promesa del perdón. A veces los teólogos luteranos hablan de la absolución como un sacramento, porque esta fue instituida por Dios y daba el perdón de los pecados. Lutero, sin embargo, prefirió hablar de la absolución como una continuación del bautismo, el diario retorno del cristiano al bautismo.

Lutero y la doctrina medieval del bautismo

Lutero tenía preocupaciones sustanciales sobre el punto de vista medieval del bautismo. Los teólogos medievales habían enseñado que en el bautismo la gracia era infundida en el alma, lo cual capacitaba a la gente para terminar la obra que había empezado en ellos a través de los méritos de Cristo. Ellos enseñaban que el bautismo ayudaba a la gente a cooperar en su salvación. Lutero rechazó esta idea y enseñó que el bautismo no era una infusión de gracia que ayudaría a la gente a llevar vidas santas, ganando así parcialmente su salvación. Más bien, él enseñó que el bautismo era una distribución del pleno perdón de los pecados, lo cual Cristo ganó para todos en la cruz. Dios ha declarado no culpable a todo el mundo por virtud de la obra redentora de Cristo y este veredicto de inocencia fue impartido a la gente en el bautismo, transformando sus vidas. Como resultado, ellos llevan vidas semejantes a la de Cristo, dando gracias por esta salvación gratuita.

Los teólogos de la Edad Media creían que el bautismo aniquilaba todo el pecado entre la gente. Por la Escritura, Lutero vio que este no era el caso. El bautismo no borra el pecado, haciéndolo desvanecerse, ni neutraliza la lujuria, porque la carne pecadora continúa trabajando por sí misma. Los cristianos deben luchar contra las pasiones de la vieja carne pecadora a lo largo de la vida. El pecado es completamente perdonado en el bautismo, no de tal manera que ya no está presente sino de forma que ya no es imputado a nosotros, o sea, contado como nuestro.

Lutero no aceptó el punto de vista mágico de los sacramentos según el cual la simple realización del rito confiere la gracia. Los teólogos medievales enseñaban que los sacramentos eran eficaces simplemente porque eran administrados, independientemente del estado psicológico o la fe del ministro o del receptor. Lutero estuvo de acuerdo con que la validez y eficacia de un sacramento no depende de la dignidad

del ministro. Sin embargo, él sostuvo que la fe era necesaria para recibir las bendiciones del bautismo. Si el tesoro del perdón ofrecido en el bautismo no es recibido por fe, el bautismo no tiene beneficio.

Lutero enfatizó que la fe en el Salvador era esencial para recibir los beneficios del sacramento. Pero con esto él no quiere decir que la validez del sacramento dependa de la fe de la persona que lo recibe. El bautismo correctamente administrado es válido, sea recibido en fe o no. La validez del sacramento está basada en la Palabra y en el mandato de Cristo. Sin embargo, los beneficios del bautismo son recibidos sólo por medio de la fe. La Palabra y el mandato de Cristo, hicieron del bautismo un sacramento y un agua misericordiosa de vida. Cuando le preguntaban a Lutero: “¿Cómo puede el agua hacer cosas tan grandes?” él respondió en el Catecismo Menor:

El agua en verdad no las hace, sino la palabra de Dios que está con el agua y unida a ella, y la fe que confía en dicha palabra de Dios ligada con el agua, porque sin la palabra de Dios el agua es simple agua, y no es bautismo; pero con la palabra de Dios sí es bautismo, es decir, es un agua de vida, llena de gracia, y un “lavamiento de la regeneración en el Espíritu Santo”.

¿Dónde está escrito esto?

Como San Pablo dice a Tito en el tercer capítulo: “Por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos de la vida eterna conforme a la esperanza de vida eterna”.

De acuerdo con Lutero, no hay un consuelo más grande sobre la tierra que el bautismo. Éste: ofrece el perdón de los pecados, libera de la muerte y del demonio, y da salvación eterna. Por lo tanto, él rechazó la enseñanza no bíblica, de la iglesia medieval, de que el bautismo sólo elimina el pecado original y los pecados cometidos antes del mismo. Esa enseñanza privó a los cristianos de un maravilloso consuelo. Lutero negó con vehemencia la enseñanza de la iglesia medieval de que la penitencia era una “segunda tabla” para rescatar a los cristianos, cuyo bautismo había naufragado por pecados posteriores. El barco del bautismo permanecía sólido.

Lutero enseñó que el perdón del bautismo estaba siempre presente para la gente. Uno necesitaba sólo retornar a su bautismo en arrepentimiento y fe para recibir sus beneficios. Viendo la bendición del bautismo, Lutero se persignó todos los días con el signo de la santa cruz en el nombre: del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, para enfatizar: “Soy bautizado”. Su bautismo dio significado y propósito, a su vida en un mundo que parecía sin sentido.

Lutero enseñó que el bautismo ciertamente tiene un uso diario y un valor para la vida, en la sección titulada *El significado del bautismo para nuestra vida diaria*, del Catecismo Menor:

¿Qué significa este bautizar con agua?

Significa que el viejo Adán en nosotros debe ser ahogado por pesar y arrepentimiento diarios, y que debe morir con todos sus pecados y malos deseos; asimismo, también cada día debe surgir y resucitar el hombre nuevo, que ha de vivir eternamente delante de Dios en justicia y pureza.

¿Dónde está escrito esto?

San Pablo dice en Romanos, capítulo seis: “Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva”.

Lutero enseñó que la vida cristiana es un bautismo diario. El arrepentimiento, por lo tanto, no era nada más que un retorno y aproximación al bautismo. En su Catecismo Mayor, Lutero habló del uso diario del bautismo por parte de los cristianos:

Porque, ¿no significa acaso el arrepentirse, atacar seriamente al viejo hombre y entrar en una nueva vida? Por eso, cuando vives en arrepentimiento, vives en el bautismo, el cual no significa solamente dicha nueva vida, sino que: la opera, la principia, y la conduce, pues en él son dadas: la gracia, el espíritu, y la fuerza, para poder dominar al viejo hombre, a fin de que surja y se fortalezca el nuevo.

De aquí que el bautismo subsista siempre y a pesar de que se caiga y peque, siempre tenemos, sin embargo, un recurso ahí para someter de nuevo al viejo hombre. Pero, no se necesita que se nos derrame más el agua, pues aun cuando se sumergiese cien veces en el agua, no hay más, no obstante, sino un bautismo; la obra y la significación, sin embargo continúan y permanecen. Así, el arrepentimiento no es sino lo que se había comenzado anteriormente y que después se ha abandonado.

Por consiguiente, cada uno debe considerar el bautismo, como su vestido cotidiano, que deberá revestir sin cesar con el fin de que se encuentre en todo tiempo en la fe y en sus frutos, de modo que apacigüe al viejo hombre y crezca en el nuevo. Porque si queremos ser cristianos, habremos de poner en práctica la obra por la cual somos cristianos. Y si alguien cayera fuera de ella, que regrese. Así como el trono de gracia de Jesucristo no se aleja de nosotros, ni nos impide volver ante él, aun cuando pecamos, así también permanecen todos estos tesoros y dones suyos. Así como recibimos una vez en el bautismo el perdón de los pecados, así también permanece todavía diariamente mientras vivimos, o sea, mientras llevemos al cuello al viejo hombre.²⁴

Lutero encontró en el bautismo el continuo desarrollo de la vida cristiana, de arrepentimiento diario y fe, lo cual alcanzará su consumación plena en el último día.

Lutero y la doctrina reformada del bautismo

Ulrich Zwinglio (1484-1531) y los otros líderes del movimiento reformado, consideraban el bautismo como una acción humana. Ellos sostenían que el bautismo era simplemente un rito, que uno realizaba como un acto de obediencia al mandato de Dios, o una acción externa por medio de la cual uno simbólicamente mostraba lo que pasa cuando una persona se convierte en cristiana. El bautismo era un mero signo y no un poderoso medio de gracia.

En oposición a las enseñanzas de los reformados, Lutero confesó que el bautismo "no es obra nuestra, sino de Dios".²⁵ No es una mera acción humana hecha en obediencia a Cristo, ni es únicamente una imagen de lo que ocurre cuando una persona es traída a la fe. Más bien, es un acto poderoso, creador, de Dios que distribuye todas las bendiciones de la cruz de Cristo y obra la fe para recibirlas. El bautismo no es una acción ni una obra humana, sino una acción de Dios.

Cuando los anabaptistas, que rechazaban el bautismo de bebés, surgieron en los 1520, Lutero defendió enfáticamente el bautismo de bebés. Su defensa se encuentra especialmente en su libro Respecto al re-bautismo²⁶ y en el Catecismo Mayor. Lutero creía que Dios suministraba la fe a los bebés en y a través del bautismo. Así Lutero pudo decir:

Porque, como ya dijimos, aun cuando los niños no creyeran, lo cual no sucede (como hemos demostrado), su bautismo sería verdadero y nadie debería bautizarlos nuevamente.²⁷

Así también decimos que los niños son sin duda traídos al bautismo por medio de la fe y trabajo de otra persona. Pero cuando ellos han venido y el pastor o el bautizante tratan con

ellos en el lugar de Cristo, él los bendice, y les da la fe y el reino de los cielos, porque la palabra y la acción del pastor son la palabra y obra de Cristo mismo.²⁸

La posición luterana sobre el bautismo de bebés fue aclarada al mundo en la Confesión de Augsburgo en 1530. El Artículo IX dice: “Respecto al bautismo se enseña que es necesario, que por medio de él se ofrece la gracia, y que deben bautizarse también los niños, los cuales mediante tal bautismo son encomendados a Dios y llegan a ser aceptables a él. Por este motivo se rechaza a los anabaptistas, que enseñan que el bautismo de párvulos es ilícito.”²⁹

Errores católicos romanos sobre el bautismo

La enseñanza de la Iglesia Católica Romana hoy en día sobre el bautismo es esencialmente la misma que la de la iglesia medieval, con sus desviaciones de la Escritura y de la enseñanza de la iglesia primitiva. El punto de vista medieval del sacramento fue oficialmente adoptado como doctrina católica romana en el Concilio de Trento (1545-1562). Las decisiones del Concilio de Trento fueron formuladas en reacción a la crítica luterana del sistema sacramental medieval. Los luteranos deseaban restaurar la enseñanza bíblica del bautismo, la cual había sido confesada en la iglesia primitiva.

El error más peligroso, de la Iglesia Católica Romana con relación al bautismo, es su doctrina de la gracia infundida, la cual heredó de la iglesia medieval. De acuerdo con esta enseñanza, la gracia salvadora es una buena cualidad puesta en la gente por medio de la cual ellos son capaces de cooperar con Dios en su salvación. De acuerdo con la enseñanza católica, el bautismo infunde gracia, la cual ayuda a la gente a llevar vidas santas, ganando así parcialmente su propia salvación. Este punto de vista es un ataque directo al artículo central de la fe cristiana de que somos salvos sólo por fe en el sacrificio redentor de Cristo.

Si basamos nuestra salvación en algo más fuera de la obra redentora de Cristo, como por ejemplo en nuestras propias vidas de santificación o en algún otro reglamento, hemos sido separados de Cristo. Hemos caído de la gracia (Gálatas 5:4).

El bautismo no es una infusión de gracia que capacite a la gente para llevar una vida santa y así ayudar en su propia salvación. Más bien, el bautismo es una distribución del perdón pleno de Cristo, logrado a través de su vida santa y muerte inocente. Dios declaró no culpable a la raza humana entera, por virtud de la obra redentora de Cristo, y este veredicto de inocencia es impartido a la gente en el bautismo. Este veredicto de inocencia es dado en el bautismo y es recibido sólo por fe en el Salvador, la cual es obrada a través de este mismo medio de gracia. Al mismo tiempo, esta fe en la salvación de Cristo obrada en el bautismo transforma la vida de cada uno. Como resultado, el cristiano bautizado lleva una vida semejante a Cristo, dando gracias por la salvación gratuita. El cristiano lleva esta vida no para ser salvo, sino porque ya ha sido salvado sólo por la fe.

Como los teólogos medievales, la Iglesia Católica enseña que simplemente realizar los ritos de los sacramentos confiere la gracia. Los católicos suponen que el Espíritu Santo y sus dones pueden ser otorgados sin la fe o una correcta actitud en el receptor. Esta enseñanza es contraria a la Escritura. Uno no puede recibir las bendiciones del sacramento sin fe en el Salvador (Efesios 2:8,9).

Los teólogos católicos romanos creen que el bautismo borra todos los pecados de la persona. El pecado deja de existir en el recién bautizado hasta que cometan onerosos pecados después del bautismo. “En los que han sido regenerados no permanece nada que les impida entrar en el Reino de Dios: ni el pecado de Adán, ni el pecado personal, ni las consecuencias del pecado, la más grave de las cuales es la separación de Dios”.³⁰

Pedro dice: “El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias del cuerpo, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios)” (1 Pedro 3:21). El bautismo no salva al hacer que el pecado deje de existir o al aniquilar nuestros deseos pecaminosos. Nuestra antigua naturaleza pecadora permanece después del bautismo. El pecado es perdonado en el bautismo no de manera que ya no exista, sino de manera que Dios no lo cuenta como nuestro.

De acuerdo con la enseñanza de la Iglesia Católica, el bautismo sólo elimina el pecado original y aquellos pecados cometidos antes del mismo.

Cristo instituyó el sacramento de la Penitencia a favor de todos los miembros pecadores de su Iglesia, ante todo para los que, después del Bautismo, hayan caído en el pecado grave y así hayan perdido la gracia bautismal y lesionado la comunión eclesial. El sacramento de la Penitencia ofrece a éstos una nueva posibilidad de convertirse y de recuperar la gracia de la justificación. Los Padres de la Iglesia presentan este sacramento como “la segunda tabla” [de salvación] después del naufragio que es la pérdida de la gracia.³¹

Pero el bautismo no naufraga como resultado del primer pecado grave después del mismo. El bautismo no es ineficaz debido a los pecados posteriores. Uno no necesita ser dirigido a la “segunda tabla” de la penitencia; el barco bautismal permanece sólido. Pedro dice que el bautismo nos salva (1 Pedro 3:21). No hay limitaciones en sus efectos salvadores. El perdón ofrecido en el bautismo está siempre presente para la gente bautizada. Los cristianos necesitan sólo retornar, a éste en arrepentimiento y fe, para recibir sus beneficios.

Los errores reformados con relación al bautismo

Todas las iglesias cristianas que no son: luteranas, católicas ni ortodoxas, con frecuencia son llamadas iglesias reformadas. Las enseñanzas de las distintas iglesias reformadas varían considerablemente. Sin embargo, todas ellas se adhieren a ciertos errores básicos con relación al bautismo.

El error primario de los reformados, el cual penetra por completo su doctrina del bautismo, no ha cambiado desde la Reforma. Los reformados todavía enseñan, que el bautismo es algo que hacemos en vez de algo que Dios hace por nosotros. La siguiente afirmación de un vocero de las Asambleas de Dios es representativa de lo que las diversas iglesias reformadas enseñan:

Todos los que se arrepienten y creen en Cristo como Salvador y Señor deben ser bautizados. Así ellos declaran al mundo que han muerto con Cristo y que también han resucitado con él para caminar en una nueva vida... El bautismo con agua es una imagen de nuestra unión espiritual con Cristo. Éste muestra al creyente como identificado con Cristo en una: muerte, sepultura, y resurrección espiritual. Por el bautismo el creyente anuncia que ha muerto a la vieja vida de pecado. Al ser “sepultado” en el agua, él muestra su intención de nunca volver a la anterior manera de vivir. Al ser sacado del agua él ilustra una resurrección espiritual. Por la nueva vida que ha recibido a través de la identificación con el Hijo de Dios, él caminará en “nueva vida”, de forma diferente al camino en el que antiguamente andaba.³²

Pero el bautismo no es un mero rito que debemos realizar como un acto de obediencia a Dios. Ni es sólo una acción por medio de la cual nosotros simbólicamente mostramos lo que sucedió cuando llegamos a la fe, como enseñan los reformados. Pedro dice que el bautismo no quita las inmundicias del cuerpo ni es una limpieza corporal o rito meramente externo, sino que nos salva (1 Pedro 3:21). El bautismo salva; éste lava todo

pecado (Hechos 22:16). En el bautismo el todopoderoso Dios actúa fuera de todas las acciones humanas.

El bautismo para los reformados es una obra y acción humana. Por eso, según los reformados, el bautismo no es un verdadero medio de gracia, un canal que traiga los beneficios de la cruz a nosotros y que produzca fe en nosotros para recibirlos. El único medio de gracia verdadero para los reformados es la oración. Uno lucha en oración con Dios, hasta que se sienta perdonado y salvo. Así la certeza de la salvación está basada en sentimientos y emociones humanos, no en los medios de gracia objetivos. La Biblia, sin embargo, enseña que el bautismo es un medio de gracia. El bautismo perdona los pecados (Hechos 2:38); éste los lava (Hechos 22:16); éste nos viste con la justicia de Cristo (Gálatas 3:27).

Las iglesias reformadas no creen que el bautismo da renacimiento, que obra la fe. ¿Cómo puede hacerlo, si es meramente un rito humano? Ellos sostienen que el Espíritu Santo obra la fe aparte de los medios de gracia.

La mayoría de los reformados, hoy en día, sostienen que la persona inconversa no está totalmente muerta en transgresiones y pecado, contrario a lo que dice la Escritura (Efesios 2:1). Ellos enseñan que la voluntad de las personas inconversas ayuda en la salvación, que hace una decisión para la aceptación de Cristo como Salvador personal. Aquí nuevamente, la oración es el único medio de gracia real para los reformados, porque la persona debe pedir a Jesús en oración que venga a su corazón. La persona invita a Jesús a su corazón como Salvador personal, y tiene una experiencia interior de Cristo. Esto es lo que los reformados llaman nacer de nuevo.

Los reformados están preocupados por tener una experiencia de renacimiento. ¿No es interesante que su experiencia de nacer de nuevo entre en conflicto con el significado de los términos *nacimiento* y *nacer*? En el nacimiento el niño es pasivo. El bebé no puede hacer nada para nacer del vientre de la madre; nacer es algo que le sucede al bebé. Pero los reformados creen que ellos

pueden ayudar en su nacimiento espiritual, que ellos pueden cooperar en su conversión.

Esta doctrina reformada del renacimiento puede fácilmente llevar a la justicia por obras, a la idea de que tenemos que hacer algo para ayudar a lograr nuestra salvación. Si nuestra salvación depende de nuestra decisión de aceptar a Cristo o de nuestra invitación a Él a nuestras vidas, entonces no estamos confiando sólo en el sacrificio redentor de Cristo, sino en algún esfuerzo o acción propia para la salvación.

Pablo rechaza la idea de que podemos ayudar en nuestra salvación: “Pero cuando se manifestó la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor para con la humanidad, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tito 3:4,5). Dios no nos salvó por algo que nosotros hubiéramos hecho, como una decisión por Cristo o una vida agradable a Dios. Él nos salvó en Cristo por su misericordia, la cual no merecemos. Ese tesoro fue traído a nosotros en el bautismo, el lavamiento de la regeneración, que hizo que naciéramos de nuevo creando fe en el Salvador en nuestros corazones. El bautismo es indudablemente el sacramento del renacimiento, el cual nos confiere el perdón de Cristo y obra la fe para recibirlo y hacerlo nuestro.

Los reformados enseñan que el bautismo es una acción humana y un rito que meramente ilustra lo que pasa cuando uno llega a la fe. La conclusión lógica de esta enseñanza es que los niños no deberían ser bautizados porque los bebés no pueden cooperar en su salvación haciendo una decisión por Cristo. Por lo tanto, muchas iglesias reformadas no bautizan bebés.

El bautismo, sin embargo, no es una obra humana, sino la propia acción de Dios. Por lo tanto, tenemos toda la razón para bautizar a nuestros niños. Las bendiciones del bautismo nos son ofrecidas tanto a nosotros como a nuestros niños (Hechos 2:38,39). Jesús quiere que nuestros pequeños sean llevados a él, de tal manera que ellos puedan formar parte de su reino (Marcos

10:13-16). Dios ha provisto un camino para que los bebés nazcan de nuevo a través del lavamiento del agua y del Espíritu, creando fe en sus corazones para recibir las bendiciones del bautismo (Juan 3:5). Nacer de nuevo no es una experiencia humana subjetiva, sino es la creación de confianza en Cristo como nuestro Salvador en nuestros corazones a través de los medios de gracia.

Los pentecostales y los carismáticos, quienes afirman la necesidad por tener otra experiencia llamada bautismo del Espíritu, después de la experiencia de nacer de nuevo, están de acuerdo con los reformados. Si el bautismo con agua es meramente un rito humano, éste no puede dar el Espíritu. Como resultado, los pentecostales y los carismáticos, tienen un bautismo de agua sin el Espíritu y un bautismo del Espíritu sin agua. Pero más importante, ellos tienen un bautismo del Espíritu sin el mandato de Cristo o la promesa de sus bendiciones. La Escritura, por otra parte, promete el Espíritu Santo y sus dones sólo en los medios de gracia, la Palabra y los sacramentos. El Nuevo Testamento habla de un solo bautismo, el bautismo de agua (Efesios 4:5), y en ese único bautismo el Espíritu Santo es prometido en toda su plenitud (Hechos 2:38,39). El bautismo es "el lavamiento de la regeneración y... la renovación en el Espíritu Santo" (Tito 3:5).



15

Conclusión

El bautismo es un acto creador y glorioso del Dios trino, a través del cual nacemos de nuevo como los hijos de Dios Padre a través de la fe en Cristo Jesús el Salvador (Gálatas 3:26,27). Por medio del bautismo nos convertimos en miembros del cuerpo de Cristo, la iglesia (1 Corintios 12:12,13), y recibimos el don del Espíritu Santo, incluyendo todas las bendiciones de salvación (Hechos 2:38).

En el bautismo somos unidos con la muerte y resurrección de Cristo. Debido a que somos unidos con Cristo, lo que le sucedió durante la Semana Santa se vuelve efectivo en nuestras vidas. El bautismo es: nuestra Semana Santa, nuestra muerte y resurrección por el poder de la muerte y resurrección de Cristo. Nuestra carne pecadora fue clavada a la cruz y morimos al pecado. Fuimos sepultados con Cristo en la tumba. Debido a que participamos en la muerte de Cristo por medio del bautismo, somos liberados del pecado (Romanos 6:7). Todos nuestros

pecados fueron lavados por medio de la sangre de Jesús. De la misma manera que Jesús resucitó triunfante en esa primera mañana de Pascua, igualmente nosotros resucitamos a una nueva vida a través del bautismo por el poder de la resurrección de Cristo. La fe en la cruz de Cristo fue creada en nuestros corazones y el poder de la resurrección nos es dado para que podamos llevar vidas de resurrección, vidas victoriosas, libres de la tiranía de Satanás.

Ya no tenemos que ser esclavos de Satanás, complaciéndolo en sus perversiones. ¿Por qué deberíamos estar en esclavitud, haciendo todas esas cosas que sabemos que nos dañarán a nosotros y también a los que están a nuestro alrededor? Por virtud del bautismo, ahora mismo tenemos el poder de la resurrección. No debemos desesperarnos si ese poder está menguando en nosotros o si se ha ido completamente. Podemos volver al bautismo en verdadero arrepentimiento y fe y ser fortalecidos nutriéndonos con la Palabra de vida y con la Santa Cena. Recibimos el poder para hacer todas las cosas por medio de Cristo. Entonces nuestras vidas de resurrección serán renovadas.

La vida de resurrección nacida en el bautismo y nutrida por medio de la Palabra y de la Santa Cena culminará en la resurrección del cuerpo. El bautismo marca el continuo desarrollo de la vida cristiana, la cual alcanzará su consumación total en el último día. Debido a esa misericordiosa agua de vida, la tumba del cuerpo del creyente se ha convertido en un lugar de sueño tranquilo, mientras el alma está con Jesús en gloria esperando el último día. Entonces ese cuerpo saldrá de la tumba, glorificado como el cuerpo glorificado de Cristo y el creyente estará con el Señor para siempre (Filipenses 3:21). El ataúd de cada cristiano es cerrado en tristeza pero con la esperanza confiada de que el cuerpo que está adentro saldrá en victoria, porque la muerte ha sido tragada por el Señor de señores y Rey de reyes. Indudablemente el bautismo nos salva.

Notas finales

- 1 S.Agustín, *Tractatus 80 sobre el Evangelio de Juan*, citado en *Los Artículos de Esmalcalda*, Parte III, Artículo V:2, *El Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana*, Traducido al español y editado por el Dr. Andrés Meléndez. San Luis: Editorial Concordia, 1989. p. 321.
- 2 *Apología de la Confesión de Augsburgo*, Artículo XIII: 5, Meléndez, p. 151.
- 3 Martín Lutero, *Luther's Works*, editado por Jaroslav Pelikan y Helmut T. Lehmann, American Edition, Vol. 40 (St. Louis: Concordia Publishing House; Philadelphia: Fortress Press, 1955 1986), p. 146. Traducción libre del inglés.
- 4 Basado en la descripción de Jesús sobre los vestidos de boda en la parábola del banquete de boda en Mateo 22:1 14, parece que era costumbre de este tiempo para el anfitrión de un banquete de bodas proveer vestidos de boda a los invitados. De forma similar, Jesús provee ropajes espirituales su justicia a todos los que él invita a la celebración de boda de la salvación eterna.
- 5 *El Catecismo Mayor*, Parte IV:43, Meléndez, p. 472.
- 6 Justino Mártir, *Primera Apología, Tercera parte: los misterios cristianos*, 1:61, p. 167.
- 7 Billy Graham, *How to Be Born Again* (Waco, Texas: Word Book, 1997), p. 10. Traducción libre.
- 8 *Artículos de Esmalcalda*, Parte III, Artículo VIII: 10, Meléndez, p. 325.
- 9 *Christian Worship*, p. 154,155. Traducción libre.

- 10 Parfraseado de C. F. W. Walther, *Evangelien Postille* (St. Louis: Concordia Publishing House, 1870), p. 320.
- 11 *Luther's Works*, Vol. 53, p. 97. Traducción libre del inglés.
- 12 *La Didajé: La tradición apostólica*, Cuadernos Phase 75 (Barcelona: Centro de Pastoral Litúrgica, 1999)
- 13 Justino Mártir, *Primera Apología*, 1:61, p. 167.
- 14 Justino Mártir, *Primera Apología, Tercera parte: los misterios cristianos*, 1:15, p. 93.
- 15 Policarpo, *Martirio de San Policarpo: Cartas y martirio de San Policarpo y otros escritos*, Daniel Ruiz Bueno, traducción y versión en español (México: Librería Parroquial, 1946), p. 46.
- 16 Irenaeus, *Against Heresies* 11:4, *The Ante Nicene Fathers*, Vol. 1, p. 391. Traducción libre del inglés.
- 17 Hipólito, *La tradición apostólica*, Sección 21, Cuadernos Phase 75 (Barcelona: Centro de Pastoral Litúrgica, 1999), p. 36.
- 18 Orígenes, *Comentario sobre Romanos*, citado por Johannes Quasten en *Patrología*, Vol. 2. Ignacio Oñatibia, edición española. Tercera Edición (Madrid: La Editorial Católica, S.A., 1984), p. 395.
- 19 Cipriano, *Obras de San Cipriano*, Cap. 2: Cartas, 58, compilación Julio Campos, SCHP, (Madrid: La Editorial Católica S.A.), p. 354.
- 20 San Agustín, *Confesiones* 1:11, traducido por Pedro Rodríguez de Santidrián, (Barcelona: Ediciones Altaya, 1993), p. 39.
- 21 Hipólito, *La Tradición Apostólica*, 1623, Cuadernos Phase 75, p. 3339.
- 22 S. Agustín, *Tractatus 80*, citado en Meléndez, p. 321.
- 23 Denzinger, Heindrich, Hünermann, Peter, *El Magisterio de la Iglesia, Concilio de Trento, Sesión 7, Decreto sobre los sacramentos, Cánón 10*, 1623 (Barcelona: Empresa Editorial Herder, 1999), p. 507.
- 24 *El Catecismo Mayor*, Parte IV: 7579, 8486, Meléndez, pp. 478, 479.
- 25 *El Catecismo Mayor*, Parte IV: 35, Meléndez, p. 471.
- 26 *Luther's Works*, Vol. 40, p. 225262. Traducción libre del inglés.

- 27 *El Catecismo Mayor*, Parte IV: 55, Meléndez, p. 474.
- 28 Martin Luther, *Dr. Martin Luther's Sämmtliche Schriften*, Vol. 11 (St. Louis: Concordia Publishing House, 1882), p. 492,493. Traducción libre del inglés. Ver también *Luther's Works*, Vol. 40, p. 242,243; *El Catecismo Mayor*, Parte IV: 57, Meléndez, p. 475.
- 29 *La Confesión de Augsburgo*, Artículo IX, Meléndez, p. 30.
- 30 *Catecismo de la Iglesia Católica* (Librería Editrice Vaticana, 1992), par. 1263, p. 293.
- 31 *Catecismo de la Iglesia Católica*, par. 1446, p. 333.
- 32 Thomas Sanders, *Assemblies of God: Our Faith and Fellowship* (Springfield, Missouri: Gospel Publishing House, 1963), p. 27,30. Traducción libre.

Para lectura adicional

Das, A. Andrew. *Baptized into God's Family*. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1991.

Gerhard, Johann. *A Comprehensive Explanation of Holy Baptism and the Lord's Supper*, traducido por el Rev. Elmer Hohle. Decatur, Illinois: The Johann Gerhard Institute, 1996.

Lutero, Martín. El Catecismo Mayor, Parte IV: El Bautismo. *El Libro de Concordia: Las Confesiones de la Iglesia Evangélica Luterana*, Traducido al español y editado por el Dr. Andrés Meléndez. San Luis: Editorial Concordia, 1989.

Mueller, John Theodore. "Holy Baptism." *The Abiding Word*, Vol. 2. St. Louis: Concordia Publishing House, 1947.

Schlink, Edmund. *The Doctrine of Baptism*, traducido por el Herbert J. A. Bouman. St. Louis: Concordia Publishing House, 1972.

Índice de textos bíblicos

Génesis

1-60
1:1,2—116
1:2,3—116
2:17—47
17:7—120
17:12—78
17:14—78

Levítico

14:8, 9—121
15:16-27—121

Números

19:11-13—121

1 Samuel

16:1-13—15

2 Reyes

5:10-14—23

Job

19:25-27—112

Salmos

2:7—16
8:2—77
22:9—77
33:9—116
51:5—28, 47, 54, 74
71:5,6—77

Cantares

2:16—91

Isaías

1:18—46
9:2—61
42:14—16
43:1—29
49:16—16
50:4-11—16

52:13—53:12—16
 53—81
 53:5—16
 53:6—16
 55:8—84
 61:13—16
 61:10—51
 64:6—50,51

Jeremías

2:22—46
 4:4—120

Ezequiel

9:4—28
 18:4—110
 36:25,26—22
 36:25-27—121

Jonás

2:10—48

Zacarías

12:10; 13:1—18
 13:1—121

Mateo

3:6—38
 3:13-17—15
 3:15—16
 3:16—38
 3:17—15, 16, 18
 9:2—105
 18:6—76
 18:18—105

19:28—59
 22:1-14—153
 22:11—29
 26:28—25
 28:18-20—12
 28:19—23,56
 28:19,20—72, 90, 115,
 124

Marcos

1:9-11—15
 1:10—38
 7:4—38
 7:34—132
 9:42—76
 9:50—132
 10:13-16—28, 73, 74, 76,
 80, 149
 10:14—82
 10:14,15—73
 10:15—77
 10:38,39—17, 97
 16:15,16—12
 16:15-20—64
 16:16—53,82

Lucas

1:15,41,44—77
 1:37—84
 1:41,44—77, 84
 2:12,16—77
 3:3—15
 3:16—15
 3:21,22—15
 4:18—68

7:30—83
 10:16—105
 11:26—50
 11:38—38
 12:49,50—97
 12:50—17
 15:11-32—52
 16:29—25
 18:15-17—76

Juan

1:12,13—54, 57
 1:14—87
 1:18—52
 1:29—16
 1:32-34—15
 3:3-54, 55, 126
 3:5—7, 14, 55, 65, 66,
 75, 121, 126, 149
 3:6—74
 3:23—39
 6:63—19
 8:12—29, 61
 11:16—98
 11:25,26—48
 12:46—61
 14:1-6—48
 16:13,14—69
 19:34—18
 20:22,23—105
 20:23—25, 105, 107

Hechos

2—66
 2:1-4—64

2:37—62, 64
 2:38—12, 13, 39, 64,
 147, 151
 2:38,39—62, 72, 149
 2:41—39
 2:42—65
 8—66,81
 8:26—40
 8:26-39—123
 8:36—21,81
 8:38,39—40, 149
 9:18,19—40
 10—66
 10:38—68
 10:47—39
 10:48—13
 16:15—79
 16:25-34—123
 16:33—40, 79
 18:8—79
 19:1-6—66
 22:16-14, 41, 45, 51, 52,
 121, 147

Romanos

1:16—25, 59
 3:19—75
 4:5—97
 5:12—74, 110
 5:12-21—60
 5:19—75, 95
 6—109, 132, 140
 6:3—72, 85
 6:3,4—41
 6:3-10—126
 6:3-11—48

6:3-13—95, 96

6:4,5—14, 99

6:7—8, 97, 152

6:8—99

6:23—47, 75, 97

8:1—86

8:15-17—86

8:17—14

10:14,15—33

10:17—25, 56, 67

12:1—69

16:20—69

1 Corintios

1:16—79

10:1-4—118

12:3—54

12:4-11—64

12:12,13—87, 151

12:12-20—89

12:13—11, 67, 72

12:27-31—66

15:55-57—47

2 Corintios

1:21,22—68

5:17—60

11:2—90

Gálatas

2:20—86

3:5—68

3:26—14, 73

3:26,27—11, 13, 50, 52,
55, 76, 78, 86, 151

3:27—13, 29, 132, 147

5:4—58, 68, 144

6:14—99

Efesios

1:5—52

1:13—68

1:13,14—111

2:1—28, 54, 74, 147

2:8,9—68, 144

4:4,5—66

4:5—149

4:11,12—33, 106

4:22-24—100, 131

4:30—68

5:25-27—91

5:26—21, 22, 116

5:26,27—19

5:27—46

6:4—32, 80

Filipenses

3:21—152

4:13—119

Colosenses

2:9—87

2:11,12—41, 55, 78, 120

2:12—78, 97

2 Timoteo

2:11—99

Tito

1:5-7—106

3—139
 3:4,5—14,148
 3:5—7, 14, 25, 52, 54,
 56, 59, 65, 75, 149
 3:5,6—62

Hebreos

6:4—60, 132
 9:10—38
 10:22—41, 121
 10:32—60

1 Pedro

1:18, 19—47
 2:2—32
 2:9—69
 3:20, 21—116
 3:21—25, 45, 54, 75,
 117, 145, 146
 5:8—50

2 Pedro

1:4—87
 3:5—60, 116

1 Juan

1:7—46
 1:7; 2:2—19
 2:2—105
 2:20—68
 3:1—13
 5:1—54
 5:6—19

Apocalipsis

7:3—28
 7:14—46
 20:6—99
 21:1—59
 21:9—91
 21:23—61

Índice temático

- absolución 137, 138
 - como diario retorno al bautismo 104
 - como perdón 104-106
 - definición 103, 104
 - privada 106-108
 - pública 106-108
- administrar el bautismo 33, 34
- agua y el bautismo, el 21, 22
- agua, métodos para aplicarla 37-42
- Agustín 133-135
- Anabaptistas 142
- Apología* 125, 126
- arrepentimiento 141
- Asambleas de Dios 146
- bautismo
 - como adopción 14
 - como medio de gracia 24, 25
 - como sacramento 23
 - como unión con Cristo 85-87
 - como unión con la iglesia 87-90
 - de adultos 30, 31, 79-82
 - de conversión 79, 80, 121, 122
 - de emergencia 34
 - de niños 127-130, 132, 135, 142, 143, 148, 149
 - del Espíritu 62-68, 149
 - dudas 34, 35
 - en Cristo 13
 - en la iglesia occidental 27
 - en la iglesia oriental 27
 - en la iglesia primitiva 41, 42
 - necesario sólo una vez 34, 35
 - necesidad de 74-76
 - no exclusivo 14
 - registrado en el Nuevo Testamento 38-41
 - trinitario 13
 - válido 23, 33, 124, 133, 139
- bautizar* 37, 38
- bebés, bautismo de 71-84, 127
- bebés, críticas al bautismo de 129, 130
- bebés, La circuncisión y el bautismo de 78
- bendiciones dadas en el bautismo 17, 25, 135
- carismáticos 62-68, 149
- catecumenado 130-132
- Cipriano 129
- circuncisión y el bautismo, la 119-121
- Concilio de Florencia 135
- Concilio de Trento 136, 143
- Confesión de Augsburgo 143
- confirmación 35, 36
- confirmación, no bíblica 30, 133
- consagración de Cristo 15
- cooperación en la salvación 136, 138, 143, 144
- costumbres, bautismales 28, 29
- creación y el bautismo, la 115, 116
- Credo Niceno 127
- crismación 30, 133
- Cristo, bautismo de 15-18

- Cristo, revestirse de 50, 51, 132
 Cristo, triple ministerio 69
 cruz, signo de la 28, 132
 demorar el bautismo 130
Didajé 124
 diferencia entre el bautismo de
 Juan y el bautismo cristiano 15
 diluvio y el bautismo, el 116,
 117
 discípulos, hacer 12, 13
 discurso extático 64
 Donatistas 133, 134
 dónde deben ocurrir los
 bautismos 34
 dudas en relación con el
 bautismo 34, 35
en el nombre de 13
 enseñanza católica 136, 143-145
 enseñanza Católica Romana 136,
 143-145
 Espíritu Santo
 bautismo 62-68, 149
 don del 62, 64, 65, 68, 69
 recibir el 18
 señales milagrosas del 66,
 67
 Éxodo y el bautismo, el 118, 119
 exorcismo en el bautismo 29, 50
 experiencia de nacer de nuevo
 56-59, 147-149
 familias, bautismos de 79, 80
 fe 53, 54, 58, 60
 frutos de la fe 59
 fórmula, bautismal 23, 27
 gracia infundida 143, 144
 grupos por edad y el bautismo
 71-84
 hablar en lenguas 64
 hijos de Dios 13, 14, 18
 Hipólito 131, 132
 iglesia como esposa de Cristo
 90-92
 iglesia, occidental 133
 iglesia, oriental 30, 133
 iluminación 60-62, 132
 imposición de manos 29, 30, 133
 inmersión 37, 38
 institución del bautismo 12, 23
 Jesús presente con nosotros 14
 Juan, bautismo de 15
 justicia por obras 58
 Justino Mártir 125, 126
 la vida bautismal culmina en la
 resurrección 111, 112, 142
 liberación de la muerte 47-49
 liberación de Satanás 49, 50
 mandato de bautizar 12, 71, 72
 medios de gracia 15, 19, 24
 ministerio de las llaves 104-108
 modo del bautismo 124-125
 morir sin haber sido bautizado
 83, 84
nacer de nuevo a Dios 128
 necesidad del Bautismo 74-76
 niños de Dios 13, 14, 18
 niños pueden creer 76, 77
 niños que mueren sin ser
 bautizados 83-84
 nombre de Dios 13
 nombres, nuevos, en el bautismo
 29
 nuevo nacimiento 126
 oración del diluvio 122
 oración, bautismal de Lutero 122
 Orígenes 128, 129
 padres, responsabilidad de los
 32, 33, 80, 81

- padrino 30, 31, 131
- padrinos. Ver padrino
- Palabra y bautismo 22, 23
- Palabra, visible 24
- partes esenciales del bautismo 27
- participación en la muerte y
resurrección de Cristo 96-100
- pecado original 74, 75, 129, 136,
145
- Pelagio 134, 135
- penitencia, sacramento de la 136
- Pentecostales 62-68, 149
- Pentecostés, Día de 64
- perdón y el bautismo, el 45-47,
140
- pila, bautismal 125
- preparación para el bautismo 124
- Profecías de Jesús e Isaías 16
- quién debe bautizar 33, 34
- quien debe llevar a los niños al
bautismo 80
- rebautismo 34, 35
- recreación 59, 60
- Reformada, enseñanza 45, 56-
59, 142, 146-148
- regeneración 54, 126
- renacimiento 54-56, 58, 59
- resurrección 111, 112
- ritos de purificación y el
bautismo, los 121, 122
- sacramento* 23, 24
 - número de sacramentos 135,
137, 138
 - visión mágica del
sacramento 135, 138, 139,
144
- salvación por medio del
bautismo 45, 46, 51, 52
- salvación sin el Bautismo 82-84
- Samana Santa 98-100
- santos y pecadores 91, 92
- “segunda tabla” 140, 145
- servicio bautismal luterano 28
- símbolos, bautismales 28, 29,
132
- Sínodo de Cartago 130
- Tertuliano 129
- testigos 32
- todas las naciones* 14
- Tradición Apostólica, La* 131
- unción con aceite 29, 30, 133
- uso diario del bautismo 100-102
- vela, bautismal 29
- vestido, bautismal 29
- vida diaria y el bautismo, la 109,
110
- vida eterna, posesión de 132
- Zwinglio, Ulrich 142

Enseñanzas de la
BIBLIA
Popular

† ÁNGELES Y DEMONIOS

† **EL BAUTISMO**

† LA BIBLIA

† CRISTO

† LA LIBERTAD CRISTIANA

† LA ADORACIÓN CRISTIANA

† EL COMPAÑERISMO
ECLESIASTICO

† IGLESIA—MISIÓN—MINISTERIO

† EL GOBIERNO CIVIL

† LA CONVERSIÓN

† LA CREACIÓN

† TIEMPOS FINALES

† LA PROVIDENCIA DE DIOS

† EL CIELO Y EL INFIERNO

† EL ESPÍRITU SANTO

† LA JUSTIFICACIÓN

† LA LEY Y EL EVANGELIO

† LA SANTA CENA

† EL HOMBRE

† EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

† LA ORACIÓN

† LA PREDESTINACIÓN

† LA SANTIFICACIÓN

† LA MAYORDOMÍA

† LA TRINIDAD



Multi-Language
Productions

Bringing the Word to the World

www.wels.net/mlp